

MARÍA PILAR CLAU



Pétalos
de luna

Lectulandia

Clara, una mujer zaragozana en la treintena, llora la muerte de su amiga Noelia cuando la madre de esta le hace entrega del diario de su amiga en el que encontrará los detalles de su último año de vida junto con una petición: contar su historia. Así conoceremos la historia de amor de Noelia, una joven hermosa y seductora, y Héctor, su gran amor. Un romance lleno de engaños, celos y reconciliaciones y que todavía guarda terribles secretos que Clara desvelará. Una intrigante historia de amor, desamor y suspense que nos sorprenderá y en la que entenderemos que es posible morir de amor.

Lectulandia

María Pilar Clau

Pétalos de luna

ePub r1.0

Titivillus 23.04.15

Título original: *Pétalos de luna*
María Pilar Clau, 2014
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

2



www.epublicbre.org

Aniversario

EDICIÓN CONMEMORATIVA

A mis padres, que me dieron la vida y las claves para convivirla.
A Javier Sanz y a Miguel Burillo, que volvieron a dárme-la y me recordaron
las claves.
A mi marido, mi amor.

Capítulo 1

Algo grave estaba sucediendo en el Universo porque la tierra se detuvo. Se apagó la noche y, cuando tocaba el turno al alba, una inquietante sombra se desplegó sobre nosotros. El amanecer se demoraba en las carreteras aquella fría mañana del 28 de enero de 2001. David conducía y yo luchaba con el sueño porque no quería perderme el comienzo de uno de los días más importantes de mi vida, el que marcaría un antes y un después en mi carrera profesional. Nos dirigíamos desde Zaragoza a Jerez para recoger el premio que había obtenido por un proyecto de ingeniería biomédica. Estaba a punto de dormirme cuando sonó el móvil. Era Noelia. Los trescientos kilómetros que me separaban de ella no fueron obstáculo para que el sabor amargo de sus lágrimas inundara mi boca. Toda la hiel de su cuerpo se estaba derramando por sus ojos. Murió aquella tarde, la misma en que yo recogí el premio. Qué escalofriante paradoja: la vida me regalaba un homenaje y, al mismo tiempo, me castigaba por recibirlo. Si hubiera regresado a Zaragoza en el momento en que me llamó, Noelia estaría viva. Pero la fragancia del éxito fue más poderosa que su llanto, y continué aquel viaje que me alejaba de ella hasta que la perdí para siempre. El aroma de los aplausos se disipó tan pronto como me comunicaron la fatal noticia; sin embargo, su amargura persiste en mi boca, y algunos días es tan intensa que me impide comer. Han pasado diez años y sigo cumpliendo esa condena. Me han concedido otros premios y quizá me den algunos más, pero nunca iré a recogerlos.

* * *

Luisa, la madre de Noelia, me telefoneó la semana pasada y me dijo que tenía algo para mí. Han decidido instalarse con su marido en el apartamento donde vivió su hija. Durante la década que ha transcurrido desde su muerte no han tenido valor para entrar en ese piso de la plaza de los Sitios, pero ahora piensan que ahí estarán más cerca de ella. Luisa me entregó un sobre abultado en el que estaba escrito mi nombre con la letra de Noelia. Lo guardé en el bolso mientras me observaba con tristeza, con decepción quizá. Esperaría que lo abriese delante de ella, o tal vez me estaba reprochando la ausencia, mi huida aquella fría madrugada de enero que arrancó a su hija de este mundo. ¿Sabría Luisa que Noelia me telefoneó para pedirme ayuda? ¿Leería mi nombre en las llamadas hechas desde el móvil de su hija en la última madrugada de su vida?

Era un caluroso mediodía de abril y comencé a caminar sin saber a dónde iba. Bajé por la calle Arquitecto Magdalena, crucé el Coso y, atravesando la calle Don

Jaime, llegué a la plaza del Pilar. Entré en la basílica y, sentada frente a la capilla de la Virgen, saqué el sobre del bolso. Estaba abierto: o Noelia no lo cerró o Luisa quiso saber lo que su hija me dejaba. Contenía una libreta de tapas duras, de esas bonitas que a Noelia le gustaba coleccionar. Parecía sin estrenar, pero había escritas más de cien planas a modo de diario. Leí la última:

«28 de enero de 2001

Es posible morir de amor. El médico hablará de otra causa, pero yo sé que muero de amor. También sé que podría haberlo evitado, pero es tarde. Y también es tarde para saber que no merece la pena un amor que mata. O sí, no estoy segura. Tal vez en este amor se hallaba entero el sentido de mi existencia. Porque, ¿merece la pena la vida sin amor?

Clara, cuenta mi historia. Tú la conoces bien. Cuéntala para evitar que otras mujeres mueran como yo».

Seguí pasando las hojas en blanco. Todas estarían escritas por Noelia si yo no hubiera ido a recoger el premio. Recorrí todas las páginas, cerré la libreta y lloré, lloré sus lágrimas y las mías, las que debí derramar junto a ella para ayudarla a vivir.

Capítulo 2

Noelia Duch era la mujer más guapa, buena, inteligente y divertida que he conocido. Participé de parte del sufrimiento que Héctor le ocasionó con su mentira. Juntas compartimos afectos y risas cuyo eco resuena todavía en mi corazón y me redime en los momentos en los que me declaro culpable de deslealtad.

Se conocieron una tarde de diciembre de 1999 en la presentación de un libro. Ella tenía 32 años y era profesora de francés en un instituto de Zaragoza, y él tenía 31 y era biólogo. El acto no era demasiado concurrido, aunque lo suficiente para que sus respectivas presencias pudieran haber pasado inadvertidas a una y a otro, más aún cuando nunca se habían visto y estaban sentados en diferentes extremos de la sala. Pero él no vio a nadie más que a ella y ella no prestó atención a otra cosa que no fuera él. Noelia preguntó a una periodista si sabía quién era el chico que ocupaba el segundo asiento de la primera fila, y supo de la brillantez profesional de Héctor y dedujo que, si había llegado tan lejos con sus pocos años, debía de ser serio y empollón, sin tiempo para el amor. Él la buscó en el salón donde sirvieron un vino para celebrar el lanzamiento del libro; ella se dejó encontrar, y los dos brindaron por sus afinidades literarias. Después salieron a tomar cañas por los bares del casco antiguo. No se separaron en toda la noche: hablaron, rieron, bailaron y, al amanecer, él la besó en los labios y ella descubrió en ese beso el misterio de sus mejores sueños. Cuando los demás decidieron irse a dormir, Héctor la acompañó a casa. La cogió de la mano en el camino, y ella oyó en el silencio de ese gesto la melodía de una declaración de amor. Se despidieron en el portal; ni ella lo invitó a subir ni él le sugirió que lo hiciera. Se besaron y ella entró en el patio borracha de felicidad. Había encontrado el amor de su vida.

Me llamó al día siguiente entusiasmada para contarme todo lo que había sucedido esa noche y, dos días más tarde, volvió a telefonarme muy preocupada porque no había vuelto a saber de Héctor.

—Dos días no es nada —le dije—. A lo mejor es tímido y no se atreve a llamarte o, sencillamente, ha estado ocupado y no ha podido.

Tres, cuatro, cinco... Pasaban los días y corrían las semanas sin que Noelia tuviera noticias de Héctor, y ella estaba cada vez más interesada en ese joven biólogo a quien suponía mirando por un microscopio a todas horas. Siempre que estábamos juntas hablaba de él. Únicamente hablaba de él. Se figuraba motivos diferentes por los cuales no la llamaba. Solo había dos razones que excluía de sus conjeturas: que no se había enamorado de ella como ella de él, y que estaba saliendo con otra chica.

Llegaban las fiestas de Navidad y en la plaza del Pilar habían instalado una feria de artesanía. Paseábamos las dos entre el gentío que iba y venía del belén al

mercadillo cuando vimos una pequeña carpa donde un hombre adivinaba el futuro con las runas. Ansiosa por saber si Héctor formaría parte del suyo más que atraída por la magia de las piedras, Noelia se aventuró a entrar en esa especie de tienda de campaña donde el chamán le vaticinó que tendría cinco hijos y tres casas. Le aseguró que Héctor estaba enamorado de ella, y la animó a llamarlo porque, según le dijo, había de ser ella quien diese el primer paso si quería volver a verlo.

Capítulo 3

Noelia conocía a Eduardo Calderón, el autor del libro en cuya presentación había coincidido con Héctor, y aunque no le tenía demasiada confianza, se atrevió a llamarlo para proponerle que reuniera de nuevo a los amigos a quienes había congregado aquella tarde de diciembre. Él quedó tan asombrado con la sugerencia que ella no tuvo más remedio que confesarle que quería volver a ver a Héctor Mora, y que no encontraba una vía más discreta para alcanzar su objetivo. Y ocurrió que esa dulce espontaneidad con la que Noelia le reveló su anhelo, combinada con su firmeza y su valentía, desarmó a Calderón, quien hubo de rendirse ante tanta franqueza. Eufórica, se ofreció a redactar el *email* que había que mandar a todos los invitados, a todos excepto a Héctor: a él lo llamaría por teléfono para asegurar su presencia. Si tenía ya otro compromiso para ese día, cambiaría la fecha del encuentro.

Le diría que Eduardo Calderón había convocado a quienes asistieron a la presentación de su libro y que, como no tenía su dirección electrónica, se la había pedido a ella; puesto que los había visto juntos aquella noche, suponía que eran amigos. Al no tenerla ella tampoco, decidió llamarlo al instituto de investigación donde le había dicho que trabajaba.

Pasado el desconcierto por lo inesperado de la llamada, Héctor se mostró exquisito con Noelia. Extrajo de su estómago su voz más cautivadora y de su lenguaje el estilo más hechicero y, después de declararle que lo que más deseaba en el mundo era volver a verla, manifestó que de ninguna manera faltaría al encuentro de amigos del escritor. Con su calculado juego de voz y de palabras consiguió que Noelia olvidara que había pasado más de un mes sin que él hiciera nada por volver a verla.

La acompañé a comprarse un vestido para lucirlo en tan suspirada cita. Estaba preciosa. La recuerdo como si fuera ahora mismo saliendo del probador: despeinada, apenas sin maquillar. Sobre su rostro caían mechones de pelo rubio que se habían soltado de su cola alta y que destacaban aún más el brillo de sus ojos oscuros. Tenía una piel preciosa, increíblemente suave, límpida, perfecta. No necesitaba ponerse maquillaje, aunque no salía sin él cuando quería deslumbrar a alguien, y siempre le gustaba brillar. Ni rímel le hacía falta porque la redondez de sus ojos se rasgaba en los extremos exteriores con largas pestañas. Las cejas las tenía perfectamente dibujadas por naturaleza, y el óvalo que delineaba su cara, igual que su nariz y que sus labios, me recordaba a las princesas que venían dibujadas en los cuentos infantiles. No era demasiado alta, pero tenía unas medidas perfectas. Manuel dice de ella que parecía una actriz italiana de los años 60. Tenía, en efecto, esa sensualidad y esa fuerza, pero a la vez estaba bañada de dulzura y eso la hacía aún más irresistible.

La transparencia de su piel, la expresividad de sus gestos y una voz que parecía arrancar del centro mismo del alma la revelaban como el «eterno femenino», la esencia de la femineidad. Qué pena que ella confiara en su encanto en tan pocos momentos. Salió del probador con un conjunto gris, casi negro: el pantalón era ancho, pero se pegaba a su cuerpo cuando se movía, igual que el jersey, de manga francesa, que caía por un lado y le dejaba un hombro al descubierto. No me habían gustado demasiado esas prendas cuando las vi en la percha, pero me fascinaron cuando se las vi puestas a Noelia.

* * *

Entró la primera a la cafetería donde los había citado el escritor. Iban llegando los demás y todos quedaban extasiados por su belleza. Eso no me lo dijo ella, me lo contó Eduardo Calderón un día que nos vimos después de la muerte de Noelia. La imaginé igual que cuando salió del probador, pero con tacones, el pelo suelto y maquillada, como ella se gustaba y como resultaba aún más resplandeciente. Miraba inquieta a la puerta y al reloj, y estaba en sus cavilaciones y en su espera más que en aquel taburete delante de la barra y con aquellos amigos a quienes apenas conocía. Se iba haciendo tarde. ¿Habría cambiado Héctor de opinión? Los demás hablaban ya de ir a otro bar cuando por fin entró. La saludó con dos besos, igual que a las otras chicas que estaban con ella. No advirtió Noelia ninguna distinción, y esa equidad, esa moderación, le causó una pequeña herida en el alma que se fue agrandando conforme avanzaba la noche y él la mortificaba con su indiferencia. Ella buscaba el acercamiento por todos los caminos: se había aprendido algunas cosas sobre las cuales Héctor investigaba, y le hizo preguntas que habrían podido despertar, al menos, la curiosidad de él por cómo había adquirido ella conocimientos tan específicos. La seducción: Noelia dominaba ese arte, era su estado natural, así que no hacía falta que se esforzara demasiado; aun así, lo hizo. Esa noche estaba verdaderamente arrebatadora. Nada de eso cambió la lacerante indolencia de Héctor. Serían ya las cuatro de la madrugada y ella estaba a punto de renunciar a su objetivo, a punto también de cambiar su desasosiego por desdén. Llegaron a otro bar y allí se encontró con Samuel, un compañero de trabajo a quien en otras ocasiones trataba de evitar porque le resultaban empalagosas sus galanterías. Nada más verla la sacó a bailar y la llenó de halagos. Ella reía y lo miraba con coquetería. De pronto Héctor la cogió de la mano y la atrajo hacia él. Y bailaron. Y ya no hubo desdén ni desasosiego. Y él le dijo que estaba preciosa y que no había dejado de pensar en ella desde que la conoció. Y de nuevo la acompañó a casa, y de nuevo se despidieron en el portal con besos apasionados. No sé si por orgullo o por no espantar la felicidad de aquella hora, Noelia no censuró a Héctor su indiferencia ni su silencio, pero tampoco le propuso que volvieran a verse.

Capítulo 4

Noelia:

Aquí me tienes. Confío en que la dirección esté bien.

He recibido los resultados de un estudio sobre genética y te adjunto un mapa de los ribosomas que, como bien explicaste el sábado, son las fábricas de las proteínas que hay dentro de las células. Me pareció que tenías interés. Te confieso que me quedé admirado con tus conocimientos en esta materia, y también con otras cualidades tuyas que, como sabes, no me pasaron inadvertidas. No pongas cara de escéptica, te digo la verdad.

Desconozco cuándo leerás este mensaje. Contesta cuando te apetezca y te venga mejor. Por cierto, eso de mirar en buscadores de Internet el nombre de otros no está ni bien ni mal, pero es de un curioso subido (¿cómo ibas a saber de otra manera lo de mi estudio de los ribosomas?). Es broma, pregunta lo que quieras que soy un libro abierto.

Un beso de este admirador.

Héctor

Cuando Noelia recibió este primer *email* de Héctor, me llamó exultante para contármelo. Yo estaba tomando café con una amiga de mi infancia, Carmen, quien me oyó hablar con el entusiasmo que me estaba contagiando la voz de Noelia. Aunque mis dos amigas no se conocían, o quizá precisamente por eso, no pude resistir la tentación de revelar a Carmen el motivo de mi contento.

Noelia me había leído el mensaje por teléfono, y no advertí en él otros matices que los que ella me transmitía. Ahora que he decidido copiarlo de su diario, no encuentro en este primer *email* de Héctor otra cosa que no sea arrogancia, prepotencia y chulería. Noelia tenía la delicadeza de filtrar todo aquello que percibía, de modo que siempre se quedaba con lo bueno de cuanto oía o veía y solo eso transmitía a los demás. Ella no leyó la insolencia en este mensaje. Se regocijó con el escrito de Héctor, con las referencias que hacía a sus «cualidades», con el beso y, cómo no, con que fuera su «admirador», y se sonrojó al ser descubierta por su búsqueda. Emoción y sonrojo que yo recibí por teléfono.

Con el tiempo he aprendido a guardar secretos, aunque solo después de haber sufrido mucho por haber desvelado más de uno. Escribo esto porque Noelia así me lo pidió, pero una suerte de pudor y de perplejidad me acompaña en cada frase. En ocasiones tengo que abrir su diario para cerciorarme de la misión que me confió:

«Cuenta mi historia. Tú la conoces bien. Cuéntala para evitar que otras mujeres mueran como yo».

Desearía que se hubieran borrado esas palabras, que no hubieran estado nunca ahí, que Luisa no me hubiera dado nunca ese diario, que ella estuviera viva.

Ahora debo escribir lo que antes debí haber callado.

Capítulo 5

Ayer me quedé sin trabajo. La empresa va a dejar de recibir dinero de la Administración Pública y ha decidido «ajustar gastos». «Gastos». Quince años de mi vida entregados a la compañía, horas extras que nunca me han pagado, fines de semana, y de pronto me veo reducida a un «gasto». Era feliz con ese trabajo. Hasta ayer solo me faltaba el amor para que mi vida fuera «perfecta». David se marchó hace casi tres años a Buenos Aires con una ONG. Insistió en que me fuera con él, pero yo concedía a mi carrera demasiada importancia y no estaba dispuesta a abandonarla. Vive con una chica argentina y acaban de tener un niño. Ahora estoy enamorada de Manuel, aunque solo he conseguido su amistad y una gran e inútil complicidad. Cuando estamos solos no me habla más que de Noelia y de la historia de Zaragoza, pero yo casi prefiero lo primero, al menos tengo algo que decir. De historia sé bastante menos de lo que me gustaría. Cuando se pone a narrar hazañas de la Guerra de la Independencia, de Ramón Pignatelli, del conde de Aranda, de la construcción del canal Imperial o de Basilio Paraíso, me muestro muy interesada, incluso finjo que alguno de los hechos ya lo conocía; me avergüenza confesar tanta ignorancia. No obstante, lejos de aburrirme y desilusionarme, Manuel se ha convertido en una obsesión para mí. Está un poco gordito, pero es tan comfortable como un oso de peluche. Lleva barba y tiene los ojos verdes y redondos. No es que sea guapísimo, pero sí guapo, y a mí me resulta irresistible. Hasta ayer todas mis aspiraciones giraban en torno a él: Manuel era la pieza que me faltaba para acabar de construir el puzle de mi vida. Hasta ayer, hasta el instante mismo en que mi jefe me comunicó el despido. Entonces sentí que alguien soplabla fuerte por encima de mi hombro y hacía volar todo el rompecabezas. No quedaba ni una sola pieza en su sitio y tenía que volver a empezar.

Sin embargo, la vida no es un puzle que se va terminando, es un paisaje infinito cuyos pedazos nunca se acaban de combinar. Algunos los tenemos dentro de nosotros y no los vemos, otros no queremos verlos, ni siquiera nos atrevemos a buscarlos: unos se encuentran en nuestros sueños, pero no sospechamos que podrían hacerse realidad. Quizá sin miedos, sin conformismos, podríamos sacar de nuestra fantasía esas piezas y encajarlas en el paisaje.

Tengo una vaga sensación de penumbra, aunque son las cinco de una brillante tarde de mayo. Estoy enamorada de Manuel, pero hoy mi alma se consuela evocando el afecto íntimo que Luis, mi compañero de trabajo, me profesaba en silencio: sus miradas, sus sonrisas, sus dos besos cuando me saluda. Apenas lo he mirado a la cara durante estos años. Sin embargo, anteayer, justo un día antes de saber que iban a despedirme, él regresó tras una semana de vacaciones y nos saludamos, lo miré a los

ojos antes de darle dos besos, y se los di de verdad. Cuando era más joven confiaba menos en mí y no hacía caso de algunas intuiciones. Las llamaba *ilusiones*, pero ahora sé identificarlas y sé que Luis se ha enamorado de mí, y me agrada; no porque yo me sienta atraída por él ni nada de eso, sino porque me produce una sensación deleitosa: no tocar el suelo con los pies, esponjarse la boca, los ojos y el pecho. Resucitar. Leo «besos» al final de sus sms y repaso todos sus mensajes para ver cuándo empezó a escribirme «besos». Ahora también eso ha terminado.

La tarde se queda dormida en los pliegues de mis pensamientos. Había deseado tantas veces tener las tardes libres, y ahora sin trabajo se me hacen eternas. Debería aprovechar para escribir lo que me pidió Noelia, pero me siento tan decaída que temo que centrar mi atención en ella pueda hundirme todavía más.

Me esfuerzo tanto en oponerme a su recuerdo que hoy me asedia con más rotundidad que nunca. Héctor salta en mi memoria a cada rato y se entremete en mis reflexiones. Siento deseos de buscarlo, de preguntarle si amó a Noelia, si todavía la ama. Los amores imposibles son los que duran toda la vida. Las llamas que no se apagan.

Seguro que si él hubiera correspondido a Noelia de la manera que ella deseaba, más tarde o más temprano ella habría dejado de amarlo. Cuatro años. Esto es lo máximo que le duraba un gran amor a Noelia. Después venía el «no sé cómo pude estar tan enamorada de él». Amaba solo lo que añoraba, lo que creaba, lo que inventaba, y cuando dejaba de añadir imaginación, cuando el hombre soñado se quedaba desnudo ante ella, sin las vestiduras de su fantasía, dejaba de interesarle.

Enamorarse es crear. Nos enamoramos de alguien a quien apenas conocemos, y con nuestros deseos completamos lo poco que sabemos de esa persona. Cuanto menos lo conocemos más perfecto puede hacerse ante nuestros ojos porque deja más espacio a nuestra creatividad. Con el tiempo la verdad se impone, los deseos van cayendo y hemos de elegir entre conformarnos o no. Noelia nunca se resignaba, aunque sí confiaba.

Estaba segura de que antes o después aparecería el hombre de su vida, el que le mostraría que verdad y deseo podían ser una sola cosa.

Capítulo 6

Noelia no tardó ni una hora en contestar al primer *email* de Héctor; justo lo que le costó hilar una respuesta que no lo dejara indiferente. Desde entonces los *emails* iban y venían cada día, hasta cinco diarios. Largos poemas de amor en prosa donde intercambiaban halagos y expresaban sus emociones más intensas. Saetas a los corazones y a los sentidos que se disparaban el uno al otro. Ella desde el alma, él desde su ego fatuo y petulante. Aunque con el tiempo los remitentes irían variando y, en algunas ocasiones, ella escribiría también desde la vanidad, y él desde lo más hondo de su espíritu.

Con la excusa de prestarle unos libros, Héctor conquistó (eso creyó él) la primera (que era la tercera) cita con Noelia (que era quien de verdad había logrado ese encuentro). Quedaron en el Gran Café, en la calle Alfonso. Él llegó antes y eligió la mesa del rincón junto a la cristalera. Ella se preparó para ese momento con el máximo esmero. Así era; siempre perfecta: su media melena rubia, un precioso vestido color crema, zapatos del mismo tono, pendientes largos y el maquillaje adecuado. Noelia no olvidaba nunca ningún detalle, salvo los que siempre la acompañaban sin saberlo: sensualidad, dulzura, delicadeza y ese saber estar en cada gesto, en cada palabra.

Los días anteriores leyó libros de genética; puesto que le había dicho a Héctor que era una amante de la materia, no fuera él a descubrir que le había mentado.

En aquella cita debió de enamorarse de ella del todo. Noelia no me lo dijo; lo sé porque era imposible que cualquier hombre no lo hiciera.

Hablaron y hablaron desde las ocho de la tarde hasta las ocho de la madrugada, hora a la que se despidieron en el portal de la casa de Noelia.

Era jueves y quedaron en verse de nuevo el jueves siguiente, el día que él venía de Madrid. Después iba a pasar el fin de semana a Huesca con sus padres.

* * *

La tarde que le conté a Carmen que Noelia se había enamorado de Héctor, ella no mostró ningún interés, pero cuando Noelia y Héctor llevaban ya tres meses viéndose todos los jueves, Carmen me llamó por teléfono una mañana y me dijo que tenía algo muy importante que decirme: Héctor Mora era el novio de Inés, una de sus amigas. Llevaban viviendo juntos cinco años y eran una pareja modélica. Seguro que no tardarían mucho tiempo en casarse.

—¿Cómo puedes dar por sentado que estamos hablando de la misma persona?

Habrán miles de biólogos que se llaman Héctor Mora —objeté.

—Estoy segura, Clara, de lo contrario no te habría llamado.

Tuve que sentarme. ¿Cómo iba a decirle eso a Noelia? ¿Cómo no iba a decírselo? ¿Acaso ella lo sabía? No lo sabía porque, de ser así, ella misma se habría respondido a las preguntas que siempre me planteaba:

—¿Y tú por qué crees que no me propone que salgamos juntos el fin de semana?

—No sé. ¿Por qué no se lo dices tú? —preguntaba yo.

—¿Yo? No quiero que vea tanto interés por mi parte.

Hay personas que repudian la realidad porque es imposible evadirla si no es muriendo, y en ella logran hacer un hueco, un pequeño mundo donde todo es imaginación, como los niños que son o juegan a ser felices. Dentro de la gruta no pueden agudizar mucho el oído ni alargar la mirada porque el sonido de la verdad es tan agudo y su imagen tan cegadora que acaba por imponerse y por abrumar la ficción.

Tal vez Noelia sí sabía o sospechaba por qué Héctor no le proponía que salieran juntos los fines de semana y, pese a ello, prefería ignorar, discurrir quimeras, crear y recrearse en su cobijo de ensueño y espejismos. Ante mí, ante los pocos amigos que conocíamos su relación con Héctor, Noelia se apoyaba a veces en una frágil excusa: Héctor tenía que estudiar las oposiciones para lograr una plaza en un centro de investigación o, quizá, en la Universidad. Lo demás, ella, vendría después.

Capítulo 7

Noelia estaba cada día más enamorada de Héctor. Además de las citas de los jueves y de los copiosos *emails* que se correspondían, Héctor la llamaba por teléfono todas las tardes y pasaban largas horas con el auricular hincado en el oído para no perderse ni un suspiro de la deliciosa conversación.

Era sábado el día en que Carmen me advirtió que Héctor vivía con Inés, y esa misma noche había quedado a cenar con Noelia. Encontraría la ocasión para decírselo. No contaba yo con que Fernando, un amigo de las dos, se enteraría de nuestro plan y se agregaría. Durante toda la velada anduve buscando el momento de estar a solas con Noelia; sabía que iba a partirle el alma con aquella revelación, pero estaba obligada a hacérsela. Ella no hablaba de Héctor porque Fernando no se apartaba de nosotras ni un minuto y él no estaba al tanto de la relación. Era un amor secreto: aunque ella habría querido gritarlo a los cuatro vientos, no existía el mismo afán en el ánimo de Héctor, ni siquiera se vislumbraba; él rehuía esa ilusión callada que adivinaba en ella. Y Noelia no quería ser la primera en desvelar ese amor «lleno de magia», no fuera que se rompiera el hechizo. Se decía a sí misma que Héctor quería aprobar las oposiciones antes de declararle abiertamente su amor y de proclamarlo al mundo.

La seguí cuando se levantó para ir al servicio. Se pintaba los labios en el espejo mientras me hablaba:

—¡Qué poca consideración tengo con el pobre Héctor! Él estudiando sin parar y yo de juerga.

Me quedé atónita. Qué equivocada estaba. Sentí tanta lástima que no fui capaz de hablarle. «El pobre Héctor» había salido de su boca como una oración que surge del espíritu más devoto. No podía sentenciarla a ver sus lágrimas en el espejo, no quería percibir su dolor redoblado por el cristal.

—¿Sabes qué me ha dicho hoy cuando le he contado que me iba a cenar con unos amigos? —me preguntó con una suerte de íntimo regocijo.

—No.

—Que no deje de pensar en él en toda la noche, que mire el cielo a todas horas, porque en ese pedacito de luna menguante se ha sentado él a esperar nuestro próximo encuentro. ¿A que es romántico?

«Es cínico», juzgué, pero no llegué a decirlo. Y en ese instante fui de verdad consciente de la canallada.

Había llegado a admirar a Héctor por lo que Noelia me contaba de él. Hasta le tenía afecto por lo feliz que la hacía, pero en ese momento el odio me manaba a borbotones. Contemplé a Noelia presa en una cárcel de egoísmo que él le había

construido.

Supuse a Héctor riendo al lado de su novia y de sus amigos, Carmen entre ellos. Y hasta tuve por un momento la sospecha de que la misma Carmen podía estar enamorada de él: estaba tan enfadada cuando me llamó. Parecía que me estaba culpando a mí.

Capítulo 8

El viento agita la mañana en las calles, pero en mi casa y en mi alma las horas se detienen. Larga y confusa mañana de junio, cálida y fría. Debería estar buscando trabajo, pero mi alma vaga entre sueños de amores y despedidas. Entre ilusiones y decepciones. Manuel me ha llamado hace un rato, dice que tiene algo importante que contarme acerca de Noelia. Ningún otro asunto podía ser tan importante para él. A pesar de ello no siento celos, y no porque esté muerta, sino porque tengo la extraña sensación de que algo de mi amiga vive todavía en mí: igual que me dejó su diario y me pidió que contara su historia, me legó una porción de su sustancia, un fragmento de su espíritu para que siguiera viviendo conmigo.

Héctor sí se permitía el lujo de ser celoso. Recuerdo lo que me contó Manuel días después de la muerte de Noelia:

«Vino a mí como un toro de lidia. Marcando su territorio. Me dijo que, aunque vivía con Inés desde hacía años, estaba enamorado de Noelia».

Manuel también estaba enamorado de Noelia. La vio por primera vez una noche en un bar de copas. Cada uno iba con sus amigos. Ella bailaba y él, desde la barra, no podía dejar de mirarla. Estaba hipnotizado por su risa, por sus gestos; cada movimiento suyo le resultaba fascinante, perturbador. La sacó a bailar y no se apartó de ella hasta que cerraron el bar y la acompañó hasta la puerta de su casa. Al día siguiente Noelia se lo contó a Héctor. Quería que él sintiera celos, que se decidiera a salir con ella los fines de semana, que advirtiera los peligros que tenía mantener en secreto su amor. Y él los advirtió, vaya si lo hizo. No tardó ni dos días en prevenir a Manuel. Tan pronto como lo tuvo delante, le soltó que estaba enamorado de Noelia y que ella le correspondía. Le contó que llevaban un año viéndose, amándose, y que no quería perderla por nada. Hecha esta confesión, Héctor estuvo seguro de que Manuel no se interpondría en su camino. Esto sucedió solo un mes antes de que Noelia muriera.

Manuel no dudó de la sinceridad de Héctor. Sostenía que no era de esos que andan enamorándose de todas o que ponen los cuernos tan pronto como tienen la oportunidad. Afirmaba que siempre fue fiel y leal a Inés, y que fue feliz con ella hasta que conoció a Noelia.

«Incluso trató de no volver a verla más porque se sentía demasiado atraído por ella y no quería engañar a Inés. Pero Noelia lo llamó y se hizo cada vez más difícil resistirse. Era cuestión de tiempo, tarde o temprano habría dejado a Inés y ahora sería feliz con Noelia si ella estuviera viva».

¿Así de sencillo? Qué absurdo. Qué desorden de palabras y silencios. Los dos, Noelia y Héctor, ocultaban la verdad, y la gran mentira que crearon se convirtió en un

cruento combate a vida o muerte en el cual Noelia fue vencida, pero Héctor no fue el vencedor. «Si ella estuviera viva». Qué equivocado estaba Manuel. Si Noelia estuviera viva hoy, casi once años después, ya no estaría enamorada de Héctor. Habría dejado de estarlo en el instante en que él se hubiera rendido ante ella.

Capítulo 9

Cuando por fin le conté que Héctor vivía con una chica, que se llamaba Inés, que era amiga de mi amiga Carmen y que todos los consideraban una pareja perfecta, Noelia se quedó sin respiración. Los ojos brillantes y los labios apretados. El mundo cayó sobre ella de repente. No tenía valor para mirarme. Le acaricié el pelo y entonces me miró a los ojos. Me preguntó si la conocía, si la había visto alguna vez, qué edad tenía, a qué se dedicaba, de dónde era y, sobre todo, si era guapa. Yo carecía de respuestas. Cuando Carmen me llamó para advertirme de que Héctor vivía con Inés, no se me ocurrió indagar sobre ella, ¿qué más da ella? Solo importa que él es un cerdo.

Noelia, sin embargo, inquiría con avidez.

—Me cuesta creerlo —repetía—. Me cuesta aceptar que existe esa persona. Si supiera más cosas de ella, quizá lograra admitir que es cierto lo que me dices, incluso sentir lástima por esa mujer, sentirme culpable.

—¡Tú no tienes que sentirte culpable! —exclamé—, es él quien la está engañando. Os está engañando a las dos.

Noelia se protegía con aquella maraña de interrogaciones para no quedarse a solas, cara a cara, con la verdad límpida y seca: Héctor le había mentido. Le mentía todos los días desde hacía tres meses.

—Pero si la quisiera no saldría conmigo.

—Si te quisiera a ti, la habría dejado a ella.

—Seguro que hay un motivo —insistía ella.

—Y eso qué importa. Tienes que dejarlo.

—Claro —dijo, y pareció zanjar así la conversación, pero siguió—: Nos vemos los jueves, pero me dedica a mí todas las horas, desde por la mañana hasta por la noche. Tan pronto como llega al trabajo, me escribe y me llama. Está escribiéndome y llamándome todo el día. Todos los días.

—Tú lo dices: los días. ¿Y por las noches? ¿Y los fines de semana?

Acompañé a Noelia a casa, pero no quiso que subiera con ella.

—Estoy bien, de verdad.

—Prométeme que lo dejarás.

—Lo haré.

Aquella tarde Héctor la llamó por teléfono como todos los días, pero ella no le dijo nada de cuanto yo le había revelado. Decidió que aquello no existía; al menos de momento. Quizás más adelante tendría valor para enfrentarse a esa verdad. Por ahora esperaba a que Héctor dejara a Inés. Pondría todo su empeño en que sucumbiera a su amor, en hacerse imprescindible para él. Y cuando lo consiguiera, cuando él no

pudiera vivir sin ella, cuando ya no hubiera más mujer para él, cuando abandonara a Inés y le pidiera a ella, le suplicara, que se casara con él, entonces sería el momento de abandonarlo. Sus celos no le permitirían nunca vivir con un hombre infiel como Héctor. Ahora era Inés el objeto de la infidelidad, no ella. Ella era la causa y, entre ambos males, prefería el que le había tocado. Puesto que se le había adjudicado ese papel sin preguntarle, ella decidiría cuándo dejar de interpretarlo.

¿No era más fácil dejarlo ya y evitar más sufrimiento? No. Noelia necesitaba sentirse amada hasta el extremo. No soportaba que un hombre la quisiera solo a medias, y pretendía que Héctor llegara al grado más intenso, al mismo al que habían llegado por ella otros hombres: a rogarle, a seguirla a escondidas, a llamarla a todas horas, a llorar, a ponerse de rodillas ante ella en plena calle... Es cierto que le molestaban esas situaciones, incluso a veces le causaban temor. No obstante, en medio de ese fastidio y de esa inquietud, resplandecía un rayo de secreta satisfacción. Sentirse el centro del mundo para alguien, ocupar enteros su corazón y su mente, ser su alma.

Cuando el amor se hacía tranquilo, cuando ya no había sorpresas ni grandes emociones, Noelia dejaba de estar enamorada. Se desilusionaba y la decepción la llevaba a decir:

«Es mejor que lo dejemos por un tiempo, y después...»

Después venían las llamadas intempestivas, las persecuciones, el llanto de los abandonados. Y eso, a la vez que alimentaba temporalmente su frágil autoestima, la decepcionaba aún más:

«¿Cómo he podido estar tan enamorada de él?», se preguntaba siempre.

También yo me planteaba esa misma cuestión cada vez que se fijaba en aquellos tipos que me parecían muy poca cosa para ella. Pero con Héctor era diferente. Me alegré cuando me contó que se había enamorado de él, cuando me leyó aquel primer *email* que le escribió y cuando quedaron, porque por fin, Noelia se interesaba por un hombre digno de ella, por fin alguien que la merecía.

Capítulo 10

Mi amigo Rafa se quedó viudo hace tres meses. Tiene depresión. Algunas tardes voy a verlo y me llevo a sus hijos al parque. Son gemelos y al principio me costaba distinguirlos, pero ahora los conozco bien: a Guillermo se le hacen hoyuelos en las mejillas cuando sonrío, y Juan tiene el pelo más rizado. A veces, cuando volvemos del paseo, Rafa está tumbado en la cama. Preparo la cena para los niños y los acuesto. Se han convertido en una de las alegrías más grandes de mi vida, aunque me rompe el alma ver así a su padre y acordarme de lo que sufrió Mercedes, su mujer, antes de irse: un año de lucha perdida de antemano.

Rafa vive en Valdespartera y por las noches tomo el tranvía para regresar a mi casa siempre con esa rara combinación de regocijo y de pena. El primero me lo proporciona el cariño que me demuestran los niños, la segunda la experimento cada vez que veo la honda tristeza que se ha anclado en su padre. A veces me asalta el temor a que cometa alguna locura y, en más de una ocasión, he llegado a bajarme del tranvía en la siguiente parada y a subirme a otro de vuelta a su casa. Abro con cuidado para no despertarlos —Rafa me dio una llave— y entro en la habitación de los niños. Qué placer verlos dormidos. Y después, en la de Rafa. Escucho su respiración. Todo está en orden. Puedo marcharme tranquila.

Noelia salió con Rafa antes de conocer a Héctor, aunque muy poco tiempo. Él continuó enamorado y ella lo llamaba algunas veces cuando se sentía sola. Saberse querida por Rafa la confortaba, la rescataba de sí misma, de su desasosiego, de su angustia, y atenuaba aquel dolor intenso que le mordía en el centro mismo de su pecho si Héctor no escribía o no llamaba cuando estaba previsto. Quizá se retrasaba solo media hora, pero la paciencia de Noelia, infinita para esperar a convertirse en el centro del mundo para Héctor, era minúscula para aguardar una llamada. Las presunciones de ese lapso de impaciencia eran devastadoras: no la amaba, solo había sido para él un pasatiempo del cual ya se había cansado, ya no tendría la oportunidad de lograr su propósito, de verlo rendido y aniquilado, de condenarlo por falsedad a expiar eternamente sus culpas con la punzante añoranza de su amor. Rafa no adivinaba el motivo de las zozobras de Noelia, ni siquiera sospechaba la existencia de Héctor, por eso cuando la veía así, tan desvalida, él abrigaba la esperanza de recuperarla. Pero Noelia no estaba enamorada de él.

Yo no comprendía la obstinación de Noelia, su afán por un amor que tanto la atormentaba. Héctor nunca le había dado ni siquiera un indicio de que tuviera planes con ella en un futuro. Era patente que proseguía su vida con Inés.

Hoy sí que la comprendo. Hoy que sufro por Manuel lo que ella padeció por Héctor. Y recuerdo la última página escrita de su diario: «Para que adviertas al

mundo que se puede morir de amor». Por primera vez veo una sombra de certidumbre en esas palabras; no me refiero a la convicción de Noelia al escribirlas, sino a la evidencia objetiva: se puede morir de amor. Se me va la vida cuando veo la indiferencia de Manuel. Me siento débil, sin fuerzas, no quiero ni coger un libro. Por primera vez las palabras de Noelia me hacen temblar: ¿y si el azar quiere que muera de amor como ella? ¿Y si esa parte de su alma que siento que ella dejó en mi interior no es sino el presagio de que ambas tendremos una muerte idéntica? ¿Acaso será esa mi condena por no haber vuelto cuando me llamó? Me levanto del sofá y voy a buscar su diario. Las tapas doradas del cuaderno tienen bolsillos interiores. Extraigo de ellos unos folios doblados: son *emails* de Héctor.

Noelia:

Adorable escéptica, ¿aún piensas que no puedo verte al otro lado del teléfono?, ¿aún no crees en mi magia?

Soy capaz de repetir en mi memoria cada movimiento de tus ojos en cualquiera de los espacios que he compartido contigo.

Puedo calcular el ángulo exacto que fabrica tu antebrazo respecto a la línea del cuello. También repetir secuencias de palabras, frases y hasta párrafos con la modulación certera. Onomatopeyas y balbuceos.

Y qué decir del movimiento rápido, andante, allegro, pizzicato, de mis labios confundidos con los tuyos. Del respingo de tu nariz cuando la acaricio con la mía, cuando la mordisqueo amorosamente. ¿Y el trazado de tu ritmo vital, desde el nudo de tu muñeca al divino acantilado de tu hombro, altazor de un paisaje de ensueño?

Por todo ello y por mucho más que adoro me considero no un Funes El Memorioso, que inventó Borges, sino un Héctor Feliz El Memorión.

Fascinación de fascinaciones, te mando cientos de besos.

Me avisas cuando te hayan llegado.

Tu eterno

Héctor

¡Cómo se puede ser tan cursi!, me dije, e imaginé lo feliz que habría hecho aquel *email* a Noelia. O no, quizá ella ya encontraba entre aquellos halagos la verdad desaparecida, el deseo incumplido que esperaba con desesperanza. Un *email* que dice que nada ha cambiado.

Capítulo 11

Pocos amigos de Noelia conocíamos su relación con Héctor, y solo Virginia y yo sabíamos, además, que él tenía novia y que vivía con ella. Noelia liberaba todas sus inquietudes cuando estaba con nosotras. Sin darse cuenta, o sin importarle, estuviera con una o con las dos, se adueñaba por completo de la conversación y solo hablábamos de Héctor. Exponía sus deseos a modo de enunciación y esperaba nuestro asenso.

«Si él estuviese enamorado de ella, no saldría conmigo. No debe de ser verdad que vive con Inés. Habrán roto ya, seguramente, pero no me pide que salgamos juntos porque sus padres aún no sabrán que la ha dejado. No querrá que ellos se enteren todavía de que sale con otra chica».

Nosotras la confortábamos y, al menos por un rato, tenía algo de paz. Luego expresaba lo mal que se sentía por lo que le estaba haciendo a la pobre Inés. Aquí sí discrepábamos.

—Ni ella es «la pobre» ni tú la que le haces nada a Inés. Quien se lo hace es él, que la engaña y le falta al respeto a ella, a ti y a sí mismo.

Sin embargo, a veces hasta las amistades dejan de ser pacientes con quien es paciente grave del amor. Se cansan de oír igual siempre las mismas quejas sin entender que esta insistencia procede de un dolor tan hondo que un leve gesto de desinterés podría resquebrajar hasta las entrañas.

Desde que supimos que Héctor tenía novia, Virginia y yo aconsejábamos a Noelia que se olvidara de él. Ambas juzgábamos que si Héctor no había dejado a Inés a estas alturas, tampoco lo haría en el futuro. Mientras Noelia consintiera la situación y él no corriese el riesgo de ser descubierto, continuaría con las dos. Los hechos lo venían proclamando a gritos y era para nosotras una obviedad. No obstante, esa clase de evidencias no lo son para quien se halla en el interior de un asunto, y menos para quien está enamorado, que bastante esfuerzo hace ya en aplicar toda su imaginación en crear y recrear el objeto de su enamoramiento.

Virginia se cansó de los lamentos de Noelia. Más aún, se sintió ofendida porque ella no seguía sus consejos. No he olvidado su dureza. Estábamos cenando las tres en un bar del casco antiguo y, cuando Noelia comenzó a hablar de Héctor, la interrumpió:

—Conmigo no hables más de ese asunto. Ya sabes lo que pienso: mándalo a la mierda. Escuchándote y alimentando esta conversación no te ayudamos nada, al revés: tú estás cada día más hecha polvo. Cuando lo hayas dejado, si quieres, hablamos, pero antes no quiero volver a oír ni una sola palabra sobre ese tío.

Noelia calló. Leí en sus ojos un dolor inmenso, como si la obligaran a tragarse

todo: las palabras y frases repetidas, ilusiones, decepciones, amargura, Héctor... Como si le fuera a estallar todo dentro por no poder sacarlo por la boca. Eso le produjo una herida que nunca se curó. Virginia y ella siguieron siendo amigas: Noelia la perdonó; no expresamente, eso no era necesario, entre otras cosas porque Virginia no consideraba que hubiera hecho daño alguno por el cual tuviera que ser perdonada; aun así, Noelia la perdonó con el corazón y, en los meses que vivió después de aquella noche, no le guardó rencor a pesar de que la llaga siguió sangrando en su alma.

Capítulo 12

Esta mañana he ido a casa de Rafa. Aunque tengo una llave de su piso, acostumbro a llamar al timbre. Para mi sorpresa, no ha sido él quien me ha abierto, sino una mujer. Era joven, de unos treinta años, y nada más verla he tenido la incómoda e irritante percepción de que había invadido mi territorio, y creo que ella lo ha notado.

—Hola, soy Clara —he dicho un poco azorada.

—Hola, Clara, me alegro de conocerte. Rafa habla mucho de ti. Yo soy Silvia. Pasa, por favor.

—No quiero molestar. ¿Están Rafa y los niños?

—No molestas. Rafa ha salido y los niños están durmiendo.

—Volveré en otro momento.

—Quédate, por favor, Rafa regresará enseguida.

Me animaba a entrar la curiosidad por saber quién era la encantadora mujer que me abría la puerta, y me empujaban a marcharme unos celos inopinados que Silvia ha debido de advertir nada más mirarme, quizá por eso ha insistido tanto en que me quedara.

Me he sentado en una esquina del sofá y me ha ofrecido un café que he aceptado. En otras condiciones le habría dicho que el café me altera los nervios y que si tomo más de uno al día no soy capaz de dormir por la noche, pero no me he atrevido a rechazarlo ni tampoco a pedir otra cosa. Esa mujer imponía en la atmósfera de la casa una autoridad tan amable como necesaria, pero que a mí me molestaba. Todo estaba ordenado, y Silvia se movía por el salón y por la cocina con la soltura de quien lo hace a diario, como si viviera allí.

Pero ¿quién era Silvia? Rafa nunca me había hablado de ella, y sin embargo a ella le había hablado de mí. La observaba cuando no me veía: era muy alta y delgada, y tanto su manera de andar como sus gestos eran elegantes. Vestía una camiseta de tirantes y unos vaqueros, y llevaba unas sandalias totalmente planas. Desde el salón veía sus manos cuando ponía la cafetera: su muñeca derecha estaba adornada con varias pulseras de plata y de piedrecitas de colores, y en la otra llamaba la atención un reloj enorme. No llevaba alianza de casada. Estaba intentando averiguarlo desde que me abrió la puerta, pero no lo conseguí hasta que la vi poner el café. ¿Estaría saliendo con Rafa? Seguramente hacía ya un tiempo, porque se desenvolvía por la casa como si siempre hubiera vivido allí. ¿Y por qué eso me hacía sentir tan incómoda y tan triste a la vez? ¿Solo porque Rafa no me lo había contado?

¿Dónde la habría conocido? ¡En el trabajo! Claro, ¡era su jefa! Él me había hablado de ella. Yo misma le pregunté todos los detalles cuando me contó que tenía una nueva jefa. No me acuerdo si mencionó su nombre, pero sí me dijo que era alta y

atractiva, y también que era una sota. Vaya, parece que ha cambiado de opinión desde entonces. Esta joven alta y atractiva es su jefa, y yo estoy en el paro. De qué voy a conversar con ella si ni siquiera puedo hablar de mi trabajo. Me he convertido en una mujer sin nada que contar. Veo cómo la vida de los demás se desarrolla mientras la mía se hunde cada vez más: tengo 40 años, estoy en paro, sola, enamorada de un hombre a quien de mí solo le interesa una amiga muerta... Me torturaba así cuando Silvia entró en el salón con su sonrisa y una bandeja con el café y unas pastas. Se ha sentado a mi lado y me ha parecido aún más guapa. Cada virtud que descubría en ella me hacía sentir peor. He pretendido encontrarle algún defecto, pero ni siquiera sus pies eran demasiado grandes como para procurarme algún alivio. Todo en ella era delicadeza. No me sorprendía, por tanto, que Rafa se hubiera enamorado de ella. Tendría que haberme alegrado, puesto que tanto me entristecía la soledad y la pena de mi amigo; no obstante, no solo no me complacía, sino que, en algunos momentos, me oprimía el pecho y, en otros, me ponía rabiosa.

«Rafa ha sufrido mucho —me decía—. Es estupendo que haya encontrado a una mujer maravillosa que lo haga feliz. ¿Por qué no estoy contenta?», pero no lograba sosegar me y, a pesar de su amabilidad, veía a esa mujer como una usurpadora.

—¿Hace mucho que eres amiga de Rafa? —me ha preguntado.

Me ha sentado fatal. Me correspondía a mí interrogar: «¿Hace mucho que Rafa y tú estáis juntos?», pero se me ha adelantado. Esa mujer parecía más lista que yo o, al menos, más rápida y mucho más relajada.

—Sí, más de quince años.

—¡Vaya! —y ha debido de pensar «¡qué vieja eres!»—. Es extraño que no nos hayamos conocido antes.

—Eso digo yo —he respondido, y me he arrepentido enseguida por el tono de ironía con que he acompañado mis palabras—. Quiero decir que me da la impresión de que Rafa y tú os conocéis desde hace tiempo y, dado que vengo con frecuencia, me sorprende que nunca hayamos coincidido.

—Sé que le ayudas mucho con los niños.

Esa afirmación ha herido por completo mi orgullo: «yo me ocupo de los niños mientras tú te ocupas de él», he malpensado y me ha disgustado mi reacción, porque los ratos que paso con esos niños son los más dulces de mi existencia.

—¿Los conoces desde hace mucho? —era una pregunta estúpida, pero no he sabido arreglarla.

—Un poquito más de un año —y ha bajado la mirada.

Algo la ha puesto triste. Acaso ha pensado que entonces todavía vivía Mercedes, la mujer de Rafa. Deseaba irme porque estaba incómoda y me sentía enfadada con Rafa por no haberme contado que estaba con Silvia. Prefería que no me encontrara allí cuando llegara porque tenía ganas de decirle cuatro cosas y no quería hacerlo delante de ella. Sin embargo, necesitaba saber algo más sobre esa chica, sobre su relación con Rafa. ¿Estaban viviendo juntos? Hacía dos semanas que no iba a verlo,

era poco tiempo, pero quizá el suficiente para que se hubieran producido tantos cambios en su vida. Lo que le pasa a Rafa es que es un egoísta, un gran egoísta. Solo comparte conmigo sus pesares, me llama solo cuando me necesita. En realidad no me llama nunca, soy yo la que voy a verlo sin que él me lo pida.

—Los gemelos son preciosos —ha dicho Silvia interrumpiendo mis suspicacias.

—Se parecen a su madre —he apostillado con un poquito de mala intención—. ¿La conociste?

—Sí. La conocí en el hospital hace un año y tres meses —ha dicho Silvia—, acudíamos juntas a la quimio.

Me he sobrecogido tanto que no he sabido cómo acabar de construir mi pregunta:

—¿Tú también...?

—Sí, solo que por suerte para mí yo estoy viva y estoy bien.

—Me alegro —he dicho sin saber exactamente qué pretendía decir.

Silvia me ha contado que tuvo un cáncer de mama hace seis años, cuando solo tenía 30. Desde que acabó su tratamiento va al hospital a visitar a las mujeres que están pasando por esa situación. Las acompaña, las anima, las hace reír y les da cariño, porque, según dice, son remedios eficaces contra la enfermedad. Me ha hablado de lo durísimo que fue para ella: las pruebas, la angustia de los días de espera, el diagnóstico, pero también me ha dicho que supuso un cambio maravilloso en su vida, en todos los sentidos.

—Lo importante es que enseguida me di cuenta de cuál había sido la causa y pude poner los medios para curarme —ha indicado.

—Dicen que hay muchas causas y no es posible saber...

—En mi caso lo supe. Cuando le pregunté al médico qué posibilidades tenía de sobrevivir, me dijo que era un tumor demasiado grande y que eso era desfavorable; pero (y en ese pero encontré la respuesta) que al haberse desarrollado de una manera muy rápida, podía desaparecer igual de rápido. El médico iba a poner los medios para curarme, pero yo tenía también algo muy importante que hacer para lograr ese objetivo: desterrar la causa, dominar aquello que lo produjo. En mi caso, un dolor emocional intenso, un amor no correspondido, el odio a mí misma por no haberme dado cuenta, el engaño, el autoengaño... De manera paralela a los tratamientos médicos, yo seguía mi tratamiento emocional y espiritual. Me perdoné a mí misma y perdoné a quien me había causado tanto dolor. Y eso me llenó de paz.

»Solo una vez pensé “¿por qué a mí?”. Yo tenía la respuesta: primero creí que había sido por amor, pero fue el desamor que quise imponerme. Desear profundamente desandar lo andado, querer convencerme de que no amaba lo que amaba y saber de pronto cuánto amé sin sospecharlo.

»Dos años después conocí a un especialista en ayurveda que me habló de la unidad entre cuerpo, mente y espíritu. Me explicó que el cáncer se producía por un rechazo inconsciente a una parte de uno mismo. Comprendí que yo había rechazado esa parte de mí misma que amaba al hombre que acababa de abandonarme. Incluso

sentí físicamente esa sensación aquí, en el pecho. Fue un latido violento, un dolor intenso y amargo que duró solo lo que dura una pulsión. Somos cuerpo, mente y espíritu, y las tres cosas tienen que mantenerse en equilibrio para que haya salud. En aquella época mi mente y mi espíritu estaban totalmente en desacuerdo con lo que hacía mi cuerpo, y yo era muy desdichada. En mi afán porque ese hombre me amara iba cavándome una fosa donde a punto estuve de morir. Gracias a Dios estoy viva, pues la fe me ayudó a curar mi espíritu y, en mi caso, fue el espíritu el que tiró de la mente y del cuerpo.

Silvia me ha hablado de los oncólogos que la trataron y me ha dicho que ellos no solo le proporcionaron las medicinas más adecuadas, sino, lo que fue aún más eficaz, su humanidad:

«Los dos reunían lo mejor del ser humano: sensibilidad, compasión, bondad, alegría, humildad, afabilidad y generosidad a raudales. Sin saberlo ellos, su alma fue mi guía, la hoja de ruta para mi curación. Ahora forman los dos parte de mí, como los miembros de mi familia más queridos».

Me han conmovido sus palabras y me ha maravillado esa joven que una vez al mes les lleva regalos a los gemelos. No sale con Rafa, ni tampoco es su jefa. Es procuradora de los tribunales y está casada con un psiquiatra. Él ha acompañado a Rafa esta mañana al taller mientras ella se quedaba con los gemelos. También ellos tienen dos hijos: Claudia tiene tres años y Mario, uno. Los médicos desaconsejaron a Silvia un embarazo, así que ella tuvo dos, y aún dice que no le importaría tener un tercero. Viven en San Mateo de Gállego, y me ha dicho que un día que venga a Zaragoza me llamará para tomar un café. Ha guardado mi número de móvil y mi dirección de correo, y yo los suyos. Me he quedado con ganas de hablar más con ella. Es de esas personas especiales que poseen una paz desacostumbrada; cuando estás con ellas parece que te cogen de la mano y te ayudan a elevarte un escalón en la vida.

Capítulo 13

No fue el amor lo que le causó la muerte a Noelia: fue su orgullo, el desprecio y el odio que sintió por ella misma, el estupor repentino de aquel despertar. El rechazarse por no haber sido ella quien rompiera aquella absurda y loca relación. Más: por haberse dejado seducir una y otra vez después de haber sido abandonada, por volver a bañarse en un mar que iba a llevarla a la deriva, esta vez para siempre.

Ella tuvo la oportunidad de salvarse dos meses antes, tuvo la libertad de alejarse de ese abismo. Tenía que haber sido ella quien lo apartara de su vida: en marzo, cuando se enteró de que Héctor vivía con otra chica; en agosto, cuando él dejó de escribirle y de llamarla durante varios días, o en noviembre, otro mes de omisión y desamparo.

Noelia pasó con Héctor el primer fin de semana de agosto. Los padres de Noelia veraneaban en Sallent de Gállego, ella iba los viernes por la tarde y regresaba a Zaragoza los domingos. Pero ese sábado de agosto, Noelia tenía una invitación para entrar en el *Paraíso*, así que se quedó en Zaragoza. Héctor, seducido por la gracia y la magia de Noelia, comenzaba a rendirse al espíritu inexorable, al misterio profundo que los unía y, por primera vez, reservó un fin de semana entero para ella.

Después de aquellos dos días juntos, mi amiga no tenía ninguna duda de que Héctor la amaba y de que ese amor era indestructible. Si todavía estaba con Inés, la dejaría enseguida. Noelia se sentía mal algunas veces por estar engañando a otra mujer, pero yo la convencía de que no era ella, sino Héctor el autor del engaño. Noelia acababa siempre por justificarlo, y pese a ello, cuando se planteaba la posibilidad de que él le pidiera que tuvieran una relación «formal», ella tendría que recapacitar, y seguramente rechazaría su propuesta porque nunca podría confiar en un hombre que ha estado engañando a otra. Eso decía Noelia y eso creía, pero ni siquiera esa seguridad la llevaba a apartarse de él sin esperar a que le declarara su amor. Se amparaba algunas veces en que Inés no existía para ella; era un fantasma sin forma, sin figura, sin atributos. Nunca la había visto ni sabía de ella más de lo que yo le había contado: que vivía con Héctor.

«Si la viera, quizá me sería más fácil comprender, sentir compasión por ella y dejar a Héctor».

La semana siguiente estuvieron escribiéndose a todas horas y cada día mantuvieron por teléfono largas conversaciones de enamorados. Hasta el día 10. Esa mañana Noelia se despertó y, como cada día, lo primero que hizo fue enchufar el ordenador y mirar el correo electrónico para leer el *email* con que Héctor le iluminaba la primera hora de la jornada. No había *email*. La invadió una tristeza súbita, y un arrebató de asfixia la recorrió desde el estómago hasta la garganta. Noelia

era la mujer más intuitiva que he conocido. Sus raptos de angustia solían anunciar alguna desventura. En ocasiones se mostraba extremadamente contrita o alterada por algo que carecía de gravedad y después sucedía otra cosa que justificaba su congoja. Por eso Noelia se había puesto así —concluía yo después—, lo estaba intuyendo. Sus sentimientos se anticipaban a los hechos. Con frecuencia, a un estado de pesadumbre inexplicable le seguía un pequeño contratiempo que, lejos de disgustarla, la tranquilizaba. Pero si, tras esa pequeña contrariedad, no se apaciguaba su desazón, sabía que aún tenía que venir otro infortunio.

Me asustaba esa percepción tan certera que tenía de determinados sucesos.

Héctor no le escribió ni la llamó en todo el día, ni tampoco al día siguiente. Pasaron dos días y la desesperación de Noelia llegó a un límite desconocido para mí y para ella misma. No se levantaba de la cama más que para mirar el correo y se pasaba las horas llorando. El día 12 conseguí sacarla de la cama. La llevé a Huesca, a las fiestas de San Lorenzo. Comimos con unos amigos de David y después fuimos a los toros. La vi reír como hacía tiempo que no la veía. Conoció a Germán, un periodista que trabajaba en Italia y que todos los años volvía a Huesca, su ciudad natal, para las fiestas, y se sintió atraída por él. Me lo confesó cuando fuimos a cambiarnos al hotel después de los toros. Se arrepintió de no haberse traído otra ropa para arreglarse más esa noche; pero no hacía falta: la emoción de sustituir a Héctor por Germán en su corazón le propagaba fulgores en los ojos y en las mejillas, y esos destellos habrían eclipsado hasta el vestido más deslumbrante. Aunque no se alejaron de la pandilla, estuvieron juntos en todo momento: se sentaron a cenar uno al lado del otro, él se preocupaba de traerle las copas en los bares, la sacó a bailar en la verbena de la plaza López Allué y hasta la cogió por la cintura cuando caminábamos hacia las peñas.

Hacían buena pareja. Germán tenía solo dos años más que ella. Además de ser un periodista conocido y reconocido en Italia, era un joven tremendamente atractivo. Lo conocí cuando yo hacía primero de Ingeniería. Él tenía amigos que estudiaban Derecho en la Universidad de Zaragoza y algunos fines de semana venía a verlos desde Pamplona, donde él se licenció en Periodismo. A todas mis amigas les gustaba, y yo no era una excepción. Ahora seguía siendo igual de guapo, más interesante tal vez, y tan seguro de sí mismo. Era bastante más alto que Noelia, pero esa diferencia hacía que el conjunto de los dos resultara aún más fascinante. La veía tan feliz que en algunos momentos sentí celos. No por Germán, que para mí formaba parte del pasado, y mi presente estaba con David, de quien estaba enamorada; sino porque yo nunca he sido capaz de emocionarme con tanta intensidad como ella. Esa capacidad para exprimir al máximo la alegría, el enamoramiento, la seducción, aunque también el dolor y la desventura. Esto último no lo envidiaba. Noelia se destruía y se creaba ella misma en cuestión de horas, de minutos. Al amanecer fuimos a tomar un chocolate con churros y después, a las vaquillas. Nos reíamos todos de verla reír a ella; tan contagiosa era su risa. Y Germán la miraba arrobado y no paraba de contar chistes y anécdotas para que no dejara de reír. Fue una noche inolvidable para cada

uno de los que la compartimos. Cada vez que nos juntamos, gustamos de recordar las ocurrencias de Germán y la risa de Noelia. Cuando las personas que comparten un mismo momento experimentan una emoción igual, esta alcanza tal magnitud que el universo crea una pequeña burbuja irrompible donde se conserva ese espacio de tiempo para la eternidad.

Al regresar al hotel por la mañana, Noelia estaba eufórica y decidida a olvidarse de Héctor para siempre; aunque él le escribiera, ella no le respondería, y colgaría el teléfono si la llamaba.

—Tendrías que borrar sus mensajes sin leerlos —insistía yo.

—Ahora se ha acabado de verdad, Clara —me dijo—. Gracias por haberme traído aquí, por haberme presentado a Germán. Hacía mucho que no me sentía tan feliz. Es como si hubiera estado años sin ser yo.

Me emocioné al oír sus palabras, por ella y por mí; ese orgullo interior de haber hecho algo bueno por alguien, por mi amiga.

* * *

El día 14, apenas doce horas después de haber regresado a Zaragoza, Noelia me llamó para contarme que Héctor le había escrito. No estaba contenta. Quiso fingir indiferencia, pero tampoco era eso lo que yo percibí en el tono de su voz. Era una mezcla de enfado y de decepción.

—¿Por qué lo has leído? —le reproché—. Dijiste que borrarías sus mensajes sin abrirlos.

—No he podido evitarlo. Por favor, escúchame, voy a leértelo:

Noelia:

Como un relámpago crucé por las venerables fiestas laurentinas. Decidí apurar en un solo trago la jornada del 9 para olvidar la fatiga cotidiana, y la factura del cansancio todavía hoy convierte en verde el blanco y el blanco en verde.

En veinticuatro horas de vértigo pude reconocer las bondades de Huesqueta, pero, asimismo, alguna de sus miserias. Detrás de las esquinas engalanadas anida alguna que otra hidra amenazante. Pero dejemos a Medusas y Basiliscos en paz; guárdate también de ellos, Noelia.

Creo conveniente que fluya tu vida por un cauce en el que mi voz acompañe lejana y despojada de eco. Me conformo con que me escribas alguna vez y me hables.

Recuerda aquella luna pisoteando las nubes que le rendían pleitesía. Así te imagino. Veo perplejidad en la mirada de unos, envidia en la de otras, carrusel de ensueño en los objetos de tu alrededor.

Envidio el aire que te rodea, las voces que escuchas, la pantalla que ahora te contempla.

Te envía un beso

Héctor

—¿Entiendes algo? —me preguntó.

—No —respondí, pero me pareció entenderlo todo. Todo lo que deseaba no haber escuchado nunca.

Héctor le estaba reprochando a Noelia con metáforas hirientes que ella hubiera desvelado su relación secreta. Sin duda mi amiga Carmen (es de Huesca) le había contado a alguien lo que yo le dije y aquello había llegado a oídos de Héctor, quien ahora pedía cuentas a Noelia. Me censuré por mi ligereza, por haber sido tan poco reflexiva y respetuosa. ¿Qué suerte de comezón o de hormigueo me producían los secretos de los otros que tanto me apresuraba a profanarlos?

Carmen deshilachó con su indiscreción el final de la vida de Noelia. Sus palabras vestidas de blanco y verde laurentino se perdieron en la algarabía de la fiesta, pero el eco de su pronunciación rasgó el tapiz que el alma enamorada de Noelia tejía mientras esperaba la seducción mágica, la entrega absoluta de Héctor. Y aunque más tarde volvió a tejer de nuevo con las hebras que él le suministró en sus *emails* y en sus besos, no llegó a cerrarse aquel desgarro.

Yo le conté a Carmen que Noelia Duch y Héctor Mora estaban enamorados, pero entonces no sabía que él tenía novia, y mucho menos que esta era, casualmente, amiga de la amiga a quien le estaba refiriendo el nacimiento de aquella relación. Aun así, si me hubiera callado... Si hubiera guardado el secreto, ni Noelia ni yo habríamos llegado a saber nunca que Héctor vivía con Inés y, probablemente, al desconocer la existencia de ese «escollo», Noelia lo habría vencido sin sufrimiento. Desde que se enteró, esa terrible verdad se convirtió en el centro de su vida, un islote en cuyos arrecifes encalló.

Yo le mostré ese universo donde su futuro con Héctor no era posible. Los problemas desaparecen cuando no les prestamos atención y aumentan cuando les dedicamos todos nuestros pensamientos (conozco esa teoría, pero yo no he conseguido aplicarla para mejorar mi vida). Noelia vivió amargamente en un problema que yo le mostré. Tal vez la relación de Héctor e Inés se habría roto si no hubiera estado arraigada en su mente con tanta fuerza. Pero yo le conté a Carmen lo que debí haber callado y, después, no podía traicionar a Noelia ocultándole aquella verdad.

Por otra parte, qué ironía: no era yo quien había obrado mal, quien me había equivocado, ni siquiera Carmen, aunque esté mal contar secretos que otros nos confían. Ni era, por supuesto, Noelia la culpable. Era Héctor, solo él y ese egoísmo contumaz, sin piedad, del cual todavía se permitía hacer gala en aquel *email* que Noelia no alcanzaba a descifrar. Era ostensible que él no iba a dejar a Inés. Era también evidente que Héctor jamás estuvo a la altura de Noelia. Él lo sabía. Igual que sabía que solo el enamoramiento de Noelia le permitía ascender en cualidades y que, mientras lo amara, él seguiría siendo, al menos a ojos de ella, el hombre más

interesante del mundo, el más inteligente, el más atractivo, el mejor... Y como ciertamente no lo era, más bien era bastante miserable, también sabía que, en cuanto a Noelia se le pasara aquella pasión, él descendería del pedestal en el que ella lo tenía. La necesitaba para seguir en el podio, pero si se decidía a compartir con ella su vida, no tardaría Noelia en conocer al verdadero Héctor y sacarlo de la peana en la que lo había situado. Y eso él no podía permitirlo.

Ninguno de los dos se daba cuenta, pero esa relación secreta se había convertido en un pulso de ambos para destruirse el uno al otro, para vencer y matar, porque o los dos se entregaban, o abandonaban los dos, o tenían que matar para salir vencedores. Aguantar para destruir al otro. Entrambos tejieron un lienzo de odio y de pasión, de enamoramiento y de resentimiento, de felicidad y de dolor. Un tapiz de palabras y silencios, de búsquedas, de ausencias, de estrategias y artimañas, de secretos. Telas de sudor y frío intenso condenadas a ser desgarradas.

Capítulo 14

En agosto se le presentó a Noelia la segunda coyuntura para apartarse de Héctor. Gastado el desconsuelo que la mantuvo enclaustrada por dos días y colmada de ilusiones tras haber conocido a Germán, se hallaba por fin lejos del poderoso influjo de la presencia, de la voz y de los escritos que tanto la habían subyugado. Eso creía. Solo tres días después de enviarle el oscuro *email* en el que la acusaba de haber revelado el secreto de su relación y le anunciaba que no volvería a escribirle ni a llamarla, al menos por un tiempo, Héctor reemprendió el galanteo:

Noelia:

Con este mensaje, este chico malo incumple la promesa de permitir que tu vida fluya por un cauce en el que mi voz acompañe lejana y despojada de eco. El influjo de la misteriosa blancura de la luna es más poderoso de lo que imaginaba y, convocado por la pasión, me dispongo a escribirte.

Que tus ojos profundos, aquellos que basculan mi alma al babor de la pasión tras tu breve, leve y meditado escorzo, sean el norte y el puerto acogedor de estas líneas extraviadas en el proceloso mar de la ausencia.

En el insomnio, en el ensueño ando instalado desde hace meses. Tras cualquier objeto de la realidad te veo; en cualquier sueño te veo, como protagonista de una serie deseada —¡y hasta en los intermedios de publicidad onírica!—; en los templos del sueño y de la verdad te veo y te siento de tal manera que no reconozco qué cosa sea sueño y qué verdad.

Eso es, en el ensueño vivo, rodeado de cuadros tuyos: por acá uno, enorme, de tus labios; por allá el moldeado de tus divinos hombros; un enhiesto y blanco cuello cubre una pared entera de mi memoria. Y, omnipresentes, los ojos, ojos oscuros, un pavo real de ojos, Argos infinito, ojos de antonomasia, ojos de paradoja, ojos metafóricos, sinópticos, anhelantes, coquetos, inquisidores, ojos en todos sus matices oscuros, redondez de redondeces, ojos perfectos, ojos que me ven, ojos que escrutan, ojos que abarcan la realidad toda, ojos que cifran la inminencia de una revelación de besos...

Ahora entenderás por qué te escribo, por qué deseo que esos ojos se claven aquí, en estas líneas, de qué manera pretendo que el círculo de tus ojos se cierre una vez más sobre mí.

¡Y yo que pensaba estar curado de estos influjos desde hace tantos años! El viejo seductor, vanidoso, creía haber logrado la licenciatura tras cursos y cursos de inspección en el secreto de la vida, que es el mismo que el secreto de la mujer. Y tuve

que topar con una brújula doctorada en la schola amoris. ¡Cómo se iban cerrando, inconsciente de mí, las puertas del templo al compás de tu voz ensoñadora! ¡Cómo se imprimían, a modo de friso indeleble, esos ojos eternos en el papel de mi corazón! ¡Cómo me abandoné sumergido en las aguas salutíferas de tus besos y caricias!

Compadécete de este admirador derrotado que te envía un nuevo crucigrama cuyas indicaciones, ahora sí, conducen a un «Te amo» no menos paladeado que los besos que hacen de celdillas.

Héctor

Héctor siguió escribiéndole cada mañana y cada tarde, aunque no obtenía respuesta. No se atrevió a llamarla tras su silencio de cuatro días y tras el despiadado mensaje que Noelia no quiso entender. En los *emails* le suplicaba que aceptase encontrarse con él de nuevo en el *Paraíso*, le decía que no anhelaba más cosa en el mundo que volver a verla. Ella estaba dispuesta a no hacerlo nunca más; no obstante, leía sus *emails* y le halagaba su reiterada insistencia.

Noelia:

Este esforzado caballero sube cada día aquella piedra de Sísifo, ahora en forma de email, hasta la cumbre de la montaña para verla caer irremediamente al llano y recomenzar la tarea al día siguiente. Sin embargo, siente Sísifo el gozo de verse encadenado a una promesa como quien escucha atento esa unchained melody que tanto te gusta.

Oh! My love, my darling, I'm hungry for your touch.

Es esa soledad del ascenso la que proporciona el deleite, la soledad de quien escribe estas cartas como variaciones de un mismo tema. Desde cada recodo del empinado y zigzagueante sendero veo los lugares de la felicidad. Las briznas de hierba ahuecadas por la horma de dos amantes. La aparentemente caprichosa combinación de piñas que salpican un arcilloso camino.

Otea Sísifo y prosigue la escalada, cansino y saturnino, de la montaña.

Entonces mira de reojo a la grave piedra que a hombros lleva, y sonrío pensando que al yunque de cada sufrida jornada siente, engañado, que es menor su peso.

En ese espejismo de la ilusión cree ver inscrita en la piedra la imagen de la amada. El retrato de quien sobrepaja a la naturaleza; rojo de labios más rojos que el rojo, blanco de cuellos más blancos que el blanco, marfil de pieles más ebúrneas que el marfil, ojos de ojos más inmensos que los de un pavo real cósmico, formas argentinas moldeadas con plata insólita.

I need your love.

Los ojos cerrados y recogida el alma por mejor recordar los momentos más felices, donde no hay melancólicos indicios, ni imágenes lejanas, sino una intimidad cierta de dos, un cálido compartir del bombeo, ahora acelerado, ahora lánguido, del corazón.

Sonríe a la espera de un nuevo día, de un nuevo ascenso.

Sonríe porque la piedra, en su formidable caída, es, ahora sí, real yesca de besos, cierto martillo desaforado de caricias y abrazos.

Héctor

Durante más de una semana Noelia guardó silencio y estuvo firmemente decidida a continuar así. Sin embargo, hay cosas que suceden al margen de nuestra voluntad. Pensamos, deseamos, decidimos, hacemos, y nos convencemos de que construimos y destruimos nuestro mundo según acertemos o no en las decisiones. Pero no es tan sencillo. No es «nuestro» mundo, sino «el» mundo, y no estamos en él, sino que somos él. Y en el mundo conviven tantas voluntades como individuos, y la de uno solo repercute en los demás. Somos átomos de una misma masa de agua y, cuando uno se mueve, el resto percibe ese movimiento en función de la distancia a la que se encuentra del primero y también de su grado de fragilidad o de sensibilidad.

Existen voluntades que se mueven por un instinto de muerte, corazones llenos de odio empeñados en destruir la vida de los otros, en sembrar el pánico, el dolor, la amargura, la desesperación y el desgarrar de los seres humanos.

Dos jóvenes fueron asesinados en la madrugada del 20 de agosto de 2000 en el mismo pueblo donde Noelia estaba disfrutando del fin de semana, y ella comenzó a mirar el futuro con un miedo profundo y hasta entonces desconocido.

ETA mató a los dos guardias civiles, una mujer y un hombre, que estaban destinados en Sallent de Gállego. Colocó una bomba lapa en el vehículo con el que ellos hacían su servicio. Estalló a las seis y diez de la mañana, en el instante en que uno de los dos hizo girar la llave del motor. Noelia acababa de acostarse porque esa noche había salido con sus amigos.

El universo entero tembló por la masacre inhumana, y en el epicentro geográfico de aquella espantosa sacudida se hallaba Noelia. En el mismo lugar y en el mismo tiempo en que una mente perversa, atroz, había ideado y planeado cuidadosamente la explosión sangrienta que despedazaba dos cuerpos, que quebraba dos vidas, que descomponía a dos familias y que rasgaba el corazón de la humanidad.

Sobre las nueve y media bajó ella a la plaza donde acababa de estallar la muerte. Me contó que a quien vio primero fue al diputado Manuel Giménez Abad. Estaba solo, apoyado en una pared con las manos en la espalda, triste y en silencio, pero con la cabeza alta, sin apartar la mirada del lugar donde se había producido la explosión y donde todavía quedaban restos de las dos víctimas. Siempre que Noelia hablaba de aquel atentado se refería a la imagen del diputado a quien se le transparentaba el alma descompuesta. Permaneció así mucho tiempo, quizá horas, según Noelia. Solo nueve meses más tarde, él mismo fue víctima de un crimen semejante. El 6 de mayo de 2001, en Zaragoza, un terrorista le disparó tres tiros por la espalda cuando iba al fútbol en compañía de su hijo, y lo mató. Algunas veces he pensado que Noelia vio algo en la imagen de ese hombre que le hizo presagiar otro dolor de igual medida. Le

impresionó tanto esa visión como el atentado. Ahora, ni ella ni él están para contarlo. Tal vez si aquella bomba no hubiera estallado, si aquella mente depravada, si aquel vil corazón que planeó la muerte de los guardias civiles se hubiera ablandado y hubiera desistido de su objetivo, tal vez si en aquella voluntad abyecta hubiera entrado un poco de amor, tal vez, en ese caso, Noelia Duch Villarroel y Manuel Giménez Abad estarían vivos todavía.

Durante muchos días vivió Noelia atemorizada por aquel horror. No era lo mismo verlo por la tele que ser testigo de la barbarie, aunque testigo solo del lugar, del eco del crimen, del llanto descorazonador de los familiares y de la presencia del diputado en apariencia sereno, pero con el alma rota. Tenía miedo de coger el coche porque creía que podían haberle puesto una bomba lapa a ella también. No se atrevía a ir sola por la calle en cuanto se hacía de noche.

No abrió el correo electrónico aquel domingo ni tampoco el lunes, sumida todavía en esa atrocidad que le quemaba la piel. El martes se encontró con dos mensajes de Héctor.

Noelia:

Contrito te escribo este correo en el día de la luna, lunes para los profanos del siglo xx que agoniza. Como dice la Biblia, y no engaña, hay tiempo para amar, para llorar, para sufrir, para reír, para gozar, para recordar. El que vivo ahora es el tiempo de escribir, de desangrar las emociones a modo de purga sentimental. Pocas horas después de que hayas contemplado de cerca la muerte estúpida, la sinrazón y la locura, recibirás, como cada jornada, este mensaje de un delirio absolutamente distinto. La locura o enfermedad de amor, por fortuna, se manifiesta en extremidades bien diferentes. Una de ellas es esta pulsión de escritura. Icaro está condenado a quemar sus alas de cera cada vez que se acerca demasiado a la divinidad. Tú, diosa mía, desde una perspectiva altiva, triunfante y bien aconsejada, podrás disfrutar de la imagen de aquel obstinado encendido de deseo. No concibo mejor castigo que construir un edificio romántico con piedras de letras, pilares de recuerdos, cemento de belleza y deseo, y acabados de los más puros y deleitosos materiales de sangre cordial.

Es así como, día a día, me vuelves a vencer pensando que venzo.

Es tiempo de moras y también lo es para que los besos que te mando se transformen en estas pícaras y lujuriosas sazones.

Héctor

Noelia:

Vi por televisión la salida de los féretros del atrio de la Catedral de Huesca. Pensé rápidamente en ti (¿cuándo no?) nada más enterarme, el domingo por la mañana, del atentado, del sumidero de repugnancia creado por los desalmados. Supongo que estarías por Sallent como hacías los fines de semana de julio. Quiero

que sepas que pude compadecerme, en el sentido estricto de la palabra, de ti estando como estabas al filo del dolor y del quebranto verdaderos, aquellos que solo sabe provocar la muerte vil. Comparados con ellos mis maullidos de amor son de todo punto ridículos.

Pero como no quiero que este correo sea tan gris, te diré que me rapé el pelo «al uno», en un propósito mezclado de combate contra el calor y afán de novedad extrema. Cuentan que gano en guapura, circunstancia difícil, ya sabes. Me lo creo, como no puede ser de otra manera.

A propósito, ciertamente las moras están en su sazón. Con una gula irrefrenable, comienzo a saborearlas una a una, pero al cabo son puñados las que entran en mi boca mientras resbala el divino jugo por las comisuras de mis labios. Así, rojo y violáceo, glotón que se perece por tus labios, te mando unos cientos más de ellas mientras el ordenador mira extrañado la ejecución de un cadereo meditado por parte de

Héctor

Esa misma noche, Noelia cogió el teléfono cuando Héctor la llamó. No la rindieron sus mensajes, que leyó con menos entusiasmo que en días pasados, y menos la incitó la esperanza de su corazón; fue su propio desaliento, que le arrebató hasta la fuerza de voluntad, fue el descorazonamiento inaudito, haber contemplado la inexistencia repentina, el vacío, la impensable vulnerabilidad. Le resultaba indiferente coger o no el teléfono, volver a hablar o no con Héctor; sin embargo, necesitaba traducir a lenguaje la turbación que le había producido aquel atentado, quería extraer de su cuerpo con palabras el sobresalto, el pánico, el desasosiego. Esa noche cogió el teléfono y, en menos de dos semanas, accedió a verlo. Estaba segura de que, tras haber superado el dolor de aquellos días en los que no tuvo noticias de él, tras haber logrado permanecer un mes sin verlo, tras haber sido testigo de una tragedia espantosa, su corazón estaba más que preparado para pasar con Héctor unas horas sin que esto causara en ella efecto alguno. Y no obstante, conjeturaba que sí iba a ocasionarlo en él, quien deseaba ardientemente estar en su compañía, como lo había demostrado en sus escritos y en sus llamadas durante las últimas semanas. Ese podría ser el encuentro en que ella lo enamorara del todo, en que él se convenciera de que no podía vivir sin ella. Y entonces, cuando él ya no quisiera otra cosa en el mundo sino a ella, habría llegado el momento de dejarlo para siempre.

Se vieron la última tarde de agosto. Las horas primeras, ella mantuvo intacta la distancia que le había mostrado en días anteriores; le mostró una elegante y tan sutil indiferencia que, si bien era cierta, dudo que el engreimiento de él alcanzara a percibirla. Pero todo fue cambiando con el pasar de las horas. Tomaron champán y ella se dejó embriagar por las estrellas, por el sonido de los grillos, por la leve y espontánea luz de las luciérnagas y por las palabras. Nunca he conocido a nadie que amara las palabras como Noelia. Las mismas palabras que solo unos meses más tarde

se harían trizas dentro de su alma y quebrarían su cuerpo, aquella última noche de agosto de 2000, la reconciliaron con la vida y con el amor, y volvió a abandonarse a los brazos que no la merecían, a dar sus labios a unos labios hechos de mentiras.

Capítulo 15

Ese encuentro, el más sublime de cuantos habían gozado, no fue el de la despedida, como había pronosticado Noelia; fue, por el contrario, la bienvenida a otra serie de citas a las que ella se entregó con mayor pasión. Los *emails* fueron, desde esa noche, más frecuentes y exaltados, y aún más largas las llamadas.

En medio de aquel tiempo de encuentros felices, Noelia no lo era más que algunas horas, quizá nunca llegó a serlo por un lapso tan largo porque algo (o alguien) absorbía el aire que a ella le correspondía respirar: ese coexistir con el sigilo en el corazón de Héctor, esa confidencia sin confianza y sin revelaciones, esa otra mujer oculta, Inés; la vida de él que ella desconocía, o que él creía que desconocía.

Me gusto en esas fotos que me enseñaste el jueves, pero te confieso que no revelan mucho de mí, mago escasamente fotogénico. Sucede que, como los gatos, se necesitan muchas horas para encuadrar la vida que pueda tener detrás. Si te ha gustado la imagen resultante, será por las bondades de tu magia...

Le decía él en uno de los *emails* de aquellos días.

En efecto, eran las bondades de Noelia las que adornaban a Héctor, como confesó él mismo en el mensaje, aunque quizá con fingida modestia. Por muy rubio que fuera y muy azules que tuviera los ojos, por muy brillante que fuera su carrera, su chulería y, sobre todo, su mentira, lo hacían absolutamente insoportable y repelente (no para Noelia).

Casi siempre hablaban de ella, de Noelia, que tenía menos secretos. Y cuando la conversación se volvía a él, se centraba en trabajo, oposiciones, proyectos de investigación..., o en su familia: sus padres, que vivían en Huesca, sus hermanos y cuñados, sus sobrinos. De su vida en Madrid decía lo justo: que tenía un piso alquilado en Lavapiés y que le gustaba pasear por el Retiro. Nunca la invitó a pasar allí un fin de semana, y eso que ella le había manifestado en varias ocasiones cuánto le gustaba Madrid y el Retiro. Él, por el contrario, tenía siempre palabras de desprecio para Zaragoza.

—De no vivir en Madrid, preferiría hacerlo en Huesca —le decía a Noelia—. En Madrid hay de todo y Huesca es tranquila. Zaragoza no es ni lo uno ni lo otro.

A decir verdad, a Noelia no le importaba lo más mínimo lo que Héctor opinara de su amada ciudad. Para ella Zaragoza era el lugar idóneo para vivir: su tamaño le permitía ir caminando de un sitio a otro sin necesidad de coger el coche, una ciudad perfecta para pasear, lo suficientemente grande para permanecer en cierto anonimato y al tiempo sentirse acompañada. Noelia era creyente e iba con frecuencia al Pilar. A

veces decía que la Virgen nunca la dejaría marcharse de Zaragoza. Cuando estaba triste o preocupada por alguna causa, se refugiaba en aquellas idas y venidas a la basílica; pero, cuando sufría demasiado, pasaba meses sin acercarse. Su abatimiento llegaba a tal extremo que perdía la fe en todo. A veces me daba la sensación de que se recreaba en su intenso dolor. Como si tuviera la necesidad de llegar hasta el fondo para emerger. El problema es que cada vez que descendía le costaba más subir de nuevo. Como si el muelle que la impelía se fuera desgastando y perdiera su fuerza.

Durante el mes de octubre se vieron también todos los fines de semana. Noelia estaba segura de que la relación de Héctor con Inés ya había terminado. Más tarde supe por Carmen que Inés pasaba ese mes en México, en Tuxtla Gutiérrez, en casa de unos primos.

Capítulo 16

Noelia seguía esforzándose por hacerse imprescindible para Héctor con el fin de dejarlo cuando él estuviera más enamorado. Acaso no se daba cuenta de que era ella también la que se estaba encadenando a él, a sus *emails* de cada tarde, a sus palabras de amor, a su voz melodiosa, a sus suspiros, a sus besos, a las madrugadas de los viernes regresando a casa después de haber pasado juntos toda la noche... Ella misma se tendió una trampa que le costó la vida.

En noviembre se hizo otro silencio que asoló de nuevo el corazón de Noelia. Fue la tercera y última oportunidad que tuvo de apartarse de ese amor que, tras abrirse paso en sus entrañas, las desgarraba de una manera feroz. Ocurrió, igual que en agosto, que una mañana, a comienzos de mes, no encontró ella en la bandeja de entrada de su Outlook el nombre de su amado. Era ya mediodía y la pantalla del ordenador se llenaba de otros nombres. Su angustia iba creciendo a medida que transcurrían los segundos. Aquella mañana hablé con ella por teléfono varias veces. La invité a comer, pero rechazó mi proposición: prefirió la espera árida, sin atenuantes. Fui después a su casa a tomar café. Se hacía la hora a la que él acostumbraba a llamarla y abrió la puerta del salón de par en par por si no oía el timbre del teléfono, que estaba en la habitación. Traté de distraerla, de hacer que se olvidara de Héctor al menos en el rato que estaba conmigo. Me inventé que Germán venía a Huesca para Navidad y que podíamos volver a quedar con él. De todos mis intentos por hacerla sonreír, este fue el único que me dio resultados, pero poco duró porque sonó el teléfono y Noelia se fue corriendo a cogerlo. Era una de esas llamadas para ofrecer la compra compartida de un apartamento en la playa. Nunca la había visto tan enfadada. Siempre educada y cordial, en aquella ocasión fue grosera y agresiva. Cuando volvió a mi lado, se había olvidado ya de Germán y no me dio otra oportunidad para introducirlo en la conversación. Nada más sentarse, me preguntó que quién me había dicho que Héctor vivía con Inés y a cuento de qué me habían informado a mí de eso. Le recordé el momento en que ella me llamó para leerme el primer *email* que él le escribió, y tuve que hablarle otra vez de Carmen. Se enfadó cuando le dije que revelé nuestra confidencia, pero enseguida me sorprendió pidiéndome que hablara con ella (con Carmen), que le preguntara por Inés: a qué se dedicaba, cuántos años tenía, de dónde era, cómo había conocido a Héctor, si seguían juntos y, lo que a ella le parecía más importante de todo esto, si era guapa. Me hizo prometer que la llamaría esa misma tarde, y no me pidió que lo hiciera en aquel momento por no tener la línea ocupada, por si Héctor llamaba. En noviembre de 2000, ni ella ni yo teníamos móvil. Aquel año, quizá ya el último, algunas personas todavía podíamos resistirnos a estar localizadas a todas horas.

Héctor no llamó ese día a Noelia, pero yo sí llamé a Carmen, cómo no. Supe así que Inés era joven, tenía veinticinco años, siete menos que Noelia. Eso la disgustó. Estaba en paro desde que acabó sus estudios de Derecho. Era de Burgos y conoció a Héctor en Madrid en una visita que hizo al museo de cera. No sabía más de aquel primer encuentro. Seguían juntos, continuaban pareciendo a los demás una pareja feliz y enamorada, y nadie podía sospechar que él se veía con otra. Nadie excepto uno de sus mejores amigos, a quien Carmen se lo contó pidiéndole que guardase el secreto. Sin embargo, en plena euforia de las fiestas de San Lorenzo, el amigo no se pudo aguantar y se lo dijo a Héctor. Quiso darse el gusto de ver la cara de su amigo «don perfecto» al saberse destapado, y a menos de dos metros de su doña Inés, que lo adoraba.

En cuanto a la pregunta que más interesaba a Noelia, Inés no era guapa, sino más bien fea. Confieso que eso último me lo inventé para que se quedara más contenta, y me dio resultado. Lo que me dijo Carmen fue exactamente «que guapa», lo que se dice guapa, no era, pero que tampoco era fea. Era normal y no se arreglaba demasiado. Ya sé que no fui muy exacta, pero estoy segura de que oír que Inés era fea fue para Noelia la mejor noticia del día.

Pese a que esta información fulminó los celos que Noelia padecía por causa de Inés, estos tomaron otras vías, porque, de la misma manera que Héctor engañaba a su novia, podía estar también engañándola a ella con otra.

Héctor no escribió a Noelia al día siguiente, ni al otro. Igual que ocurrió en agosto, en noviembre se sucedieron días sin que ella tuviera ninguna noticia de él. Y, por supuesto, como en agosto, no entraba dentro de los planes de Noelia ser ella quien escribiera primero o quien llamara por teléfono. Ella siempre respondía al correo electrónico, al teléfono, y accedía a quedar. Pero era él quien escribía primero, quien llamaba y quien proponía los encuentros.

Capítulo 17

Esta mañana he visto a Virginia. No sé si ella me ha visto a mí, pero ninguna de las dos hemos hecho nada para saludarnos. Lo he dudado un momento: habría querido saber que está bien y que es feliz. Me habría gustado darle un abrazo y sentir que respondía a mi afecto. Aunque la recuerdo cada vez con menos frecuencia, no he olvidado que fuimos amigas y que nos quisimos. Ella estaba pagando en la caja de una perfumería y yo avanzaba por el pasillo de al lado. La megafonía, las voces, el sonido de las escaleras mecánicas..., todo se ha quedado en silencio desde que la he visto hasta que he pasado de largo y he decidido no decirle nada. He tenido miedo a que, al acercarme a ella, me hiriera con palabras de desprecio. Ya lo sufrí. Padecí su abandono. Hace ocho años que no sé nada de ella.

Aún no había transcurrido un año después de la muerte de Noelia cuando Virginia empezó a tener problemas en su trabajo. Se enamoró de su jefe, y él se aprovechó de sus sentimientos haciéndole trabajar el doble de tiempo y con el mismo sueldo. Él la compensaba mostrándole un interés que era falso, le hacía ver que se sentía atraído por ella. Y Virginia, con tal de agradarle, con tal de enamorarlo, dejaba su tiempo, su vida, en el trabajo. Su jefe le decía que era la mejor empleada que había tenido la compañía, que era la única en la empresa que merecía tanta confianza como para hacerla responsable de un trabajo tan delicado, que a nadie más que a ella le permitiría quedarse sola en la oficina y tener acceso a todos los documentos, etc. A media mañana, él bajaba a tomar café y le subía un sándwich y un refresco. Con ello le decía que tenía que quedarse a la hora de comer y que, por tanto, no saldría hasta las cinco o las seis. Con frecuencia la llamaba antes de que saliera para encomendarle otras tareas que había de terminar esa misma tarde. Entonces no tenía más remedio que trabajar hasta la noche para acabarlas. Él se ocupaba de enviarle una pizza. Por supuesto, ella pagaba los sándwiches, los refrescos y las pizzas. Me resultaba imposible comprender cómo Virginia, que tenía las cosas siempre tan claras, llegó a caer en esa trampa. Debió de llorar mucho, aunque nunca me lo dijo; no obstante, me culpó por no haber tenido mi apoyo en aquellos días y no volvió a hablarme. Me dejó como quien deja a su pareja; solo que nosotras no éramos pareja. A mí me resultó tan doloroso como si lo hubiéramos sido. Hasta ese momento ni siquiera había sospechado que se puede dejar así a un amigo o a una amiga. La llamé, le escribí varios *emails*, y al final me respondió con uno breve y seco. No recuerdo qué decía, me deseaba lo mejor. No he vuelto a verla hasta hoy.

Capítulo 18

En noviembre de 2000, Noelia fue desterrada de nuevo de su *Paraíso*. Zaherida otra vez por el abandono, castigada con el silencio. Iba a ser el cumpleaños de David y, aunque no acostumbrábamos a celebrarlo en grupo, aquel año convencí a mi novio para hacerlo. De esa manera obligaría a Noelia a salir. Invitaríamos a todos los amigos de David, algunos sin compromiso y muy atractivos, y quizá consiguiera que se enamorara de otro. Le costaba tan poco algunas veces... Organicé una fiesta en el bar de un amigo y pedí a todos los invitados que se disfrazasen de los años veinte. Eso fue un gran aliciente para Noelia, a quien le ocupó varias tardes elegir su modelo. Apareció en la fiesta con un vestido negro de raso y encaje estilo charlestón, largos collares de perlas, una cinta y plumas en el pelo, una boa de piel blanca y un cigarro con larguísima boquilla blanca que apoyaba de vez en cuando en sus labios rojos. No tengo que decir que acaparó la atención de todos desde el primer minuto.

—Ojalá me viera él así —fue todo lo que me respondió cuando le dije lo irresistible que estaba.

Aunque no conseguía olvidarse de Héctor, se divirtió, y eso hizo amainar el dolor que le producían su ausencia y su silencio. Carlos se pegó a Noelia desde que se atrevió a saludarla (más tarde que otros porque era bastante tímido), y a ella se la veía encantada hablando sin parar con ese escritor que, aunque también había asistido a la presentación del libro de Eduardo Calderón en la que ella y Héctor se vieron por primera vez y se enamoraron, no recordaba haberlo visto. Vestida ella como una bellísima dama de los años veinte y él como un auténtico gánster, hablaron de literatura, de teatro y de ópera. A Noelia le apasionaba la ópera, pero nunca había visto ninguna, solo las escuchaba en su cadena de música. Carlos también vivía en Madrid, como Héctor, aunque a él sí le gustaba Zaragoza, de hecho venía al menos una vez al mes a ver a su familia y a reunirse con sus amigos a tapear en los bares del Tubo.

—No hay nada igual —decía.

Carlos invitó a Noelia a la próxima ópera que había en el Auditorio de Madrid: *Turandot*, una de las preferidas de ambos. Ella se conmovió: el deseo imperioso de encontrar el amor de su vida le había hecho manifestar en algunas ocasiones que se casaría con el primer hombre que la invitara a la ópera.

La vi tan feliz con el escritor que propicié otro encuentro para el día siguiente. Me parecía haber hallado por fin la oportunidad de que Noelia se desenamorara de Héctor y no iba a perderla. Quedamos todos a tomar el vermú en la plaza de la Seo. Tanto Noelia como Carlos se mostraron entusiasmados con la idea. Ella llegó primero. Vestía una americana roja y una camisa blanca. Nada más verla, leí en sus ojos que ya

no le importaba que el teléfono sonara o dejara de sonar. No se atrevió a preguntar por el escritor, que todavía no había llegado, pero advertí que miraba a la puerta insistentemente. Al cabo de un rato, David recibió un *sms*; era de Carlos, había tenido que marcharse a Madrid esa misma mañana. Lo lamentaba mucho y esperaba volver pronto y vernos a todos. Cuando David informó en voz alta del mensaje, me volví hacia Noelia. Ella no me vio. Se levantó para ir al servicio y la seguí. Rompió a llorar nada más cerrar la puerta y me abrazó:

—¿Por qué todo me ha de salir mal?

—Esto no te ha salido mal, Noe. Es solo un pequeño contratiempo. Carlos no ha podido venir hoy, pero vendrá otro fin de semana. A él le gustas mucho, lo sé, y seguro que vuelve pronto. Además, ¿te invitó a la ópera, no? Seguro que es el hombre de tu vida.

Noelia apartó los brazos de mi cuello y sonrió mientras se secaba delicadamente las lágrimas. Creo que no quiso seguir llorando para que nadie lo notara, y no por lo que yo le dije. Se quedó un rato con todos y luego se disculpó, dijo que la estaban esperando y se marchó. La acompañé a su casa. Escondida tras sus gafas de sol, lloró todo el camino; estaba tan convencida de su mala suerte que era imposible meterle otra idea en la cabeza. Me limité a escucharla. No era mucho, pero era justo lo que necesitaba, eso y que le recordara que Inés era fea, bastante fea. Cada vez que se lo repetía, Inés era un poco más fea y Noelia se quedaba un poco menos triste.

Capítulo 19

Las cavilaciones y los impulsos de Noelia fluctuaron por unos días entre Héctor y Carlos. De ninguno de los dos le llegaban noticias. Pero se atrevió a pedirme que averiguara la dirección electrónica del segundo, y le escribió:

Querido Carlos:

Escribo, aunque no sé cuándo leerás este mensaje. No importa, yo depositaré mis palabras en tu buzón y, a través de este objeto misterioso, ellas se las arreglarán para llegar a ti y traducirte algunos de mis pensamientos y sentimientos. Hablarle a un lector que aún no está presente es una muestra de respeto a la eternidad.

Qué pena que no pudieses venir el domingo a tomar tapas con nosotros. Te echamos de menos. Lo pasé muy bien contigo en la fiesta de cumpleaños de David. Me maravilló tu agudo sentido del humor y tu pensar prudente.

Espero que vuelvas pronto a Zaragoza y podamos volver a vernos.

Un beso.

Noelia

Él le respondió sorprendido, con extraño entusiasmo y falta de claridad:

El objeto misterioso me trajo eficazmente tus palabras. Me ha costado un poco responderte. Yo no sé escribir con tanto estilo como tú lo haces. Pienso que responder un email es un trabajo lleno de peligros de malinterpretación.

No sé si merezco lo que me escribes, pero me reconforta que pienses eso de mí.

Yo también me divertí mucho el sábado. Me gustó mucho conocerte.

Un beso.

Carlos

Continuaron escribiéndose, a pesar de ser una tarea llena de «peligros de malinterpretación». También hablaban por teléfono y en las tres ocasiones en que Carlos vino a Zaragoza después del cumpleaños de David salieron juntos. Noelia le propuso una vez ir al Teatro Principal, pero él prefirió ir a cenar a un restaurante a las afueras, y como ella tenía una capacidad inmensa para adaptarse a los gustos de los otros, se quedó sin ver la obra que quería.

Cuando Noelia menos lo esperaba, una tarde que se estaba arreglando para salir con Carlos, Héctor la llamó por teléfono. Ni un minuto tardó ella en darle cuenta de su cita y de su entusiasmo, el cual, al comunicárselo a quien tanto daño le había hecho, se elevó a su máxima potencia. Él se mostró tranquilo, como si no le

importara, incluso quiso fingir que se alegraba por ella, pero eso ya no lo logró. Noelia no le pidió explicaciones por su silencio, pero, nada más colgar, él se las ofreció por escrito:

Noelia:

Quizá te preguntes por qué no he dado señales de vida en tantos días.

La razón reside en habitaciones lóbregas, en covachuelas llenas de microscopios, en libros, en reuniones. ¡Oh, cielos! ¿Cuál será mi futuro profesional? ¿Qué tipo de contrato, para cuándo una oposición?

En ello estoy. Esto es, montando guardia aquí, telefoneando allá, reescribiendo una solicitud. Si tuvieran en cuenta solo mis méritos personales, estaría tranquilo, pero todo es política.

Como comprenderás, ando abatido, por no decir desolado —también desollado—, y he preferido no contagiarte la sensación por email ni por teléfono.

Percibo que no son estos muy buenos tiempos para mí, o es eso lo que me parece. Mañana te llamo por teléfono, lo prometo.

De momento, te mando besos susurrantes del admirador de la profesora más encantadora de este lado del hemisferio.

Héctor

Por supuesto, al día siguiente la llamó y, ante la sorpresa de él, su mensaje no solo no le había causado ningún efecto, sino que ella mantenía su emoción. Le contó que se había enamorado de Carlos, un escritor que vivía en Madrid y que venía a verla con mucha frecuencia a Zaragoza. Pese a que Héctor se esforzó por llevar la conversación a los recuerdos de sus mágicos encuentros, ella porfió en su delicioso presente al lado del escritor y le dijo que ahora no tenía tiempo para responder a sus *emails*. Aun así, le prometió hacer un esfuerzo por contestarle al día siguiente, y lo cumplió:

Héctor:

Tu largo silencio me ha hecho ver que he vivido nuestra intimidad como un reino muy apartado de la vida humana: un mundo de sueño y fantasía.

Te confieso que ya en agosto quise apartarme de ese reino que no me proporcionaba la felicidad que anhelo, y donde mi corazón ha estado siempre inseguro.

Ya no me interesa saber por qué me conformaba con vivir así, por qué tenía suficiente con una pequeña parte de ti o por qué tú no me ofrecías más. Quizá nunca quise saberlo: los misterios del corazón nacen en las almas, y el alma no necesita saber qué ocurre en la vida, no le hacen falta interpretaciones, explicaciones ni conclusiones. Lo que el alma necesita es meditar. Y tu ausencia en estos días de noviembre me ha permitido hacerlo.

Heráclito decía que el alma tiene razones que la conciencia solo puede percibir

débilmente. Las razones de mi alma me hicieron permanecer a tu lado a pesar de todo, pero mi corazón me lleva ahora por otros caminos. Estoy enamorada de Carlos y me hace muy feliz...

Noelia

Noelia:

Escucho, más que leer, tus confesiones del email con detenimiento, como si fueran oráculo.

Siento las confidencias como amarradas a la misma cadena del ser por la que anduvimos hace pocos sábados.

Sabes que nada puedo exigir, Noelia. Entiendo tus esfuerzos por agostar mi humilde imperio, y pude comprobarlos, que uno es mago y diablo viejo leyendo en las líneas escritas y sin escribir.

Formas parte de mí para siempre, pase lo que pase, como mi corazón, mis piernas o mi vulgar pulmón. Podrás remontar vuelos, encontrar otros brazos. Podrás ser más feliz, Noelia, pero en la lejanía siempre tendrás un admirador eterno que te llevará dentro, muy hondo, y que, mal que le pese —en bendito castigo a su clandestinidad—, también será dichoso sintiéndote feliz.

Podrán hacerme una lobotomía, sumirme en la más oscura de las amnesias, y siempre se iluminará el semblante cada vez que oiga, que deletree en mi corazón N-O-E-L-I-A. Ese bobalicón o cretino en que me convirtiesen continuaría esbozando una enigmática sonrisa al escuchar tu nombre.

Y seguiré esforzándome en demostrarte cómo perder venciendo, en convencerte, siempre, de que compartas conmigo el alma de las cosas, de la luna, de la naturaleza toda, beso a beso, quejido a quejido, baile a baile, es el mismo que ahora, exactamente ahora, hilvana con los rayos de la luna un fantástico hilo que se enreda en tu pelo y por el que descienden, alegres y felices, miles de besos, millones de caricias deleitosas, y que terminan desparramándose, traviesas, por todo tu cuerpo.

Siéntelos, Noelia, como los siento yo ahora, y prepárate a recibir siempre el amoroso asedio de este caballero perdido.

Héctor

Hablaban y escribían sin decir. Callaban con las palabras lo que los silencios gritaban. La verdad era tabú para ellos. Él que quería demostrar que se puede «perder venciendo» no estaba dispuesto de ninguna manera a perder. Y a partir de ese email comenzó el asedio.

Noelia:

Hay momentos en los que quien suscribe estas líneas se siente especialmente feliz. Tal vez este sea uno de ellos. Con qué poco me conformo, Noelia. Basta con un email tuyo para poder flotar entre los intersticios de esas esferas que comunican una música celestial.

Quizá sea porque, incapaz de exigirte nada, cualquier brizna, cualquier cefirillo que mueve tu divino cuerpo, es para mí huracán, torbellino de dicha.

¿Qué no daría por una sonrisa tuya? Por esos instantes en que se anula el tiempo, en que el mundo se cifra en tus ojos, en tus labios, en tu cintura.

Solo soy si eres feliz, este es mi dichoso destino. Lo he aceptado tal cual es, y disfruto incluso con ese mundo ancho y ajeno que nos rodea.

Saber de tu existencia, compartirla, fue, quizá, la mejor de mis invenciones, el más deleitable de mis hallazgos.

Sí, Noelia, confieso que mi vida cambió aquella noche de diciembre cuando te conocí. La suficiencia con la que vivía la porosa y monótona realidad se quebró de súbito. Hay algo más, pensé. Y aunque, como tú, me atreví a resistirme a la evidencia, esta terminó por imponerse.

Hay mucho más. Haber conocido el centro de la existencia es cosa que no sucede todos los días, y aún pienso que buena parte de nuestros congéneres pueden bostezar su vivir sin disfrutarla.

Hoy, meses después, saberme dentro de un mundo en el que reinas me convierte en el más afortunado de los mortales.

Ya no voy de vuelta de nada, sino de cara, a sabiendas de que hay un centro, que es real, que lo he percibido, cercano, cálido, como aliento que rasga el frío invernal y que te recuerda que la sangre que fluye es cierta, y que hay poco más que esa relación de iguales que se atraen y que se ha conocido, desde siempre, como amor.

Tu imagen se halla indeleblemente grabada en mi recuerdo, donde habitan la realidad y el deseo por una vez unidos en su discurrir. En ese lugar exacto te alcanzo a presentir ahora, cuando la melodía se encarna en mujer, en una forma clara de ojos profundos, suave piel, labios reventones, lóbulos carnosos y pies de princesita. Eres tú, lo sé. Eres tú, mi Noelia, mi diosa, mi única diosa.

Héctor

Era ya diciembre y Noelia estaba decidida a continuar y a formalizar su relación con Carlos. Había conseguido enamorarse de él y nada le importaba lo que Héctor le decía, aunque no por eso dejaba de leer sus *emails* y de gozarse en cada halago. Carlos venía a Zaragoza todos los fines de semana, e incluso algún miércoles, para verla. No le gustaba ir a lugares donde hubiera mucha gente, ni pasear por el centro, prefería la intimidad de las afueras. A Noelia le decía que era celoso y que no quería que nadie la mirara. Y ella no solo estaba conforme con esa explicación, sino que se sentía agasajada.

Pero la verdad es tan refulgente que siempre acaba por mostrar sus destellos. Habían ido a pasar el fin de semana al Pirineo y fueron a cenar a un restaurante de la plaza de Boltaña. Un chico se acercó a su mesa a saludar a Carlos, pero no dejó de mirar a Noelia ni un instante. Él se puso nervioso, pero ella entendió que era por la insistencia de aquel joven en escrutarla con los ojos. Cuando se despidió, Carlos le

puso la mano en el hombro y lo acompañó unos pasos mientras le decía algo al oído. Volvió a la mesa aún más alterado. Ella no le preguntó: serían los celos, resolvió. Era viernes todavía y tenían previsto pasar allí el fin de semana; pero él le anunció que a la mañana siguiente irían al valle de Benasque.

—¡Pero si tenemos pagado el hotel! —exclamó Noelia sorprendida.

—¿Qué importa? Ahí estaremos más seguros.

—¿Más seguros? ¿De qué? ¿Hay algo que no me hayas contado?

—No. Bueno, sí.

—¿Qué? —preguntó Noelia asustada.

—Será mejor que lo hablemos mañana. Ahora estoy cansado.

—Dímelo, por favor. Me has puesto muy nerviosa.

—No es nada urgente, te lo prometo. Puede esperar a mañana.

—¿Pero cómo no va a ser urgente si estás hablando de «seguridad»?

—Perdona, creo que he sido un poco exagerado. No seas impaciente, cariño, por favor, confía en mí.

Carlos la tomó de la mano, la besó y comenzó a hablarle de otras cosas, decidido a mantener la boca cerrada hasta, al menos, el día siguiente. Ya vería cómo se lo decía.

Capítulo 20

Lo más importante del mundo para Noelia era el amor; lo imprescindible de la vida, el aliento, el motivo, la vida misma. El amor había sido su ambición máxima desde que tuvo uso de razón. Desdeñó su inteligencia y todas sus habilidades cuando no le sirvieron para alcanzar el que ella creía que era el amor de su vida. Había estudiado Filología por imposición de sus padres y trabajaba para ganarse la vida, no más. Todas sus pretensiones estaban puestas en ese amor con el que soñó desde niña: un marido, una casa y unos niños. Quería ser una esposa joven, una madre joven. Esa prontitud con la que anhelaba cumplir su sueño la llevó a equivocarse una vez tras otra. Era fácil la labor de sus enamorados: como siempre eran más de uno, ella se veía en la necesidad de elegir porque estaba segura de que uno de ellos habría de ser el hombre que esperaba. Se debatía unos días, quizá unas semanas, entre cuál de aquellos sería. Estudiaba los pros y los contras de cada uno y, atendiendo o no a los consejos de unas y otras amigas, al final se decidía por alguno y se enamoraba de él hasta el fondo. Las relaciones le duraban unos meses, alguna hasta cuatro años. Con algunas sufría porque no respondían a sus expectativas, aunque su sufrimiento era mínimo, y con otras porque su novio era tan impresentable que no la merecía. No era fácil comprender la extrema sensibilidad de Noelia. Y quizá era eso precisamente lo que la hacía tan irresistible, pero también lo que más pesares le causaba. Precisamente se enamoraba más de aquellos que la hacían padecer. Más que amor era un reto, el reto de cambiarlos, de mejorarlos, de hacerlos a la imagen de sus deseos. Y lo primero que hacía era obligarlos a abandonar aquellas inclinaciones que a ella más la mortificaban: a unos el alcohol de los fines de semana, a otros su afán por compartir las noches con los amigos hasta la madrugada, a veces hasta un trabajo que a ella le causaba más celos de los que podía soportar. Tantas emociones, tanto énfasis ponía en su empeño que confundía su efervescencia con otro ardor y creía que estaba enamorada. Pero lo que ella denominaba *amor* no era sino un desafío, vencido el cual se apagaba su apasionamiento y apenas dejaba exiguos restos de aprecio.

Nunca la he visto tan radiante como los pocos meses en los que estaba sola. Disfrutaba de su libertad como nadie, con una intensidad casi avariciosa. Yo no lograba entender su afán por encontrar eso que ella llamaba el amor de su vida. Nunca la vi feliz en pareja, salvo los primeros días de una relación. Sin embargo, cuando estaba sola, cuando tenía libre el corazón, devoraba el mundo. Su risa era más contagiosa y era la mujer más divertida del mundo.

Capítulo 21

Apenas pudo pegar ojo aquella noche en Boltaña. Aunque Carlos le había asegurado que lo que tenía que contarle no era urgente, ella no podía dejar de darle vueltas al asunto: ¿estaría enfermo? Tal vez no tenía por qué ser algo malo: a lo mejor quería proponerle una relación más formal, que se casara con él, y quizá aquel conocido suyo que se acercó la noche anterior lo había visto cuando compraba el anillo. Noelia se exaltaba y se deprimía con sus cábalas en cuestión de segundos.

Llegó la hora del desayuno y se sentaron uno frente a otro. Carlos no dejaba de mirar a la puerta del comedor. Por fin ella le preguntó:

—¿Vas a contármelo? No te hagas el despistado.

—Mira, cariño, no es nada importante, podemos dejarlo para mañana cuando regresemos a Zaragoza.

En ese instante, la esperanza de que él quisiera pedirle la mano en un lugar romántico del Pirineo se esfumó.

—Ah, no. No puedes hacerme esperar.

—Te dije que confiaras en mí.

—Y confío, pero has de decírmelo ya.

—De acuerdo —se rindió él, e inspiró como si se dispusiera a hacer un gran esfuerzo—. Ya sabes que vivo en Madrid...

—Sí, ¿y?

—Pero lo que no te he dicho es que no vivo solo.

A Noelia se le hizo un nudo en la garganta. La voz se le apagó y sus ojos se nublaron, pero todavía tenía dudas sobre lo que Carlos le estaba desvelando, aún conservaba la esperanza de que no le estuviera confesando lo que ella temía, lo que ya estaba oyendo.

—¿Me estás diciendo que tienes novia y que vives con ella?

—Verás. La noche en que nos conocimos tú y yo en Zaragoza acabábamos de dejarlo, pero, a la mañana siguiente, me llamó pidiéndome otra oportunidad.

—¿Y no me has dicho nada hasta ahora? Ya veo, no era nada urgente.

Se quedó callada mirándole a los ojos. Carlos trató de cogerle la mano, pero ella se levantó y subió a la habitación. Él intentó retenerla, la siguió hasta el final de las escaleras y avanzó tras ella por el pasillo. Noelia entró en el dormitorio y cerró.

—Cariño, por favor, escúchame.

Permaneció un rato suplicándole al otro lado de la puerta. Ella, tumbada en la cama, se tragaba el llanto para que él no la oyera llorar. Cuando escuchó sus pasos alejándose por el pasillo, cogió el teléfono y me llamó desconsolada una vez más. Pude hacer mío todo su dolor, que era inmenso. Me resultaba inconcebible: lo mismo

que la había estado haciendo sufrir durante casi un año se repetía ahora. Volvía a caer en una trampa idéntica a aquella de la que acababa de escapar. Me dije que no podría confiar en un hombre en toda su vida o, peor, que volvería a los brazos de Héctor. Le pedí que no se moviera de la habitación, que iríamos con David esa misma mañana a buscarla a Boltaña. Insistió en que no fuésemos, dijo que habían ido con su coche y que regresaría ella sola. Le rogué que no condujera en ese estado.

Se calmó. No sé cómo. Se lavó la cara, hizo la maleta y se fue. Puso la música del coche a todo volumen y bajó hasta Zaragoza cantando y llorando, llorando y cantando. Cuando llegó, cerca de las dos de la tarde, me llamó. Vino a buscarme y fuimos juntas a comer a una pizzería. Lloraba sin parar y sin importarle que todos la miraran. Los que comían en la mesa de al lado, a menos de un metro de nosotras, estaban atentos a todo lo que decía, pero a ella le daba igual. Al salir se reía de Carlos, de Héctor y hasta de ella misma. Había dejado a Carlos tirado en el Pirineo. Desde la ventana de la habitación lo había visto sentado en un banco del jardín, junto a la puerta del comedor, y ella aprovechó para salir por la parte de atrás, donde había aparcado el coche; él ni se dio cuenta. No debió de imaginarla capaz de abandonarlo de ese modo. No consideraría él, seguramente, que no había arraigado en el corazón de Noelia con tanta fuerza como ella le había hecho creer (como había creído ella misma), que el alma de Noelia ya había sufrido de ese mal y sabía cómo defenderse.

Carlos la llamó por teléfono a las tres y media; ella no respondió y él siguió insistiendo sin cansarse. Como no consiguió hablar con ella, por la noche le escribió para pedirle disculpas. Le dijo que no quería a su novia, que iba a dejarla, que si no lo había hecho antes era porque no quería hacerle daño.

—Qué bueno eres, Carlos —le dijo Noelia un día que cogió el teléfono por error, porque esperaba otra llamada—. ¡Solo por no hacerle daño! ¿Y no piensas que se lo has estado haciendo durante todas estas semanas? ¿Y que me lo has hecho a mí también?

—Voy a dejarla, cariño, te lo prometo. Te quiero.

Noelia estaba tan decepcionada que había dejado de sufrir. O lo hacía solo a ratos.

Respondía los *emails* que Héctor y Carlos le enviaban, pero sin mayor entusiasmo, solo porque no quería que dejaran de escribirle. Lo necesitaba. Ya decidiría ella hasta cuándo habían de hacerlo. En el caso de Carlos ocurrió pronto: le contestó los dos primeros días. Los siguientes, él le enviaba mensajes y la llamaba a todas horas, pero no tuvo ninguna respuesta. Quedaba Héctor, que continuaba asediándola con gran ahínco y no parecía dispuesto a rendirse.

Noelia había conseguido distanciarse de los dos y ser feliz de nuevo en soledad. Del desamor del primero se había recuperado con bastante rapidez, y del segundo también lo habría hecho de no haber seguido leyendo sus ridículos mensajes. Le parecía que le escribía el poeta de las ciencias y le gustaba ser la musa que inspiraba aquellos delirios.

Noelia:

Decidido a instalarme en la inercia sentimental, puse fin a años de búsqueda infructuosa de un amor fantástico, perfecto, de esos que solo se sueñan y que quizá solo vivan en el secreto de dos almas propensas a la proporción ensoñada.

Definitivamente no es de este mundo, aun siendo reales los cálidos abrazos, reales los besos y real la memoria.

¿Y el mórbido paladeo de la ausencia, la fundación de la felicidad hasta en la melancólica distancia? Lejos de aminorar el amor, lo aumenta. Es digno de ver que incluso en la tristeza se halle alegría.

No puedo borrar de mi imaginación tantos momentos de felicidad, ni aparcar en un oscuro rincón la ingente cantidad de materiales para la fabricación de nuevos deleites.

No puedo vivir sin ti, así que puedo intentar siempre, como Icaro, acercarme al sol, vivir la felicidad y hasta ser dichoso en la caída. ¿Qué otra cosa es la existencia? ¿Sentarse a esperar la vejez sin buscar el secreto de las cosas, su alma íntima? No hay mayor inanidad. Solo en ese sentido refinado, raro, extraño, único, nada común, se vive la vida auténtica.

¡Van cinco en un día! Sitiada te tengo y dispongo mis mejores armas por el campo de batalla para seducirte. Soy hombre de palabra, y si digo asedio amoroso es combate sin cuartel.

Dicen que lo mucho cansa, pero es tiempo de exceso, de enormidad, de canoras frases en honor de la diosa, de la mujer más guapa y sensual cuya presencia ardientemente anhela tu eterno admirador.

Héctor

* * *

Eduardo Calderón iba a celebrar una cena de Navidad e invitó a Noelia. Después de aquel encuentro que organizaron juntos para que ella pudiera volver a ver a Héctor, habían mantenido una amistad cordial. Él le recomendaba algunos libros y ella le había cogido cariño. Estaba ilusionada con ir a esa fiesta: ahí se encontraría con amigos a quienes hacía tiempo que no veía; además, con todo lo que había pasado durante las últimas semanas, necesitaba salir y divertirse. Empeñada en que Héctor la supiera feliz sin él, le transmitió su contento por la fiesta en cuanto tuvo oportunidad. Y con la información le dio también la coartada que él necesitaba para volver a verla.

—Yo también estoy invitado —le dijo—. Ahí nos veremos.

—¡No! —exclamó Noelia—, por favor, Héctor, no quiero que volvamos a vernos. Y menos entre tanta gente.

—¡Genial! Mejor a solas.

—Tampoco.

—Como quieras. Yo pienso ir. Necesito verte.

—Por favor, Héctor, no insistas.

—De acuerdo, no iré con la condición de que me prometas que nos veremos tú y yo a solas en otro lugar.

Noelia guardó silencio. No quería dejar de ir a esa fiesta. Había sufrido demasiado y necesitaba reír, disfrutar de sus amigos, ver el otro lado de la vida.

—Está bien —claudicó por fin—. Nos veremos otro día.

—Al día siguiente —se apresuró él a señalar.

—No —Noelia se imaginó con las ojeras de no haber dormido el día anterior y no quería que Héctor, después de tanto tiempo, la viese de otro modo que no fuera perfecta—. Mejor el sábado de la semana siguiente.

—¿Sábado? Preferiría que fuera el jueves —apuntó Héctor.

—No, el sábado.

Héctor estuvo de acuerdo; al cabo, él había vencido.

Capítulo 22

Carlos continuaba importunándola sin descanso. La llamaba, le escribía y, como no obtenía respuesta, su desesperación le llevó una tarde a plantarse en su casa. Noelia lo vio cuando llamaba al vídeo-portero y se sobresaltó. No quiso abrirle, pero toda la tarde estuvo oyendo el timbre y observando que él no se movía del portal. Hasta pasadas las doce de la noche no dejó de insistir. Ella no se atrevió a bajar ni a subir las persianas, ni a hacer nada que pudiera darle una pista de que estaba en casa. Me llamó por teléfono en voz baja; estaba aterrorizada. Quise ir a hacerle compañía, pero no me dejó. Ya no volvió a llamarla esa noche, pero lo hizo otra vez a las siete y media de la mañana siguiente y continuó haciéndolo cada media hora. Ella telefoneó al trabajo para comunicarles que no iría, creo que les dijo que estaba enferma, y no se movió de casa. A las nueve me llamó. Se lo dije a David y, cuando salió de trabajar, pasó por casa de Noelia para encontrarse con Carlos y se lo llevó a comer a un restaurante. Yo aproveché para ir a verla.

Carlos le explicó a David que había dejado a su novia y que tenía que decírselo a Noelia personalmente. ¿Qué más daba ya eso? ¿Qué le importaba a ella? Demasiado tarde. Él estaba dispuesto a lo que fuera por Noelia, lo que fuera. Insistía, y a David le perturbó la vehemencia de su amigo.

* * *

La fiesta que organizó Eduardo Calderón trajo también novedades para Noelia. Su vida no había sido nunca aburrida. Le sucedían infinidad de cosas, a veces tristes, pero otras muy divertidas, y casi siempre sorprendentes. Jamás le faltaban anécdotas que contar, y como en cada ocasión que lo hacía, las aliñaba con dulzura, con desparpajo, con risas, con bromas o con melancolía, y lograba emocionar a la audiencia y hacer de sus andanzas cuentos inolvidables. Después de la cena fueron a un bar de copas. Ella bailaba en la pista con sus amigos y, desde la barra, Manuel la contemplaba extasiado. Aún no se conocían, pero en cuanto consiguió acercarse a ella no se separó de su lado hasta el final de la velada. Le habló de su interés por Zaragoza, por la historia, y se detuvo en aquella parte del pasado que más tenía que ver con el amor: le recitó poemas de Miguel Labordeta, aunque también de Mario Benedetti, no todo fue historia ni todo Zaragoza. Bailaron juntos hasta el final de la noche. Sobre todo porque Manuel se las ingenió para que nadie más tuviera oportunidad de sacarla a bailar. No la soltó ni un instante, ni cuando la música cesaba. Como si no escuchara el silencio, él seguía abrazado a su cintura. Y a ella le gustó ese

cercos. Calderón se ofreció a llevarlos a casa a los dos (a cada uno a la suya), pero como no vivían lejos uno de otro, Manuel decidió bajar del coche en la puerta de Noelia. Todavía estuvieron hablando un rato. Aún debía de quedarle a él algún poema por recitar o algún hito histórico que memorar. Por fin se despidieron, no intentó besarla, pero sí le dijo adiós con unos versos que ahora no me apetece recordar, porque esos sí me hacen sentir un poco celosa.

Noelia entró en el patio feliz, se sentía enamorada de Manuel. Sus ilusiones habían regresado aquella noche. «¡Qué encanto! ¡Por fin alguien que merece mi amor!», se complacía. Mientras subía en el ascensor los cinco pisos que la separaban de su dormitorio, cerró los ojos y se meció en el recuerdo de las horas recientes. Ansiaba meterse en la cama para revivir en su alma y en su cuerpo la suave voz de Manuel, los poemas susurrados al oído, los labios que acariciaban sus lóbulos con palabras, su mirada de enamorado, los brazos rodeándola, el baile quieto y largo, las mejillas acercándose y las manos, que a veces se rozaban provocando estremecimientos y otras se apretaban prometiendo sueños.

El ascensor se abrió en el quinto y, al salir, Noelia se encontró con Carlos. Estaba sentado en el suelo con la espalda apoyada en la puerta de su piso.

Capítulo 23

Me duele el frío, me duele el viento y hasta me duele el sol de este verano extraño sin trabajo en el que no pasan más de tres días seguidos con calor. Tengo jaqueca, jaqueca de impotencia. Nadie llama. El móvil ha pasado de vivir como una prolongación de mi mano a yacer como un objeto inerte. Casi le estoy cogiendo manía porque me está olvidando. Ya no suena. Ahora que no trabajo, no quisiera que nadie tuviera vacaciones: el descanso de los demás es un freno para mis proyectos y convierte en una agonía mi tensa espera. La misma arena que otros disfrutan en las orillas del mar, mi angustia la encierra en un ocho de cristal, un reloj de arena donde las partículas se deslizan a un ritmo lento y constante. Cuando vuelvan los que están de vacaciones, yo tendré trabajo de nuevo.

Por cada día de optimismo me encierro dos en la más profunda tristeza. Las pesadillas no me dejan descansar. Me veo llegando a mi antiguo trabajo y alguien me empuja hacia atrás: mi exjefe reparte microscopios y planos entre los trabajadores, pero a mí me deja sin nada. Sueño con mis antiguos compañeros. A propósito de ellos, algunos me escriben y me llaman a veces; otros, sin embargo, parece que se hayan olvidado de mí, aunque quizá lo que ocurre es que no saben qué decirme.

Telefoneo a mi madre todos los días, como siempre, pero ahora que no trabajo me resulta más difícil encontrar el momento. Entre tantas horas libres, busco los minutos en los que mi ánimo está más elevado para que ella no advierta mi desazón: con las palabras es fácil, pero ¿y con los silencios? Las madres son sibilas de sus hijos y creo que la mía lo es más que ninguna. No solo percibe mi tristeza en nuestras conversaciones, sino también cuando no la llamo, cuando piensa que tardo en hacerlo o cuando ya he colgado. Mi padre no dice nada, pero en su gesto observo su preocupación. Cuando voy a verlos soy todo alegría, como era antes, como siempre he sido, para que ellos no adviertan mi angustia; pero qué más da, si ellos ven más allá de mis risas y oyen más de lo que dicen mis palabras.

Hemos entrado en la segunda quincena de agosto y confío en que la gente regrese de sus vacaciones y comience a poner en orden sus agendas. Conforme se aproxima septiembre mi esperanza aumenta, pero también el miedo. Miedo a que no suceda lo que espero.

—Ahora que estás en el suelo —me dice mi hermana— recoge las manzanas.

Pero yo no veo ninguna manzana. ¿Dónde está el beneficio de este tiempo de paro?, ¿dónde está la lección? Puedo aprovechar para cumplir el deseo de Noelia. Quizá sea eso. Quizá es más importante de lo que imagino. No sé. Acaso en un futuro próximo vea estas semanas de zozobra como un periodo de siembra y de espera. Pero confío en que sea breve, un mes ha sido ya bastante. Todavía me queda mucho que

escribir sobre Noelia, pero será un placer hacerlo por las noches y los fines de semana si tengo trabajo.

¡Acaba de llamarme Manuel para quedar esta tarde! Ya se me ha pasado la angustia. Me muero por verlo. Ha vuelto a decirme que tiene que contarme algo importante acerca de Noelia. Que Manuel me anuncie que va a revelarme algo de Noelia es para mí igual que si me dice que ha averiguado algo nuevo sobre el general Palafox. A veces me habla de ella con la misma solemnidad con la que me ilustra sobre un personaje histórico. No sé si ese es otro motivo por el que no siento celos de esa obsesión suya por Noelia. Algunas veces lo echo terriblemente de menos, pero no cuando está ausente, sino cuando estamos juntos: hay una parte de él que nunca está conmigo y tal vez es esa parte la que le mantiene unido al recuerdo de Noelia. Me enamoré de Manuel porque creí que él se había enamorado de mí, pero me equivoqué: era su obsesión por mi amiga el motivo por el cual me llamaba a todas horas y quería estar conmigo después de que ella murió, y más desde que David se marchó a Argentina. Mi ingenuidad, o acaso mi soledad, me hizo entrever que le gustaba y que el recuerdo de Noelia era solo una excusa para llamarme o para verme. Pese a haberme desengañado ya de esa ilusión, mi vanidad tiene la certeza de que un día lograré que me ame. A veces me compro libros de historia de Zaragoza solo para poder hablarle de ellos. Le hago preguntas cuya respuesta no me interesa lo más mínimo, pero sí me concierne su complacencia cuando alcanza a ver en mí esa inquietud por el pasado de nuestra siempre heroica e inmortal ciudad. El ardor con que alude a las tropas de Napoleón, a los Sitios, a la Fuente de los Incredulos, a los moriscos... Cuando hace tiempo que no lo veo, añoro su pasión tranquila. ¿Cómo puede ser tranquila una pasión? Es una efervescencia íntima, se refleja en sus ojos, en su voz. O acaso es la parte de él que mi imaginación completa.

Capítulo 24

El corazón me va a saltar de un momento a otro por cualquier parte del cuerpo. Late con violencia en las sienes, en los oídos, en los ojos, en el cuello... Toda yo soy un latir furioso e incansable. He regresado a casa a las dos de la madrugada. Me he acostado, pero es imposible dormir. Hasta me he tomado un somnífero de esos que le cojo algunas veces a mi madre sin que ella lo sepa. Pero ni con la dichosa pastilla. No dejaba de dar vueltas en la cama, así que me he levantado y me he puesto a escribir. Ahora la jaqueca amenaza con mostrar toda su virulencia. Los dedos tiemblan en el teclado y se nubla la pantalla, o se nublan los ojos y las letras se confunden.

Le he propuesto a Manuel que nos viésemos en la cafetería del Paraninfo, pero ha dicho que estaba cerrada y que lo que tenía que contarme exigía un lugar apartado donde nadie pudiera oírnos, de modo que hemos quedado en su casa. Ha conseguido inquietarme; Manuel gusta de añadir cierto dramatismo a las circunstancias, pero no es amigo de secretos. Vive en la calle Canfranc. Hemos estado un rato en el balcón mirando las obras de la calle, pero los dos estábamos impacientes. Le he dicho que tomaría un café, pero no me ha dejado:

—Me lo agradecerás, te lo aseguro. Si te produce insomnio, hoy es menos conveniente que nunca que lo tomes.

Me ha alarmado tanto su afirmación como especialmente el tono y la mirada. Pero de pronto han desaparecido todos mis temores. Por muy poquito tiempo.

—¿Qué dijo la autopsia de la muerte de Noelia?

Un escalofrío me ha recorrido entera, y mi cabeza ha sido incapaz de construir una respuesta.

—No lo sé. Nunca se me había ocurrido preguntar eso a nadie. Ni siquiera he pensado en ello. Su muerte fue suficiente respuesta y suficiente pregunta. ¿A qué viene ahora eso?

—Tengo una sospecha desde hace tiempo, desde que murió, pero ahora es más que una sospecha, por eso hago esa pregunta. Creo que Noelia murió envenenada.

—¿Qué dices?

—¿Cuál si no fue la causa de su muerte?

Me he acordado del diario: *Es posible morir de amor. El médico hablará de otra causa, pero yo sé que muero de amor. También sé que podría haberlo evitado, pero es tarde.*

—Noelia era una mujer sana. No tenía ningún problema de corazón ni de ningún otro tipo. Yo estuve con ella dos días antes y derrochaba plenitud; estaba decepcionada, sí; pero, por encima de la aflicción que eso le podía ocasionar, rebosaban su fuerza y sus ganas de amar y de vivir.

Se ha levantado, ha ido al escritorio y me ha traído una hoja escrita:

Querido Rafa:

Te dije que no me había enamorado nunca, pero dije mal. Me he enamorado muchas veces y he amado profunda e intensamente, pero he amado a personas que no existían, a príncipes azules que mi imaginación forjaba a la escala de mis sueños.

No soy, como me dijiste, una mujer cruel a la que le gusta pescar y volver a tirar los peces al agua con el anzuelo clavado. El amor es para mí un motor que me hace sentir la gran experiencia de la vida. No es que necesite a alguien para vivir; necesito amar y también que me amen.

Ahora, sin embargo, lo que quiero es estar sola; reflexionar sin imaginar, ver solo realidades y no juzgar ni juzgarme. Ese es mi objetivo. Apasionante objetivo porque significa para mí solucionar un problema que arrastro desde hace tiempo. Cuando lo haya conseguido, el amor vendrá a mí sin buscarlo.

—¿Es de ella? ¿De dónde lo has sacado?

—Sí, es de Noelia. La noche en que la conocí, después de la cena que organizó Eduardo Calderón en diciembre de 2000, estuvimos bailando juntos. Yo le recité un poema de Benedetti:

Compañera
usted sabe
que puede contar
conmigo
no hasta dos
ni hasta diez
sino contar
conmigo.
Si alguna vez
advierte
que la miro a los ojos
y una veta de amor
reconoce en los míos...

Ella contestó con Fernando Pessoa:

Si yo pudiera morder la tierra toda
y sentirle el sabor sería más feliz por un momento...
Pero no siempre quiero ser feliz
es necesario ser de vez en cuando infeliz para poder ser natural...
No todo es días de sol y la lluvia cuando falta mucho, se pide.
Por eso tomo la infelicidad con la felicidad.

Naturalmente como quien no se extraña
con que existan montañas y planicies y que haya rocas y hierbas...
Lo que es necesario es ser natural y calmado en la felicidad o en la infelicidad.
Sentir como quien mira. Pensar como quien anda,
y cuando se ha de morir,
recordar que el día muere y que el poniente
es bello y es bella la noche que queda.
Así es y así sea.

Manuel ha recitado los dos poemas como si estuviese delante de Noelia, como si aún la amara, como si nunca hubiera dejado de amarla y hubiera sacrificado su amor por la felicidad de ella. No por Héctor, no porque él se lo pidió, sino porque sabía que ella amaba a Héctor y que solo con él podía ser feliz. Manuel es así de desprendido y no sería extraño en él ese sacrificio.

—Nunca hasta ese día había escuchado ni leído aquel poema. Me estremecí. Acaso por oírlo de sus labios. Perdona —ha añadido de pronto volviendo a mí su mirada perdida, como si regresara de repente al presente.

He sonreído y le he pedido que continuara.

—Unos días después quedamos a tomar un café y ella me prestó el *Libro del desasosiego*, de Pessoa. El folio que te he enseñado estaba entre las páginas. No sé si falta algo, está dirigido a Rafa. ¿Qué clase de relación tenían Noelia y él?

—Salieron juntos un tiempo. Después ella lo dejó, pero siguieron siendo amigos. Él continuó enamorado de ella.

—Eso no lo dudaba. ¿Y ella? —me ha interrogado con impaciencia.

—No. Lo dejó porque ya no estaba enamorada de él.

—Sin embargo le hacía albergar ilusiones.

—Eso no lo sé. ¿Qué importancia tiene eso ahora? —he preguntado ya molesta por tanta insistencia—. Como tú mismo has leído, en esa carta le deja claro que quería estar sola. La debió de escribir poco tiempo después de dejarlo. A veces guardamos papeles en libros que estamos leyendo y se quedan ahí cuando los hemos terminado de leer. Nunca volvemos a acordarnos de ellos hasta que abrimos de nuevo ese libro.

—Clara, ¿sabías que Rafa estuvo en casa de Noelia la madrugada anterior a su muerte?

* * *

Las palabras de Manuel bullen dentro de mí a una presión que, si no las saco, me van a estallar en el pecho o en la cabeza. Pero me ha prohibido hablar con nadie. Él duerme casi todas las noches en casa de su madre, que es muy mayor y no puede quedarse sola. Algunas veces es la hermana de Manuel quien la acompaña, pero esta

noche no podía ser. Y precisamente ha tenido que contármelo hoy. No quiero llamarlo por no despertar a su madre. Tengo que hacer grandes esfuerzos para no coger el móvil. Voy a apagarlo para evitar la tentación.

Dejo el ordenador e intento dormirme en el sofá con la luz encendida. Descansar al menos, pero es imposible. Trato de distraerme con un libro y mi cabeza no puede centrarse en lo que leo. Ni las fotos de una revista logran atraer mi atención. Cojo el diario de Noelia y algunos de los *emails* impresos de Héctor se caen al suelo.

Noelia:

Eres un puro interrogante, ya lo ves. Soy curioso, Noelia, pero sabes que respeto todos aquellos misterios y secretos que guardas celosamente. En todo caso, sé a ciencia cierta que poseo el más bello eslabón, dorado, que te ata a este mundo, por lo que los demás no digo que no me interesen, pero no pesan en mis inquietudes.

Noelia, no veo el momento de volver a abrazar tu secreto, de asirme al estupor cuando escucho tu sonrisa, tu carcajada, de encogerme aún más ante tu avasalladora belleza, de soñar cálidos silencios sintiendo tu leve cuerpo sobre el mío.

Máxime después de tantos días desérticos, sin aromas, sin arrullos ni besos de pasión. Ausencias en su terrible soledad. Sin conversaciones tenues en el escorzo tranquilo de quien se siente bien, ni paseos por veredas de ensueño proyectadas las sombras de matiz lunar.

Pero te aseguro, Noelia, que regresaremos al Paraíso y compartiremos el divino licor, aquel que emborrachó a Diana, a Psiquis, a Niké, a toda esa estirpe de diosas que tú revives día a día.

No te extrañe que los hombres se acerquen a ti, es esa aura divina. Yo la conozco y la nombro. Es la única forma de exorcizarla, pero yo prefiero sumirme en la fascinación. Es esta la mejor manera de pasar los días iguales, condenado como estoy a trabajos forzados. El recuerdo de nuestros momentos felices, la fascinación, me mantienen más que vivo.

Tan vivo y susurrado como este beso que te envía tu admirador secreto.

Héctor

«Poseo el más bello eslabón que te ata a este mundo», «compartiremos el divino licor». Estas frases retumban en mi cabeza sin cesar y van a acabar por volverme loca. Si es verdad lo que me ha dicho Manuel, ese acto abominable solo pudo hacerlo Héctor. Y en cualquier caso, sea o no cierta la teoría de Manuel, bebiera o no algo Noelia, Héctor la envenenó de todos modos: la hirió con sus palabras, con sus cursis y huecos mensajes que el corazón de Noelia recibía como pruebas inequívocas de amor, con sus mentiras, con sus silencios. Como un virus invadió su cuerpo y su alma, como una mala y virulenta bacteria le envolvió el cerebro, le obstruyó los pulmones, le destrozó los nervios, perforó sus entrañas, le produjo parálisis en el alma, le tiñó la sangre de violeta y le inflamó el corazón hasta hacerlo estallar. Sí,

Héctor sabe mucho de microorganismos, de efectos patógenos, tanto que sabe comportarse como ellos. No le hace falta inocular veneno ni echarlo en una copa porque él mismo es el veneno, la sustancia maligna. No estaba dispuesto a dejar su vida por ella, pero tampoco a permitir que ella viviera la suya sin él. Asesinó a Noelia con crueldad porque no toleró que fuera libre. Degenerado que no consintió que nadie disfrutara de su belleza, de la infinita capacidad de Noelia para proporcionar felicidad. Vanidad de la certeza de que a nadie amara como a él. Él había de ser el único, el último, y solo la muerte podía garantizar esa infame y alevosa ambición.

Noelia:

Que mi sensatez haya oficiado con su sentido común acerca de nuestro querer es cosa que a nadie escapa. Solo que hace tiempo que escapé de ella merced a esa misma gracia de la que hablas, quizá la mejor definición de nuestra plenitud. Mito, sí, instalación en la realidad más real, necesidad telúrica y anímica a un tiempo. ¿Insensatez? No creo. ¿Orgullo? A raudales.

Para mí es un privilegio poder adorarte y caminar juntos por las galerías más profundas. Construir el Paraíso perfecto aún hoy me parece increíble, y admirable percibir que sus límites se engrandecen día a día.

Nada te exijo, Noelia, nada puedo exigirte y nada te exigiré más allá de la común voluntad que nos ha unido de manera extraordinaria.

Sé que te amo y que siempre te amaré, pase lo que pase, y esa convicción impide todo atisbo de dolor.

¿Que cosquillea la melancolía y la natural dosis de celos al pensarte en brazos de otro? No lo niego. Pero teniendo tu alma, compartiendo este grado de bendita irracionalidad, es algo que no debo temer. Decía aquel poeta que nadie podrá quitarle su «dolorido sentir»; en mi caso, nadie podrá arrebatarme el «dichoso».

Solo recordarte y hacerte presente, todo edificio racional se derrumba, hermosa mujer de oscuros ojos. Tú, mi Noelia.

Ese triunfo de la verdadera realidad muestra, mejor que la mejor de las teorías científicas, que definitivamente, Noelia, te quiero.

Espero con mayor ansiedad que nunca un nuevo encuentro, una nueva epifanía de felicidad sintiendo tu energía. Una vez más haremos de espeleólogos de la verdad que creo más cercana a la fuente de la vida.

Tu eterno

Héctor

«Mi sensatez». De eso habla Manuel, de la «sensatez» de Héctor. Es inverosímil que Manuel creyese sus mentiras, que aceptase no acercarse a Noelia, que renunciase a ella porque sintió lástima de Héctor, que respetase —maldito pacto entre caballeros— su «amor» y su «dolor», que dejase que ese «toro de lidia» la matara. Y todavía hoy mantiene que Héctor no tuvo nada que ver con su muerte. «Mi sensatez», pero ¿y

el «orgullo»? ¿y los «celos»? ¿y la «irracionalidad»? ¿No puede llevar todo eso a cometer un asesinato?

Noelia:

Ciertamente, nunca pensé que volvería a creer en el amor. Pero tu hechizo, sin duda, proviene de las más altas esferas y el libro de mi vida ha pasado a ser devocionario.

No me abandona la imaginación tu figura mágica enmarcada por la luna. Has conseguido que cada vez que vea la luna sea capaz de sentir el secreto de la vida. Su halo, el tuyo, me atrapa y es imposible desasirme.

¿Sientes ahora, Noelia, cómo te persigo afanosamente?

No te perderé, bendita tú.

Estoy ya bruñendo mis mejores armas, probando mis mejores galas para hacer feliz a la diosa. Durante días he estado ensayando alquimias para mejorar mis mejores licores y creo que he dado con el brebaje más fascinante que pudiese imaginar.

Degustado por los dioses, no pudieron estos (especialmente Venus) sino reconocerlo, advirtiéndole de que la fuerza salvaje del bebedizo puede enviar a los humanos allende la embriaguez amorosa durante largos espacios de tiempo.

Los amantes son casi inmortales, y vencen al tiempo y sus accidentes.

Mis besos esperan para escapar a borbotones del cuerpo que los oprime, mis labios anhelan sellar el infinito, apasionadamente, mis pupilas están preparadas para soportar las luces más potentes de las tuyas.

Advierto y entiendo cómo, en efecto, los que se ciegan por tu perfección coquetean con el suicidio.

Plenitud de plenitudes, vida absoluta, Tú, Noelia. ¿Y yo? Tú, yo. Tú, yo... tuyo...

Héctor

Tengo que encontrar a Héctor. Sabré la verdad cuando lo tenga frente a mí. Carmen no ha vuelto a hablar de él, ni de Inés, desde la muerte de Noelia, pero tiene que saber dónde está. Intento conectarme de nuevo a Internet y no puedo. Son las cinco menos cuarto de la madrugada y no es hora de llamar a nadie.

¿Y Rafa? ¿Por qué nunca ha dicho a nadie que estuvo en casa de Noelia solo unas horas antes de su muerte? ¿Y por qué lo sabe Manuel? ¿Quién se lo ha dicho?

Capítulo 25

La feliz noche en que Noelia y Manuel bailaron y se dedicaron poemas, aquella en que él se enamoró de mi amiga, concluyó cuando las puertas del ascensor se abrieron a la brusca presencia de Carlos. La sensualidad de los recuerdos con los que Noelia iba a acostarse se tornó en miedo hostil. Los susurros que traía, el almíbar de los ojos de Manuel, las rimas de los cuerpos abrazados en el baile..., todo se esfumó cuando vio a Carlos. Todo, excepto su esperanza, que se le había quedado pegada a la piel.

—Ya era hora —le reprochó Carlos con voz somnolienta.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó ella.

—Esperarte. Te has retrasado un poco —respondió él con ironía.

Se levantó e hizo un gesto para permitir a Noelia abrir la puerta del piso. Ella dio un paso atrás.

—Noelia, ya nada se interpone entre nosotros. He dejado a Ana.

—Lo siento.

—¿Que lo sientes? Era lo que tú querías, ¿no?

Noelia se quedó parada a un metro de Carlos. No iba a abrir la puerta de su casa mientras él estuviese ahí.

—Es muy tarde, Carlos.

—¿No te alegras?

—Por favor, vete.

—¡Lo he hecho por ti! —exclamó Carlos indignado.

Noelia no respondió por temor a violentarlo más. Iban a despertar a los vecinos y, además, tenía miedo.

—¡He dejado a Ana por ti!

—Mis padres están durmiendo esta noche en mi casa. Vamos a despertarlos. Es mejor que te vayas; ya hablaremos en otro momento.

—Me estás mintiendo. Llamé al timbre varias veces cuando llegué y no respondió nadie. No me he movido de aquí desde las diez de la noche.

—Carlos, te lo ruego. Estoy muy cansada, es mejor que hablemos mañana.

—¿Hablar? Yo ya te he dicho lo que tenía que decirte: he dejado a Ana. Quiero que tú y yo sigamos juntos. Te quiero, Noelia, y no puedo vivir sin ti.

Se acercó a ella e intentó besarla. Noelia se apartó.

—¿Me rechazas? ¿Después de lo que he hecho por ti? —Carlos levantó la voz y se oyó el sonido de la mirilla en el piso de enfrente.

—Vete, por favor, es muy tarde —insistió Noelia casi suplicándole.

—Es tarde por tu culpa. Yo te estoy esperando desde hace muchas horas.

—No sabía que estabas aquí. No habíamos quedado. Podemos vernos mañana.

—Llevo aquí demasiado tiempo como para esperar un día más —dijo mientras se abalanzaba sobre ella queriendo abrazarla.

El vecino debió de oír la conversación porque abrió la puerta enseguida.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó a Noelia.

Carlos la soltó, miró airado al hombre del batín de cuadros que acababa de frustrar su propósito y se marchó.

Noelia dio las gracias a su vecino y entró en su casa. Una hora después consiguió quedarse dormida, pero el timbre del teléfono la despertó. El ruido intermitente agujereaba el silencio y la oscuridad como una amenaza. Se levantó y encendió todas las luces. Le temblaban las piernas y el corazón le latía en la garganta y en los oídos. Era Carlos; lamentaba su comportamiento. Casi no hablaron, ella aceptó las disculpas y volvió a acostarse. No había pasado otra hora y el teléfono sonó de nuevo. Noelia tardó en despertarse, pero el rín rín alcanzó por fin sus oídos breándolos sin piedad. Era de nuevo Carlos: le dijo que a las nueve estaría esperándola en una cafetería de la calle Joaquín Costa. Noelia no tuvo fuerzas para rehusar, pero se quedó dormida y él la llamó a las nueve y cuarto con bastante hosquedad. Ella alegó que se encontraba muy mal, que tenía fiebre y que apenas había tenido fuerzas para levantarse a responder el teléfono. Aunque él insistió en subir a verla, lo convenció para que no lo intentara y hasta se atrevió a pedirle que no volviera a telefonarle porque necesitaba descansar. Carlos quería verla antes de irse de Zaragoza; iba a pasar la Navidad a Tenerife con la familia de su padre y no regresaría hasta después de Reyes. Noelia necesitó emplear gran ahínco y denuedo para conseguir que aplazara la cita hasta el regreso, aunque no se libró de llamadas intempestivas, que se fueron sucediendo en los días siguientes. En ningún momento ella le dio esperanzas con respecto a sus sentimientos hacia él. No obstante, quizá por ese miedo que le infundía algunas veces, tampoco le comunicó de manera taxativa que lo que hubo entre ellos se había terminado, que, en realidad, no había empezado nunca porque lo que pareció comenzar era una falsedad, una patraña inventada por él. En realidad, entre ellos dos nunca había existido nada; nada más de lo que él se había construido sobre la endeble y estúpida base de una falacia.

Así epilógaba Noelia ese «idilio» y, pese a ello, había prohibido a su consciencia establecer cualquier similitud entre la mentira de Carlos y la de Héctor. Cuando esta idea se colaba en sus reflexiones, se respondía: «¿Qué más da? Entre Héctor y yo tampoco hay nada ya». Y se engañaba.

Ahora estaba Manuel. Él sí era libre, y era tan diferente... Un hombre tierno, dulce, caballeroso. Por fin, el amor que esperaba. No habían quedado todavía y tampoco se habían dado los números de teléfono, pero en las Páginas Blancas aparecía el de él. Noelia lo comprobó enseguida y decidió que, si el lunes no la había llamado todavía, buscaría un motivo para hacerlo ella. Y lo encontró: su tío José María tenía unas fotos inéditas del prócer Basilio Paraíso en su pueblo natal, Laluenga. Estaba segura de que esos documentos tendrían un gran valor para Manuel.

A ella no le importaba desprenderse de aquellas fotografías a sabiendas de que iban a parar en buenas manos, y estar con Manuel era la mejor recompensa que podía obtener por las fotos. Quería hablar con él antes de ver a Héctor el sábado. Del fondo de su alma le surgía el convencimiento de que la única manera de evitar que su pasión por Héctor presentase una recidiva era entregarle ese afecto a otro hombre: que otro lo guardara para que Héctor no pudiera tocarlo. Y ese otro era Manuel. ¡Qué felices podían hacerse mutuamente! No había tiempo que perder. Faltaban solo unos días para enfrentarse de nuevo cara a cara al científico que conocía cada una de las células de su corazón y sabía cómo dominarlas y rendirlas a su voluntad.

Héctor la llamó al día siguiente de la cena organizada por Eduardo Calderón. Ella no pudo disimular su agotamiento, pero se mostró ilusionada y feliz. No pudo o no quiso omitir lo que mayor felicidad le había proporcionado aquella noche y le dijo que había estado bailando con Manuel Costa, un chico encantador y deliciosamente romántico que le había recitado poemas al oído y que la había acompañado a casa. No sabía ella entonces que Manuel y Héctor se conocían. Ambos habían coincidido pocos años antes en un Taller de Ciencia e Historia. Cuanto más intentaba disimular sus celos Héctor, más detalles le ofrecía Noelia de aquella fiesta que «algo muy suave y luminoso había despertado en su interior».

Capítulo 26

Eran casi las diez cuando me he despedido de Manuel. Él se iba a casa de su madre, pero quería acompañarme antes a la mía. He declinado su ofrecimiento, le he dicho que necesitaba dar un paseo, pero, tan pronto como él ha entrado en su coche, yo he ido hacia la plaza Aragón y he cogido el tranvía frente al Paraninfo. Después de oír las lóbregas sospechas de Manuel, no podía volver a casa sin haber hablado con Rafa. He abierto la puerta de su casa con mi llave y le he dado un buen susto; no esperaba a nadie a esas horas, y menos a alguien que entrara sin llamar. Acababa de acostar a los niños. Me ha preparado una tila con limón y él se ha puesto un vaso de leche con Cola Cao. Nos hemos sentado en el sofá y le he contado que venía de casa de Manuel.

—¿El amigo de Noelia?

He asentido con la cabeza. Ha sido la primera vez que Rafa mencionaba su nombre en muchos años; desde que murió no había vuelto a hablar de ella.

—¿Sabes? Yo temía que se hubiera enamorado de él —ha continuado—. Estuve con ella dos días después de que se conocieran y me contó que habían estado bailando y que la había acompañado a casa. Me puse celoso. ¡Qué tonto fui! Era mucho peor lo que ella se reservaba. Que se enamorara de Manuel habría sido doloroso para mí, pero, con el tiempo, habría acabado por entenderlo. Sin embargo, hay cosas que son imposibles de admitir. Cuando me habló de aquel tío, el biólogo ese, y me dijo que me había estado engañando con él durante un año entero, tuve ganas de asesinarla.

—¿Qué estás diciendo? —he creído que estaba ante una confesión que jamás habría querido escuchar.

—Perdona, Clara. No debería hablarte así. Tú la querías y ella a ti. Noelia me contó que se había enamorado de ese investigador o lo que fuera.

El corazón me latía con tanta fuerza que desbarataba mis pensamientos.

—¿Cuándo te dijo eso?

—La noche antes de morir. —Rafa se ha levantado y se ha sentado en una silla junto a la mesa del comedor.

—¿Estuviste con ella esa noche? —le he preguntado como si no tuviera ni idea.

—Me llamó por teléfono llorando, casi no le salían las palabras. Eran las tres o las cuatro de la madrugada.

Rafa ha dejado de mirarme a la cara. Solo veía su rostro de perfil; a veces volvía la vista al frente, al horizonte, a ninguna parte, y otras, con los codos apoyados sobre la mesa, se sujetaba la cabeza con las manos y cerraba los ojos:

—Me levanté, me vestí lo más deprisa que pude y corrí a su lado. La encontré

desesperada. Yo creía que había algo entre nosotros. —Rafa ha roto a llorar mientras seguía hablando—. Yo la quería, la quería como jamás imaginé que se podía querer a una mujer. Noelia sabía que estaba loco por ella. Me llamaba con frecuencia y nos veíamos. Por eso estaba seguro de que ella me quería también, aunque no deseara comprometerse todavía, aunque coqueteara con otros. Algunas veces discutíamos, me ponía celoso, pero mi soberbia acabó convenciéndome de que era a mí a quien amaba. Cuando iba hacia su casa esa madrugada, presentía que aquel encuentro iba a tener una gran influencia en mi vida, aunque no imaginé que de ese modo tan trágico. Creía que nuestro amor era mutuo —insistía mirándome a los ojos como para mostrarme que no me mentía—. Cuando empezó a hablarme de otro, me hundí. Supuse que se estaba refiriendo a ese Manuel al que había conocido una semana antes, pero no, después me lo contó todo. Nunca estuvo enamorada de mí. Me llamaba solo cuando me necesitaba; esa era la única razón de nuestros encuentros. Me sentí humillado, utilizado. Noelia tenía los ojos enrojecidos y llenos de lágrimas, y la cara hinchada de tanto llorar, y aún seguía hermosa. Y yo continuaba amándola, pero ya no podía sentir lástima de ella, solo sentí un dolor reseco, estéril, pero insondable; una herida profunda en las entrañas que no sangraba, como si no la hubiera, pero la hubo: hubo afrenta, ultraje, y un vacío que dejó mi alma enjuta y acartonada.

En el mundo existen cosas al margen de nuestra voluntad, pero ¿cuántas voluntades pueden llegar a unirse en un instante para que el mundo se enmarañe así? ¿Qué desorden de deseos, de pensamientos?

—¿Por qué no dijiste que habías estado con ella aquella noche? —le he preguntado.

—Qué más da.

—¡Claro que da! —he exclamado y, como he visto que se asustaba, he continuado—: Cuando muere alguien, quienes lo vieron en sus últimas horas siempre lo cuentan: yo estuve allí, me dijo esto, estaba así... Pero tú callaste.

—Qué más da —ha vuelto a decir.

—Qué más da, qué más da, qué más da... —he repetido nerviosa y me he levantado del sofá.

—¿Qué te pasa, Clara?

—Perdona —he respondido después de dar un suspiro profundo—. Me altera un poco recordar. Será mejor que me vaya, se ha hecho tarde. Vendré mañana a ver a los niños.

No se ha levantado de la silla, ni me ha mirado. Ni una palabra tampoco. He cogido el bolso y me he ido.

A esa hora ya no pasaba el tranvía, así que he llamado a un taxi y me ha recogido frente a casa de Rafa. Mientras lo esperaba he sentido deseos de volver para ver cómo estaba o para preguntarle qué hizo, qué le hizo a Noelia. Pero si fue él, si es verdad que la asesinaron y que fue él el autor, no quiero saberlo, ni que el mundo lo sepa.

Hace diez años, tal vez. Pero en aquella época no me unía a Rafa lo mismo que ahora. Ahora todo es distinto, nadie puede devolverle la vida a mi amiga. Y Rafa..., él ya ha sufrido bastante.

De vuelta en el taxi he pensado en llamar a la madre de Noelia. ¿Qué diría la autopsia de su muerte? Si hubiera sido envenenada, habrían investigado. La policía me habría preguntado a mí, era su mejor amiga, y mi número de teléfono estaba en sus últimas llamadas, la última, tal vez. Seguramente lo que Manuel sospecha no es cierto y yo me estoy volviendo loca. Esto no puede ser verdad, tiene que ser un sueño. Siento como que otra voluntad me maneja, como si estuviese dentro de una película o de una novela.

«¡Qué extraños son los hechos! No hay cosa más terrible ni extraña, no hay nada más incomprensible que los hechos, el orden y el sistema en que se enlazan los elementos de la realidad. No hay cuento o leyenda más emocionante e inverosímil que los propios acontecimientos». Qué misterio, he leído esto precisamente esta mañana en *La gaviota* de Sándor Márai. Lo he releído varias veces porque coincide con algo que medito con frecuencia en estos días, cada vez que recuerdo los engaños que sufrió Noelia, la crueldad de un destino que le trajo dos veces seguidas idéntica mentira, como una ola que vuelve una y otra vez. O cuando pienso en Virginia, que no entendía los sufrimientos del amor y que tan inflexible se mostró con Noelia. Después tuvo que soportar ella una tortura similar, y recibir también la indiferencia de una amiga ante su dolor. Y la amiga era yo, aun sin saberlo. Qué ironía, la otra amiga de Noelia.

Capítulo 27

He conseguido dormir unas horas, y aunque han sido escasas y es grave el asunto que me mantuvo en vela, aun así he vuelto a tener pesadillas con mi antiguo trabajo. Estoy padeciendo la pérdida más de lo que mi conciencia es capaz de admitir. Estaba probando un sensor de distancia y, de pronto, aparecía Rafa delante de mí. Era del tamaño de los robots con que trabajábamos en el centro, me llegaba a la rodilla. Su cuerpo era el de un robot, pero su cabeza era normal, la cabeza de Rafa, con el gesto serio y quieto. Sus movimientos respondían estrictamente a mi manejo del mando a distancia. Mientras guiaba sus piernas y sus brazos de robot, le hablaba sin parar e intentaba que me respondiera, pero todo lo que hizo fue coger un rotulador que había sobre mi mesa y escribir en las paredes: «Noelia, Noelia, Noelia». Ya no atendía a las señales del sensor. Entró mi jefe y, al ver las paredes pintadas, se puso a gritarme como un energúmeno que me marchara de allí, que no quería volver a verme más. ¿Cuándo desaparecerán estas horribles pesadillas? Es tan angustioso. Tengo que encontrarle algún sentido a todo esto. Un mes sin trabajar: enviando currículos, yendo, viniendo, esperando, y ninguna llamada. Qué desierto de angustia.

Telefoneo a Carmen, pero tiene el móvil «apagado o fuera de cobertura». Me resisto a llamarla al fijo porque no me apetece hablar con Enrique. Carmen se casó con Enrique hace cinco años y tienen una niña de tres. Él me cae fatal, y Carmen lo sabe porque se lo digo, como le digo que no la merece, que la está maltratando: no le deja llevar los labios pintados, ni ponerse una minifalda. La insulta si alguna vez adivina restos de carmín porque no ha conseguido borrarlos del todo. Revisa los mensajes y las llamadas de su móvil y la somete a un interrogatorio por cada número desconocido que encuentra en la lista de llamadas. Y ella se ha vuelto insegura y hasta se menosprecia; él ya ha conseguido convencerla de que es poquita cosa, de que no sabe educar a su hija y de que todo lo hace mal. Aquella rotundidad y aquella energía con la que Carmen me envolvía se ha trocado en vacilación, en incertidumbre. Es guapa, pero él nunca se lo dice. Le dice, sin embargo, que va despeinada, que tiene ojeras, que es horrible el vestido que se ha comprado, que le repugna el aroma de su perfume... Ahora tampoco le consiente que use otras fragancias que no sean las que le pone a la niña. Le dice que los perfumes son para las furcias. Por eso Carmen siempre huele a bebé. Su marido debe de encontrar en esos triunfos la confirmación de su poder y su dominio masculino. Qué baja.

Creo que Carmen ya no sabe si está o no enamorada de él, pero se moriría si la dejara —eso dice—. Ella, que siempre había sido tan reservada, ahora es abierta conmigo; no podría soportar sola tantas agresiones, tanta tortura, aunque ella nunca llame así a las palabras y a los gestos de su marido. Cuando, sin que él se entere,

viene a mi casa, se sienta frente a mí, nerviosa, delante de su taza de té verde, y habla y habla, a veces llora, siempre pregunta, y bien sabe ella lo que voy a contestarle. Por eso estoy segura de que se está hablando a sí misma. Necesita escuchar que Enrique es injusto con ella, que no la merece, que tiene que dejarlo, que aunque no le haya pegado nunca, la está maltratando, que no tiene moratones ni heridas en la piel, pero las tiene en el alma y en la mente; y esas tardan más en curar. Que las palabras y los gestos son armas más sangrientas que las manos, que sus golpes matan más lentamente, pero matan. Ella me escucha con atención, me mira como si devorara mis palabras, como si quisiera grabarlas a fuego en su memoria para que resuenen en su cerebro cuando se siente hundida y humillada. Mis palabras refuerzan su autoestima, si es que le queda algo.

Cuando ya ha fijado en su memoria todo lo que le digo, sonrío reconfortada y dice: «en realidad, esto no me importa, sé que lo hace porque me quiere; prefiero mil veces esto a que me sea infiel, eso no lo soportaría». Y a mí me invade la impotencia. Qué equivocada está. ¿Hasta cuándo podrá soportarlo? ¿Y esa niña? ¿La convencerá su padre, como ha hecho con Carmen, de que no es nada sin él? Confío en que su instinto de libertad sea mayor que el de su madre.

Sigo llamándola, pero continúa sin estar disponible. Marco el móvil de Luisa, la madre de Noelia. Se alegra mucho de oírme. No he vuelto a hablar con ella desde que me dio el diario. Me dice que están pasando el mes de agosto en Sallent, pero que el 28 regresarán a Zaragoza y que ya tienen ganas, porque aquí se sienten más cerca de su hija. Me emociono al oírle decir eso. Le prometo que cuando vuelvan iré a verlos.

Telefoneo después a Manuel. No debería hacer tantas llamadas. Estoy en el paro y no tengo el sueldo de antes. Manuel dice que soy bruja y que acababa de coger el móvil para hablar conmigo cuando ha aparecido mi nombre en su pantalla. No me ha dejado hablar, aunque tampoco pensaba decirle muchas cosas: no voy a contarle que estuve en casa de Rafa. Dice que va a quedarse a comer con su madre y que después me espera en su casa para tomar un café. Quiere que vayamos al museo Pablo Serrano a ver una exposición de pintura. Aunque tenía que quedarse con su madre también esta tarde, le ha pedido a su hermana que lo releve unas horas. Asegura que es muy importante lo que vamos a ver, pero no me dice nada más. Empiezan a agotarme tantas incertidumbres.

Capítulo 28

Noelia se puso un vestido verde para encontrarse con Manuel la tarde en que le dio las fotos de Basilio Paraíso. Él no olvida nunca ese momento:

—Al verla sentí que la primavera aparecía de pronto en pleno invierno. Tenía el porte de una gran dama y era imposible no rendirse ante su belleza, pero yo ya me había prohibido amarla. Me levanté y le besé la mano. Su delicioso encanto lo imponía. Ella sonrió complacida y me dio dos besos. Aún conservo las huellas de sus labios en las comisuras de los míos.

Eso me lo contó Manuel hace tiempo, pero no lo he olvidado. Él apartó la silla de la mesa y Noelia se sentó con esa coquetería que, aunque inherente a ella, crecía cuando estaba enamorada. Y entonces lo estaba, ya lo creo, y aunque enseguida iba a desilusionarse, en ese instante aún no lo sabía. Colgó su pequeño bolso negro en la silla y se quitó los guantes de piel «con una sensualidad que jamás podría emplear ningún otro ser humano. Jamás he visto a ninguna mujer quitarse así los guantes». Me acuerdo de esas palabras de Manuel cada vez que me quito unos guantes, y procuro no hacerlo nunca delante de él para que no establezca comparaciones en las que, de seguro, yo saldría perdiendo. No solo porque carezco de la sensualidad de Noelia, sino también porque la memoria mantiene esos recuerdos en unos estantes donde lucen con más fulgor todavía que cuando fueron presente.

Ella le dijo lo feliz que la había hecho la noche en que se conocieron, lo bien que se había sentido bailando con él, cuántas veces se había recreado al recordar el poema de Benedetti, y su voz al recitarlo. Había olvidado traerle el libro de Pessoa —eso le dijo, pero no era precisamente un olvido, sino un conservar motivos por si eran necesarios para una nueva cita, dosificar entregas. Para esta ocasión, las fotos de Basilio Paraíso eran suficientes—. Él la escuchaba arrobado. ¡Se le estaba declarando! Y se acordaba de Héctor, le había dado su palabra de que respetaría su territorio, y ella estaba en territorio de Héctor. La miraba y la escuchaba con el mayor de los deleites, un placer exacto, perfecto porque estaba exento de todo temor: sabía que, si él quisiera, esa maravillosa mujer sería suya, pero no quería. El respeto a la palabra dada, su deber, el pacto entre caballeros, estaba por encima de los encantos que tenía ante sí. Sabía que ese tesoro siempre le pertenecería, y se mantendría así, intacto, nunca llegaría a ajarse, a marchitarse, porque todo iba a quedarse en unos minutos, en unas horas tal vez, eternas e imborrables.

La observaba, la escuchaba y callaba. No quería decirle nada, solo extasiarse, gozar de esa fortuna eterna: de ver y escuchar a una mujer así a escasos centímetros de él, de sentir que le estaba dedicando su vida en cada uno de esos minutos que le servían para alumbrar toda su existencia.

Sin embargo, la espontaneidad de Noelia acabó por desarmarlo. Y solo tenía una alternativa al rendimiento: confesarle que Héctor había hablado con él, que había ido a él «como un toro de lidia» y le había dicho que la amaba, que le había insinuado que si se proponía conquistarla, estaba faltando a su amistad con él, que llegó primero y, por tanto, el derecho a amarla era suyo en primer lugar. Tenía novia, era verdad, y Manuel ya lo sabía, pero eso no impedía que amara a Noelia. Héctor empleó todos los recursos que pudo para que su amigo comprendiera que entre Noelia y él existía un amor más allá del tiempo y de los inconvenientes, y que nunca nadie podría vencer. Iba a dejar a su novia tan pronto como viese la oportunidad. Se le presentó como víctima de un injusto destino que le había mostrado su verdadero amor cuando ya había comprometido su vida con otra mujer. No era infiel, era su bondad la que lo mantenía callado: no quería hacer sufrir a Inés, «que se volverá loca cuando la deje porque me adora». Noelia era su felicidad, y él la de ella. Sería atroz negarles a los dos ese derecho, ese amor misterioso y milagroso que los unió, a pesar de que él quiso resistirse, «porque nunca quise serle infiel a Inés».

Manuel se lo contó todo a Noelia. Qué delirio el de ella. Se sintió de nuevo perdida. Se había propuesto amar a Manuel. Ya estaba enamorada de él y, de pronto, Héctor otra vez cortándole los caminos. Y esta vez había ido más allá. Sentía colarse en su corazón un hilillo de alegría y de esperanza por lo que le revelaba Manuel: Héctor la amaba. Pero ella había conseguido dejar de quererlo y, además, estaba enamorada de Manuel. Así se lo dijo también a él, con la misma espontaneidad. No tuvo reparos en decirle que ahora era él, y no Héctor, el elegido de su corazón. Sabía que solo él podía salvarla de aquel destino fatal al que la conducía Héctor: la inseguridad, el miedo, la desconfianza, el abandono, las palabras huecas que eran los únicos pilares de ese mundo entre la fantasía y la realidad en el que se habían instalado. Noelia había renunciado ya al amor de Héctor y, a pesar de esa veta de emoción que se había infiltrado en su alma al oír la confesión que le hizo Manuel, no estaba dispuesta a variar su ruta.

Cada cual con su libertad o sin ella, con sus principios o sin ellos, con sus esperanzas y sus miedos, los seres humanos estamos fatalmente obligados a avanzar por caminos que desconocemos y que algunas veces son oscuros y fríos. No podemos detenernos, el tiempo no se detiene. Pero podemos, o debemos, ceder el paso a otros cuando es necesario y, sobre todo, no poner obstáculos, no impedir otros pasos, porque, cada vez que interrumpimos la senda de otro, hacemos desaparecer la que a nosotros nos corresponde.

Capítulo 29

He llegado a casa de Manuel a las cinco. Me esperaba con impaciencia; tanta que estaba mirando al balcón para verme llegar. Apenas me ha visto cruzar la plaza Aragón, ha bajado con el abrigo puesto y hemos ido caminando hacia el museo. Me he quedado sin infusión de rosas. En contra de lo habitual (él acostumbra a caminar despacio por la ciudad y yo ando siempre apresurada), era él quien corría y yo debía esforzarme para seguir su ritmo. Me ha obligado a recordarle por dos o tres veces la altura de mis tacones. De poco más hemos hablado por el camino; él iba absorto en algún pensamiento. Imaginaba yo que en el supuesto asesinato de Noelia, pero estaba equivocada: era, sin duda, lo que nos estaba esperando lo que acaparaba su atención y apresuraba su paso, de manera que él sufría los tacones más que yo, y los miraba de mala gana solo porque no servían a la urgencia de su objetivo. Nada más entrar en el museo hemos ido directamente a la exposición de Antonio Balaguer, un joven pintor zaragozano que vive en Viena. Iba a detenerme en el primer cuadro, pero Manuel me ha tomado de la mano y me ha llevado hasta la pintura que deseaba que viera: era el rostro sonriente de una mujer rubia vuelto un poco de perfil. Llamaba la atención la pose majestuosa, el cuello esbelto sobre el que caían mechones del cabello despeinado, los hombros desnudos. Se titulaba *El destino*. Mientras yo contemplaba el cuadro, Manuel escudriñaba mi cara, la expresión de mis ojos... Como no ha debido de ver en ellos nada de lo que esperaba, me ha cogido por la cintura y me ha alejado a casi tres metros de mi objetivo para que lo observara desde otra distancia.

—¡Noelia! —he exclamado.

—Es ella —ha afirmado satisfecho de mi confirmación—. Vi esta exposición hace dos semanas y me fascinó esta obra. No reconocí a Noelia y, sin embargo, me quedé embelesado ante el cuadro. El movimiento de cabello, la postura, la sonrisa que aún no ha llegado al final del recorrido de los labios... Cada pincelada ejercía sobre mí una emoción sobrenatural. No conseguí entender la impresión que me causaba. Estudié cada detalle. Quizá por la espontaneidad del gesto, más que un posado me pareció una instantánea, como si la pintura copiara una fotografía. Recorrí toda la exposición buscando otra imagen de la misma mujer, pero no vi ninguna más en toda la sala. No pude quitármela de la cabeza. Anoche, cuando mi madre se acostó, me puse a ojear el *Heraldo* y me encontré con la foto del cuadro en las páginas de Cultura. Entonces me di cuenta: ¡Noelia! ¿Cómo no la había reconocido en el museo? La imagen era pequeña y estaba en blanco y negro, pero, aun así, más parecía que habían fotografiado a la propia Noelia que al retrato. Me impactó tanto que no me he atrevido a venir solo. Además, quería que la vieras tú también y que me sacaras de mi error si es que estaba en él.

—Es increíble —subrayé sin dejar de mirar el cuadro—. ¿Conoces al pintor?

—Anoche lo busqué en Internet. Tiene treinta años. Empezó a pintar a comienzos de la pasada década aquí en Zaragoza y después ha estado viviendo en Atlanta, en París, en Roma y en Viena. Volvió a Zaragoza hace pocos meses. Es su primera exposición aquí. Esta mañana he hecho alguna llamada y he averiguado que vive en la plaza de los Sitios, en el mismo número y en la misma planta en la que vivía Noelia. También me han dicho que frecuenta el bar Linacero.

—Me gustaría conocerlo.

—Esperaba que dijeras eso —me ha sonreído con complicidad y hemos salido caminando así hasta la puerta del museo.

Para llegar hasta la calle Arquitecto Magdalena, donde se encuentra el Linacero, hemos cogido un taxi. Hemos entrado hasta el fondo del bar y, al no verlo (Manuel ha buscado también su foto en Internet y me lo ha descrito con gran precisión: moreno, pelo corto pero no demasiado, ojos grandes y oscuros, labios gruesos, nariz recta, un poquito de perilla y patillas), nos hemos sentado en una mesa fuera. Apenas llevábamos media hora cuando lo hemos visto bajar por la acera: es alto, muy alto, y muy atractivo. Eso no entraba en la descripción de Manuel, y era importante, claro que lo era. Si fue vecino de Noelia, yo tendría que haberlo visto alguna vez cuando iba a su casa, o ella me habría hablado de él en alguna ocasión. Tenía trece años menos que ella, y no recuerdo que en ese pasillo viviese ningún joven de veinte años. Sin embargo, ahora vive ahí y la ha pintado. No puede ser una casualidad. También es posible que Luisa se lo haya pedido. Sí, seguramente, le habrá dado una foto para que lo haga. Al ser vecinos, han debido de hacerse amigos. Quizá él mismo se haya ofrecido a pintar a su hija para complacer a Luisa.

Siempre la razón impone barreras a la verdad, que es demasiado inmensa y elemental como para encajar en algo tan limitado e intrincado como el discernimiento humano. Este acota lo verdadero según su capacidad, y deja fuera muchas veces la esencia de los hechos, cuando no los hechos mismos. Manuel y yo, sin hablar, hemos visto pasar de largo al pintor. Mi razón se había puesto ya a crear una realidad a la medida de sus límites y en la que no había nada extraño en que Antonio Balaguer hubiera pintado a Noelia. Y hasta me habría avergonzado de detener al artista para preguntarle por el cuadro. Algo parecido ha debido de sucederle a Manuel.

—Podemos intentarlo otro día —ha dicho un tanto resignado.

Pero entonces, el pintor ha vuelto, ha entrado en el bar, ha pedido algo en la barra y se ha sentado en la mesa de al lado con un libro.

Capítulo 30

Los sueños tienen la capacidad de transformarnos, de hundirnos y de elevarnos. Los sueños pueden cambiarnos la vida si descubrimos en ellos la solución a nuestros problemas o tal vez solo su verdadera causa. Nuestra escueta pero intrincada razón nos ata a este mundo en que todo se ordena según unas leyes que tenemos tan asentadas en nuestro cuerpo que nos impiden ver otra cosa que no sea lo que ya forme parte de nuestra experiencia o de lo que nos hayan contado. Solo los sueños, la intuición, la libertad verdadera, el abstenernos de juzgar y el silencio pueden descubrirnos nuevas vías, nuevas soluciones, nuevas respuestas.

Noelia, Manuel, Rafa, Antonio Balaguer... Mi vida está llena de personas interesantes, de otras vidas apasionadas que se enlazan con ella y que cada día me maravillan con historias increíbles, historias que tuvieron tiempo y lugar cerca de mí, o conmigo y, no obstante, ignoraba.

De esto me hablan estos días la realidad y la razón, de lo que no supe hace diez años porque seguramente no puse interés: no presté atención a los silencios de Noelia, ni a su tristeza, ni a sus esporádicos momentos o días de entusiasmo. Oía lo que me contaba, la aconsejaba, la animaba, la compadecía, la envidiaba, la admiraba. Pero todas aquellas escenas en las que ella y yo nos encontrábamos, no importa que cambiase el lugar o el momento, me parecían la misma: yo sabía lo que iba a oír y también lo que iba a decirle. Ay, la razón, la costumbre, lo conocido... Si la hubiera escuchado de verdad, si la hubiera mirado con más generosidad, habría advertido los matices. Si cada vez que la aconsejaba, que la animaba, hubiera pensado con mi corazón y con mi imaginación, seguramente le habría dado otras respuestas, otros consejos y, en lugar de envidiarla o de compadecerla, la habría amado. La habría amado más, quiero decir.

Si estamos en la tierra, hay que reposar en la tierra. Amar cada momento aunque nos parezca horrible, y sentirle el sabor. Los problemas nos tensan, buscamos una respuesta inmediata en el futuro, y no solo no queremos pensar en este presente que nos azota, sino que pretendemos que pase cuanto antes. Pero en los azotes del presente se encuentran respuestas, y conocerlas, entenderlas, no solo nos dará paz, sino que nos ayudará a conocernos mejor, a conocer nuestra esencia.

Somos todo lo que hemos vivido, aunque algunas experiencias quisiéramos arrancarlas de cuajo de nuestra piel, aunque deseáramos tragarnos las palabras que pronunciamos un día. Ya no es posible, no es que eso esté con nosotros, es que somos eso.

La historia que hay detrás de nuestra espalda determina cómo somos: nuestra naturalidad o la ausencia de ella, nuestra alegría o nuestra pena. Las montañas que

hemos subido, los mares que hemos atravesado, las sombras en el camino, van con nosotros. Las cicatrices que tenemos en nuestra alma, las llagas de nuestra piel marcan nuestras relaciones presentes y futuras. Las veces que hemos recibido y las que nos han negado son la causa de nuestra generosidad.

Solo la mirada limpia, la fe y la sonrisa pueden mantener viva nuestra esencia. Son nuestro compromiso: la mirada limpia es la luz de nuestro cuerpo y no solo ilumina nuestros pasos, sino que también ha de servir para alumbrar los de otros. La mirada limpia hará que no juzguemos a quien no responde al abrazo, a quien nos araña las manos cuando tratamos de apretárselas.

La fe en que a pesar de las montañas, de la profundidad de las llagas, nuestra esencia jamás se irá. La fe impide que la oscuridad nos robe los sueños, nos da reposo y preserva nuestra inocencia.

Y la sonrisa. La sonrisa a pesar de las heridas que vemos en la espalda de las personas con que nos cruzamos en nuestro recorrido, porque la sonrisa es lo que están necesitando de nosotros.

Como un sol que sale detrás de las montañas, Antonio Balaguer irradiaba luz de amanecer. A su lado sentí un calor secreto, como si su existencia anunciara un pequeño milagro. En medio de la marea a la que me conducían sus palabras, el secreto que Noelia me ocultó, su presencia se imponía como un lugar seguro. Y a pesar de que la historia que narró me produjo un desconcierto aún mayor, algo dentro de mí comenzó a iluminarse y a anunciar el final de mi oscuridad.

Capítulo 31

Otra vez he vuelto a soñar con el trabajo: tenía que ir al centro de investigación a recoger un documento que necesitaba. Iba a entrar en el despacho de Secretaría, pero me dijeron que debía ir a la sala en la que trabajaba con los robots. Si el equipo estaba compuesto entonces por siete personas, en mi sueño lo conformaban más de veinte. ¡Me despidieron para recortar gastos y ahora había un montón de gente trabajando! La luminosidad de antes se volvía en el sueño una luz tenue, y los ingenieros se pasaban papeles y piezas de los robots. Busqué a Luis con la mirada y estaba ahí, en el mismo sitio que ocupaba antes junto a mí, pero a su lado había otra chica. Me daba la espalda y me costó verle la cara. Por fin lo conseguí y me llenó de tristeza: era una chica joven y muy guapa. Luis le hablaba sin parar y la hacía reír. Y a mí ni me miró, ni se dio cuenta de que había llegado. Vino una secretaria y me dio un trocito de papel en el que tenía que poner mi nombre; estaba mojado y no podía escribir. Buscó otro papel; también estaba mojado, y otro, y otro... Y mientras ella buscaba, yo observaba a Luis con tristeza. Creo que me vio, pero disimuló. Le mostraba unos planos a su compañera y después señaló a uno de los robots riéndose. Yo estaba deshecha en lágrimas por dentro. Uno de los ingenieros vino a saludarme: me felicitó por el trabajo que hice en el centro y me dijo que sentía mucho que ya no siguiera allí. Era uno de los nuevos y yo no lo había visto nunca. Me hablaba de un programa doctoral interuniversitario de Ingeniería Biomédica, el mismo en el que yo había estado trabajando, pero no prestaba ninguna atención a sus palabras, solo a Luis, a su risa, a que no dejaba de mirar ni de hablar a la chica que ocupaba mi lugar. Otro hombre vino a hablarme de sensores de visión, de modelado 3D de escenas... Los pequeños robots se movían por la sala por su cuenta. La secretaria volvió con otro trozo de papel y me pidió de nuevo que pusiera mi nombre. Entonces vi que Luis se levantaba y salía, seguía sin mirarme, quizá sin verme. Mi cuerpo entero se deshacía en lágrimas. Esta vez el papel estaba seco y escribí mi nombre. Mientras lo hacía, Luis se me acercó. No recuerdo qué me dijo: me saludó y respondí a su saludo mostrándole mi dolor y no sé si también enfado o indiferencia por su actitud, por su desprecio, por no venir antes a saludarme, por no haberme llamado ni haberme escrito en tantos días, por haberme olvidado. No sé de qué hablamos, pero se grabó en mi alma su voz ahogada que, sin enunciar, me decía que me amaba.

Y me he despertado complacida, deleitándome en la estela del sueño, en la voz de Luis, que ha convertido la pesadilla en la experiencia más voluptuosa que he vivido en mucho tiempo. Ahora tengo el corazón mullido y una sonrisa.

Tal vez no sea haber perdido el trabajo lo que me cause tanta desazón, lo que me provoque pesadillas todas las noches. Es angustiioso estar en paro; no obstante, este

dolor que a veces siento en las entrañas, esa extraña sensación de abandono que viene del corazón, solo puede causarlo un mal de amor. Tantas horas a su lado, tantos días, tantas risas compartidas...

Ni las sospechas de Manuel respecto a la muerte de Noelia ni siquiera lo maravilloso de la historia que nos contó el pintor han sido capaces de suplir a Luis en mis sueños.

Capítulo 32

Manuel esperó a que el camarero atendiera a Antonio Balaguer. Después de que le hubo servido una cerveza, cuando ya estábamos solo los tres en la terraza, sin decirme nada, se levantó y se acercó a él:

—Disculpa, soy Manuel Costa. Acabamos de ver tu exposición. Es muy buena.

El pintor se puso de pie también, le dio la mano y le agradeció sus palabras. Su voz era límpida y suave, y su sonrisa casi infantil de tan natural. Confieso que cuando Manuel fue hacia él me sonrojé y no me atreví ni a moverme, pero, al ver la efusiva respuesta del artista, me animé también a saludarlo.

—Yo soy Clara Barrabés. Me han gustado mucho tus cuadros.

Manuel lo invitó a sentarse con nosotros y, para mi sorpresa, accedió. ¿Por qué quedarse con dos desconocidos cuando podía permanecer tranquilamente en su mesa, con su cerveza fría, leyendo el libro que lo acompañaba? Ni siquiera tuvimos que insistir.

Se acomodó en medio de los dos. Empezamos hablando del calor que hace estos días en Zaragoza, del frío que hizo en julio...

—Sois amigos de Noelia, ¿verdad? —interrumpió con esa sonrisa transparente.

—Sí —respondió enseguida Manuel—, la hemos visto en tu exposición. ¿La conociste?

Yo me esperaba que dijera: «No, su madre es mi vecina y me pidió que la pintara». Pero no fue así. Dijo:

—La amé y aún la amo.

Y me temblaron las piernas ante aquel arrebato de sinceridad, de valentía, de atrevimiento... Creo que cualquier otra respuesta me habría servido, además de la que esperaba, menos aquella. ¡La amó! Pero ¿cuándo? ¿Dónde? Me pareció que Manuel se quedaba sin respiración. Nunca había visto sus ojos de un verde tan claro. Se movió en la silla nervioso y en silencio; con cara seria, observaba con atención al pintor deseando ardientemente que continuara hablando. Y Antonio Balaguer, ese hombre joven, alto, de ojos negros, que conforme hablaba se iba haciendo más atractivo, parecía que llevaba años anhelando que alguien le hiciera aquella pregunta.

—La amé y aún la amo —repitió, y sus ojos se humedecieron—. Fui alumno de Noelia en la Escuela de Idiomas. Ella vino a sustituir a la profesora que estaba de baja por maternidad. Yo tenía veinte años y ella treinta, quizá, aunque aparentaba algunos menos. Me enamoré de ella. Un amor platónico, no aspiraba a nada, solo a soñarla cada noche en mis brazos. Era tan perfecta, tan irreal, que no esperaba alcanzarla nunca en otro lugar que no fuera en mis sueños. Sin saberlo ella, yo ya la había gozado, era mía todas las noches, y también en los días, porque todo el tiempo la

imaginaba conmigo. Se convirtió en una obsesión. Una vez, al salir de clase, la seguí hasta su casa. Sentí tanto placer en mirarla, en contar sus pasos desde lejos, en verla mover el cuello a un lado y a otro de Gran Vía, pararse en algún escaparate, adivinar lo que le gustaba, lo que la distraía, que durante dos o tres días más la seguí. Le hacía fotos sin que me viera. Sé que está mal, pero me volvía loco esa mujer. Otro día reuní todo mi valor y, cuando estaba delante de un escaparate, me acerqué a ella, la saludé y la invité a tomar un café. Supongo que la sorprendí tanto que no supo decirme que no. Nos sentamos en una cafetería que había al lado. Era aún más encantadora y más dulce de lo que yo imaginaba. Quise invitarla a cenar, pero se excusó. Otro día volví a intentarlo, y otro..., hasta que cedió. La llevé a La Granada. Era caro para mí, pero qué importaba. Todo era poco para ella. Parecía una reina. Como si no fuese de este mundo. Llegaban las vacaciones de Navidad y le sugerí que podíamos vernos esos días, pero fui tan sutil que ella ni siquiera hubo de responderme, sencillamente se despidió hasta después de las fiestas, pero yo continué con ella en mis sueños mientras mi amor crecía.

»Después de las vacaciones regresó distraída. Miraba con frecuencia al reloj, gesto que nunca le había visto hacer en clase. Cuando se despidió de los alumnos y se puso a recoger sus cosas para marcharse, me acerqué y le propuse tomar algo juntos, pero me respondió que la esperaban. Me quedé decepcionado; no porque esquivara mi sugerencia, sino porque casi no me hizo caso, tenía la cabeza en otra parte y, bueno, tal vez yo, después de la cena en La Granada, creí que me prestaría un poquito más de atención. No me hacía ilusiones con ella de manera consciente, pero es posible que sí en mi subconsciente. Intenté seguirla, pero, cuando salí a la calle, Noelia ya había desaparecido. Al día siguiente alcancé a ver que tomaba un taxi. Quise hacer como en las películas: coger otro y decirle que la siguiera, pero sentí vergüenza. El día siguiente lo hice. Llegamos a Montecanal. Vi que llamaba a un timbre y que entraba en una casa. Pasaban de las once de la noche y todavía no había salido. Llevaba allí más de tres horas.

El móvil empezó a sonar justo cuando Antonio Balaguer estaba contando esto y no conseguí saber si vio a Noelia salir de aquella casa. Me llamaba Rafa. Me acordé de que la noche anterior le había dicho que iría a ver a los niños. Le quité el sonido y seguí escuchando.

—El jueves y el viernes no teníamos clase —continuó el pintor—. Me dediqué a pasear por los lugares donde la había visto otras veces, pero no la encontré. Cada día estaba más loco por ella.

»El lunes vino a clase resplandeciente, feliz. Aceptó mi invitación y fuimos a tomar un café y, aunque después no quiso cenar conmigo, logré convencerla para que me acompañara al teatro al día siguiente. Cuando estábamos en la puerta del Principal, se presentó ante nosotros un hombre fuera de sí y recriminó a Noelia que no respondiera a sus llamadas ni a sus mensajes. Me miró a mí con desprecio y la acusó a ella de «ligar con niñatos» o algo así. Le gritó que había dejado a su novia

por ella. Después cambió el tono y trató de convencerla para que no entrara conmigo al teatro, quería que se fuera con él. Noelia estaba avergonzada y muy asustada, y yo perplejo. No porque me sorprendiera que tuviera un enamorado celoso, sino por ser yo el objeto de sus celos. En medio de lo desagradable de aquella escena, mi vanidad se sintió confortada. En aquel momento en el que me resultaba difícil distinguir lo real de lo onírico, ella me elegía a mí. Después del teatro la acompañé hasta su casa. Me despidió en el portal y me dio las gracias por la invitación. No me atreví a hablarle de la escena de celos. Ella tampoco dijo nada. Miraba a todas partes al salir del teatro y durante todo el camino hacia su casa. Supongo que tenía miedo a que aquel hombre volviera a aparecer. Me habría gustado ofrecerme para acompañarla en el ascensor hasta la puerta del piso. Pero me faltó el denuedo, y también dar con la expresión adecuada para que no confundiera mi deseo de protegerla con otro deseo. A lo que sí me atreví fue a hacer guardia en la puerta de su casa. No permitiría que ese hombre se acercara. Pasé la noche paseando de un lado a otro de la calle sin perder de vista el portal. Ya había amanecido cuando abandoné la custodia. Ese miércoles la clase de francés acabó unos minutos antes y tampoco pude averiguar a dónde fue Noelia, porque salió corriendo, ni me dio tiempo a hablarle.

»El lunes no volvió. Dijeron que había muerto y grité. Toda la noche estuve aullando a la luna como un lobo. “Ha muerto del corazón”, dijo algún compañero, y el mío se hizo añicos. He dedicado el resto de mi vida a llenar de ella, de Noelia, las aristas de cada uno de esos millones de pedazos.

»Al día siguiente fui a Montecanal. Pulsé el timbre al que ella llamó la noche que la seguí. Me respondió Alejandro Mateos, el famoso pintor. Conseguí que me abriera la puerta y que me descubriera su alma herida por la muerte de Noelia. Le había cogido cariño a esa joven desconocida que una tarde se presentó en su estudio y le pidió que le hiciera un retrato. Quería que la pintara como una diosa en el Paraíso, y le rogaba que lo hiciera en una semana, en dos como mucho. Estaba dispuesta a pagar el precio que él fijara y, si el que ella había calculado no era suficiente, le pagaría en dos o tres plazos. Él se negó al principio, nunca atendía encargos así, pero ella le suplicó, alegó que de aquel retrato dependía su vida; y Alejandro, conmovido por el extraordinario poder que esa chica atribuía a su obra, accedió a pintarla.

»También supe que ella regaló el cuadro al hombre al que amaba.

»Hechas todas las averiguaciones y habiéndome por fin convencido de que nada podía devolvérmela, decidí irme de Zaragoza para que no me pesaran tanto sus recuerdos. No porque no quisiera tenerlos, nunca he deseado que me abandonaran, sino porque aquí me dolían demasiado.

»Me había hecho amigo de Alejandro. Iba a verlo todos los días y me enseñó a pintar. De Zaragoza me fui a Atlanta y después a París, donde empecé a dar clases de pintura, después a Londres, más tarde a Viena y de nuevo aquí. Lo primero que hice al regresar fue venir aquí, a la plaza de los Sitios. Al ver que alquilaban un piso justo en ese portal que pasé velando toda una noche, lo interpreté como una señal y decidí

quedarme. Me he instalado hace poco más de un mes.

Capítulo 33

De camino hacia casa me dispuse a llamar a Rafa y vi que tenía dos llamadas perdidas de Carmen. Rafa me preguntó si me había enfadado por lo que me contó. Le respondí que no y le expliqué que había quedado a última hora y se me había hecho tarde. Nunca Rafa había estado tan locuaz por teléfono, al menos conmigo, y precisamente cuando yo quería colgar para llamar a Carmen. Me contó que Silvia y su marido habían estado por la tarde y que se habían llevado a los gemelos al parque, que él no había querido moverse de casa porque esperaba mi llegada. Dijo que les había puesto unas camisetas que yo les regalé y que estaban muy guapos con ellas. Que Juan ya había aprendido a nadar y que a Guillermo le faltaba poquito. Que habían cenado verduras y pescado, y como vi que no tenía intención de callar, le dije que se me estaba acabando la batería del móvil, que iría a su casa un día de estos y hablaríamos.

—Clara —me ha interrumpido él—, yo la quería.

—Lo sé, Rafa —he respondido.

Tan pronto como conseguí colgar, telefoneé a Carmen, pero no respondió. Cuando llegué a casa la llamé de nuevo. Tenía la voz un poco apagada.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Muy bien, ¿y tú?

—¿No puedes hablar?

—Depende —respondió, y comprendí que su marido estaba cerca.

Le dije que tenía ganas de verla y me contestó que estaban en Bilbao, en casa de su suegra. Como el asunto de Noelia no podía esperar a que Carmen volviese de sus vacaciones, le pregunté si todavía mantenía la amistad con Héctor. Me contestó que sí, sin más. Y me quedé en silencio: no sabía si era tan escueta porque no quería que su marido la oyera y la sometiera luego a un interrogatorio, o porque no quería hablar conmigo de Héctor y menos recordar su relación con Noelia.

—¿Continúa viviendo en Madrid?

—Sí.

—¿Con Inés?

—Sí.

—¿Se casó con ella?

—Sí.

—¿Y han tenido hijos? —mi curiosidad crecía y mi paciencia se acababa.

—Sí. Cuatro.

—¿Cuatro?

—Sí. —Seguramente el diálogo de monosílabos que escucharía Enrique lo

mantendría aún más alerta porque, desde luego, no se estaría enterando de nada.

—¿Tienes su teléfono?

Se quedó callada. De nuevo me encontré con la duda de si no lo tenía, si no quería dármelo para evitar que hablara con él o si lo que no quería era que su marido la oyese dar un número de teléfono.

—¿Tienes su número de teléfono? —insistí.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Será porque quiero hablar con él.

—No.

—¿No lo tienes?

—Sí.

—¿En qué quedamos? ¿Lo tienes?

—Sí.

—Dámelo, por favor, es muy urgente que hable con él. Te prometo que nadie sabrá quién me lo ha dado.

—Vale, mañana.

—¿Mañana? ¿Me llamarás mañana?

—Sí.

Me despedí agotada de aquella conversación.

* * *

Esta mañana, a las ocho ha sonado el móvil. Acababa de despertarme y me he puesto nerviosísima. ¡Por fin! He corrido a cogerlo. Creía que alguien llamaba para ofrecirme trabajo, pero era Carmen; Enrique se había marchado a correr. Me ha preguntado por qué quería hablar con Héctor. He sospechado que si le contaba el verdadero motivo nunca me daría su número —al menos no lo habría hecho la Carmen de antes—, así que le he explicado que lo necesitaba por asuntos profesionales: le he recordado que estaba en paro y que Héctor podía ayudarme facilitándome un contacto. Por supuesto no he sido nada convincente.

—Anda que no te lo crees ni tú. Toma nota —me ha dicho, y me ha dictado las nueve cifras.

Héctor e Inés se han ido de vacaciones a Tuxtla Gutiérrez con los niños y con los padres de Inés. Al oír esto he recordado aquel mes de octubre del año 2000 cuando Inés se marchó al mismo estado mexicano. Él aprovechó su ausencia para ver a Noelia todos los fines de semana y ella infirió que por fin había dejado a su novia. Sin preguntarle, Carmen me ha contado que regresarán a Madrid a finales de la semana que viene, el 25 o el 26 de agosto. Me ha sorprendido tanta información.

—¿Todavía eres amiga de Inés?

—Bueno, digamos que no hemos dejado de hablarnos, pero no tenemos la confianza que teníamos antes.

—Vaya, lo siento —no sé por qué le he dicho eso, no reflejaba precisamente mi opinión.

—No lo sientas. No se ha portado muy bien conmigo. No sé si supo algo de tu amiga Noelia, ni tampoco si lo relacionó conmigo, pero cuando nos vimos después de que ella muriera, estuvo bastante antipática. Traté de hablarle, intenté que me dijera si tenía algún problema conmigo, pero me respondió con un gesto altivo y hasta con desprecio. Ahora seguimos formando parte del mismo grupo de amigos, pero ya no quedamos solas como antes. Se casaron hace siete años. Me invitaron a la boda porque habían invitado a todos los amigos y supongo que uno de los dos debió de considerar que estaba mal excluirme. Recibí la tarjeta, pero no me llamaron como a los demás, así que no fui. Te confieso que tampoco me apetecía. Me acordaba de tu amiga y, bueno, ya sabes que a mí Héctor no me caía muy bien. Por cierto, ha engordado muchísimo, e Inés también. Mira que es más joven que yo, tiene cuatro o cinco años menos, pues parece mi madre. Tengo que colgar, que oigo la puerta. Ya te llamaré en otro momento. Ah, y si hablas con él me cuentas, ¿vale? Un beso.

He puesto el café y me he sentado a llorar. Tantas cosas, tantos laberintos de los que no encuentro la salida. Noelia amaba tanto a Héctor. Es imposible que el amor que Inés sentía por él fuera mayor. Querer más, qué crueldad anteponer un adverbio de cantidad al amor, un signo matemático, resolver la vida con una fórmula aritmética:

$$\text{amo} + \text{a Noelia} = \text{le parto el alma a Inés} + \text{a Inés} = \text{Noelia muere}$$

Y quien se plantea esa ecuación en la cual equis puede ser igual a Inés o igual a Noelia, ese va a seguir con el alma contenta de cualquier modo. Seguirá preparando sus oposiciones, se casará no importa con quien de las dos, tendrá hijos y se irá de vacaciones a Tuxtla Gutiérrez, a Sallent de Gállego o a Salou. La vida es siempre para quien toma las decisiones primero. Si Noelia hubiera dejado a Héctor cuando supo que tenía novia, estaría viva. Si yo hubiera aceptado el trabajo que me ofrecieron hace dos años en una empresa de ascensores, ahora no estaría en paro. En ese momento era importante para mí continuar, prepararme para ascender donde llevaba ya trabajando tantos años. Prepararme. Algunos estamos siempre preparándonos para vivir mientras otros viven.

Trato de consolarme convenciéndome de que voy a sacar algo bueno de este dolor, de esta espera desértica y ceñuda que me seca la piel y me araña el corazón. ¿Pero qué? ¿Qué sentido tiene que me despidieran? ¿Qué sentido tiene que no deje de buscar y de llamar si nadie responde? ¿Por qué tengo que indagar ahora quién mató a Noelia si nadie puede devolverle la vida? ¿Y por qué me pidió que escribiera lo que le ocurrió si no tengo ni idea? ¿Por qué no me contó nada de ese pintor? ¿Y del otro pintor? ¿Qué puedo escribir de un amor del que dice que murió si no sé si Héctor la amó más o menos, o si no la amó nunca? ¿Para qué remover el dolor de Rafa? Ya ha

tenido bastante, ¿para qué hurgar en su corazón? ¿Por qué estoy empeñada en amar a Manuel si él sigue enamorado de Noelia? ¡Y diez años después viene con que quiere investigar su muerte! Creo que está loco, que puso un freno a su corazón para no interponerse entre Noelia y Héctor y eso solo le sirvió para volverse loco por ella. Nada cabe en su cabeza que no sea ella y la historia. ¿Y si fue él quien la mató? Qué absurdo. ¿Cómo se me ocurre? Si hubiera sido así no tendría ningún interés en investigar su muerte.

La cafetera ha empezado a subir. Me he secado las lágrimas y me he preparado el desayuno. He conseguido abstraerme de los celos de Manuel, del recuerdo de Noelia, de Héctor, para solazarme con la ternura, con el tímido entusiasmo de Luis. Sonrío al recrearme en la voz ahogada con que me hablaba en aquel sueño. Debería escribirle un *email*, o un *sms* como aquellos que nos enviábamos bromeando, un *sms* de los que al final llevaban un beso. Cuando empezamos a escribirnos mensajes no nos mandábamos un beso. Él fue el primero que lo puso pocos meses antes de que yo me fuera del trabajo. ¡Oh, Luis, cuánto echo de menos esos signos que deletrean tus besos, la be, la e, la ese y la o, y tus preguntas amables de cada día, tus divertidos comentarios sobre los robots, sobre los planos, sobre las orejas del jefe! ¡Qué tristes son las mañanas sin ti, sin tu barba recortada! ¿Cómo será el invierno sin que nadie proteste porque la calefacción está demasiado alta? ¿Quién abrirá la ventana y dejará que el cierzo frío haga volar las hojas de mi mesa?

No voy a escribirle, no voy a mandarle ningún *sms* porque él tendría que hacerlo. Luis sigue trabajando y a mí me despidieron y ni siquiera se ha interesado por mí: si estoy bien, si he encontrado un nuevo empleo. Nada, ya no hay *sms*, ni bromas, ni besos. Si encontrara trabajo lo llamaría para contárselo, pero ahora no tengo nada nuevo que decirle, todo sigue igual: la misma tristeza con que lo llamé dos días después de que me despidieran, las mismas lágrimas siguen aquí en mi pecho y en mi cabeza. Es igual que las llore o que las contenga. Aquí siguen.

Suena el teléfono y vuelvo a lanzarme a él como una fiera hambrienta. Es Silvia. Dice que estará esta tarde en Zaragoza y que le gustaría verme. Hemos quedado a las siete en el Bole. Hace demasiado calor para estar en una terraza.

Capítulo 34

Alín acababa de abrir el Bole. Eran las siete en punto. He ocupado la mesa que me gusta, junto a la ventana, mientras hablaba con él. Es tan amable. Silvia ha llegado enseguida; estaba muy guapa, llevaba un vestido corto blanco y unas sandalias planas. Se ha sentado frente a mí y Alín ha venido a tomar nota: ella ha pedido un té y yo un zumo de tomate. Enseguida se ha interesado por cómo va mi búsqueda de trabajo. ¡Qué pena no haberle podido dar ninguna buena noticia! Le he dicho que Rafa me contó que habían estado ayer a ver a los gemelos y hemos hablado un poquito de ellos.

—Rafa estaba muy enamorado de Noelia —ha soltado de pronto, y me ha sorprendido porque Silvia conoció a Rafa por Mercedes, su difunta esposa, y entonces ya hacía tiempo que Noelia había muerto. ¿Qué le había contado él de mi amiga? ¿Y por qué Silvia me hablaba ahora de ella? No sabía qué decir. Ella ha guardado silencio un rato, unos segundos que se me han hecho muy largos—. Quizá no hubiera tenido que dejarla sola esa noche estando ella tan desesperada, pero él estaba muy herido —ha continuado, y yo he seguido sin saber qué decir. Me he bebido el zumo casi de un trago.

—¿Quieres otra cosa? —le he preguntado, y he visto que su vaso estaba todavía lleno—. Aquí hacen unas tapas exquisitas. Te recomiendo la coca de boquerones.

—Rafa estuvo hablándome de Noelia ayer —ha dicho Silvia como si no me hubiera oído o como si no quisiera de ninguna manera perder el hilo de la conversación. Tenía el cuerpo inclinado hacia mí y los ojos clavados en los míos. Apoyaba los codos y los antebrazos en la mesa y hacía girar el vaso con las manos—. Estaba muy enamorado de ella y creía que era correspondido, por eso fue tan doloroso para él saber que solo era un amigo para ella, un amigo que siempre estaba ahí para enjugarle las lágrimas.

—No hables así de Noelia, por favor.

—Perdóname —ha rectificado enseguida—, no he querido decir nada malo de tu amiga. Me refería a que él nunca le dijo que no a nada porque la amaba, y cuando ella necesitaba estar con alguien lo llamaba a él.

También eso me ha hecho daño. Su amiga era yo. Yo era quien tenía que estar ahí cuando ella me llamaba; sin embargo, ni siquiera acudí cuando pude salvarle la vida. En efecto, Rafa había sido mejor amigo que yo. Aunque esa noche la hubiera dejado sola.

—Le dijo a Rafa que su corazón estaba roto y que sentía que estaba muriendo de amor. Ella agonizaba de amor por otro y lo declaraba ante quien se estaba consumiendo por ella.

—Pero Rafa no murió —me he apresurado a defender a Noelia porque las palabras de Silvia estaban haciendo rasguños en la memoria de mi amiga y en mi alma.

—Lo siento, Clara. Siento muchísimo tener que recordarte algo tan doloroso, pero Rafa me pidió que lo hiciera. Está muy preocupado por lo que pienses de él. Eres su amiga. Teme que, después de lo que te dijo el otro día, vayas a culparlo por haber dejado a Noelia sola en casa aquella noche, y pueda perder tu amistad.

—Él la dejó sola y yo no acudí a su llamada. Vaya amigos. Descuida. Puedes decirle que esté tranquilo. Ni voy a culparle de nada ni va a perder mi amistad.

—Le aliviará saberlo, pero ¿por qué no vas a verlo y se lo dices tú?

—Necesito un poco de sosiego. Todo esto me está confundiendo un poco. Cuando esté más tranquila y pueda hablar de ese asunto con serenidad, iré a verlo.

—¿De qué murió Noelia? —me ha preguntado.

Nos ha interrumpido una mujer que vendía números de la Once. He declinado con una sonrisa y un gesto, pero Silvia ha sacado enseguida la cartera y le ha comprado dos: uno me lo ha regalado y otro se lo ha guardado en el bolso. He querido pagárselo, pero no me lo ha permitido.

—A ver si tenemos suerte —le he dicho.

—Sería estupendo que nos tocara a las dos. Y si no, bueno, es una manera de ayudar.

—Sí, por supuesto.

—¿Sabes? —ha susurrado inclinándose un poquito más hacia mí—, una de las primeras palabras que vinieron a mi cabeza cuando me diagnosticaron el cáncer fue *colectivo*. Nunca me gustó esa palabra. Es una cárcel con la que se encasillan a las personas en grupos, como si nadie pudiera entrar ni salir de ellos: el colectivo de los inmigrantes, el colectivo de los parados, el colectivo de los discapacitados, el colectivo de mujeres maltratadas, el colectivo de los enfermos de Alzheimer, el colectivo de los enfermos de cáncer... No existen colectivos, existe un extensísimo mundo donde estamos todos y donde una misma persona puede un día ser un trabajador bien remunerado y al día siguiente estar en las listas del paro; donde uno puede llegar a ser un inmigrante sin haberlo deseado ni imaginado nunca; donde una persona sana pasa a estar enferma de un momento a otro, o a curarse. Incluir a una persona en un colectivo, referirse a ella por su condición de parada, enferma, inmigrante, etc., me parece una crueldad. Para algunos yo había pasado a formar parte del colectivo de los enfermos de cáncer o, más exactamente, del colectivo de mujeres con cáncer de mama. Y, de verdad, no es que rechazara esa denominación: lo que no soportaba era esa visión de conjuntos que se observan desde fuera con lástima, e incluso con cierto aire de superioridad. Ese *colectivo* al que no pertenezco y al que nunca perteneceré porque, como sabes, hay algunas cosas que solo les suceden a los demás. Eso creemos. Tal vez sea el único modo de vivir con un poco de tranquilidad, pero, a mi juicio, si supiéramos salir de esta perspectiva seríamos todos bastante más

generosos y compasivos. Lo que me sucede ahora es que me identifico tanto con todas las personas que tienen algún problema que hago lo que me pidan por ayudarles, si está a mi alcance: compro cupones, dono, apadrino a niños, etc. Nunca sabe uno si se va a encontrar alguna vez en la misma situación que quien le pide ayuda.

Ahora yo estoy en el *colectivo* de los parados —he acatado—, y tiene razón Silvia, jamás imaginé que entraría a formar parte de este grupo. De haber considerado esta posibilidad, habría prestado más atención a las inquietudes y a las necesidades de quienes no tienen trabajo. Y seguro que si hubiera tenido en cuenta que yo podía estar un día en el paro, habría hecho algo por evitarlo. Pero cuando nos convencemos de que algunas cosas nunca nos pueden pasar, las situamos de tal modo al margen de nuestras perspectivas que nunca llegamos a considerarlas. Silvia continuaba hablando y yo me había perdido una parte de su discurso porque estaba atrapada en el mío, en mis introspecciones. Se refería de nuevo a Rafa y a Noelia.

—No le reproché a Rafa que se hubiera marchado de casa de Noelia aquella noche —me he defendido—, solo me mostré extrañada porque no dijo a nadie que había estado con ella unas horas antes de que ella muriera.

Silvia ha callado y ha asentido con la cabeza.

—Cuando una persona muere, todos cuentan la última vez que estuvieron con ella —he continuado—, más aún si fue tan reciente su encuentro. Todos dicen cómo estaba, qué les dijo, etc. Rafa ni siquiera mencionó que estuvo con Noelia esa noche. ¡Nada!

—Tal vez se sentía avergonzado porque, en contra de lo que él se había figurado, lo que Noelia le dijo fue que no estaba enamorada de él. No es agradable contar eso.

—Puede que tengas razón. De todos modos, no importa, Silvia. Pasó hace demasiado tiempo.

—Eso es lo que yo le dije, pero insistió en que tú te habías enfadado mucho con él. Rafa es una persona muy sensible y lo ha pasado muy mal. Lo de Mercedes fue terrible, aún no se ha recuperado.

—¿Crees que Rafa...? —he preguntado—. ¿Rafa sería capaz de...?

—¿Qué? —me ha interrumpido Silvia al ver que yo no era capaz de completar la pregunta.

—No sé. De vengarse de Noelia de alguna manera.

—¿Vengarse? ¿Qué quieres decir? ¿Que la dejó sola en casa desesperada para castigarla?

—No. No quiero decir eso. No quiero decir nada.

—No me has dicho de qué murió Noelia.

Iba a decirle que murió de amor. Acaso ella, Silvia, que enfermó de odio, podría haber dado un poco de luz a esta oscuridad en la que vivo. Pero en ese momento ha entrado Enrique, el marido de mi amiga Carmen, en compañía de otra mujer, y todo se ha puesto aún más negro. Ha apartado una silla de la mesa para que ella se sentara

y él se ha acomodado enfrente. Me habría esforzado en creer que era su prima, su compañera de trabajo tal vez, de no ser porque he visto cómo se miraban y cómo se cogían las manos sobre la mesa.

—Se me está haciendo tarde, Silvia. Lo siento. Llámame otro día.

—Perdona, no debería haberte preguntado.

—No, no es eso. Es que tengo que irme.

—¿Por qué no vienes un sábado o un domingo a comer a San Mateo? Si te apetece, podría invitar también a Rafa; los niños estarán muy bien allí. Seguro que pasaremos un buen día.

Nos hemos despedido en la calle. Me costaba prestar atención a lo que me decía; desde el cristal veía a Enrique acariciando las mejillas de esa mujer.

Capítulo 35

Llevo tres días sin escribir. Si el verano se me ha hecho largo y difícil en paro, las vísperas de septiembre, cuando todos vuelven al trabajo tras las vacaciones y mi teléfono sigue mudo, están siendo insoportables. No he abierto los *emails* de mis amigos, no tengo ganas de ver a nadie, no he querido ni pensar en Noelia porque mi tristeza no es capaz de aguantar otra agonía, aunque sea pasada. Nadie llama. Nunca imaginé que estar en el paro podía ser tan doloroso; al cabo —he considerado siempre—, no es una cuestión de salud, ni de amor, que eso sí que duele. Pues el paro también tiene la capacidad de horadar las entrañas; es un mal distinto, pero puede llegar a ser tan intenso como el que causan las penas de amor. Ni siquiera tengo pesadillas, la realidad es suficiente tormento: un teléfono que dejó de sonar hace casi dos meses, las duchas de los vecinos a las siete de la mañana que me recuerdan que yo antes también madrugaba y que ahora nadie me espera a las ocho, ni a las nueve... No hay «buenos días», ni «hasta la tarde», ni «mañana acabaremos este proyecto». No hay compañeros, ni hay jefes, ni robots, ni planos, ni ideas, ni programas europeos, ni reuniones... Soledad. Eso hay. Una soledad que no espera otra cosa que soledad porque tiene miedo a esperar y a verse defraudada. Porque cuando me lleno de optimismo y el teléfono sigue callado, advierto que la espera y la confianza son las verdaderas semillas de la amargura y de la desesperación.

Las hojas de la acacia que hay frente a mi balcón están quietas. Inmóviles como si el cosmos estuviera parado. Así está mi mundo: parado, callado, triste. Solo las lágrimas avisan de que hay vida aquí dentro aunque nadie se acuerde de ella, aunque nadie se acuerde de mí.

Son las 20:50 horas del 29 de agosto de 2011 y nada indica que vaya a empezar a trabajar en septiembre, como deseaba. No concibo la vida sin trabajo, como otras veces no la he concebido sin amor. No concibo la vida sin trabajo después de veinte años de vida laboral ininterrumpida. Me ahoga la desesperanza y siento que a cada paso nuevo que intento dar me doy de bruces contra un muro de piedra. No trabajar es una condena: una condena agria y feroz.

Capítulo 36

Después del número que Carlos le montó a Noelia a la entrada del Principal, cuando fue al teatro en compañía de su alumno Antonio Balaguer, ella ya no podía dormir toda una noche entera. El teléfono sonaba a cualquier hora. Noelia empezó a tener miedo. No lo desconectaba porque temía que pasara algo en su familia y ella no se enterara. Descolgaba sin responder y, al otro lado del auricular, alguien le hablaba con la voz distorsionada, como si fuese un muñeco diabólico. «Eres una guarra», le decía, y otros insultos por el estilo a veces acompañados de amenazas. Tenía pavor. La noche empezaba a hacerse su enemiga. Fue a ver a un antiguo compañero de trabajo que ahora era fiscal en la Audiencia de Huesca, aunque vivía en Zaragoza, y se lo contó. Él le recomendó poner una denuncia para que la Policía interviniera su teléfono, e incluso le ayudó con los trámites. Igual que me contaba que recibía esas llamadas, me dijo después que había recuperado la tranquilidad al saber que la policía las controlaba. Como he confesado ya, guardar secretos no era lo mío en aquella etapa de mi vida, y se lo conté a David. Él debió de informar a Carlos porque, desde aquel día, no volvió a molestarla por teléfono. Noelia me preguntó varias veces si yo se lo había dicho a alguien, porque solo yo, además del fiscal, naturalmente, sabía que tenía el teléfono intervenido. Yo negaba siempre, por supuesto.

Me siento tan culpable. No puedo dejar de llorar. No sé dónde tenía escondidas tantas lágrimas. Entre mis problemas de trabajo y el recuerdo de Noelia... Se han acabado las pesadillas, pero ahora me despierto muy de madrugada y lo primero que experimento es ausencia. Ausencia de planes, de proyectos, de citas profesionales, de reuniones, ausencia del cierzo que me arañaba la cara cuando iba camino al trabajo por las mañanas, ausencia de tacones, ausencia de maquillaje, ausencia de Luis. Todas las mañanas como si ocurriera de pronto, como si hubiera tenido trabajo justo hasta ese instante en que me despierto y oigo el sonido del agua de la ducha del vecino. Así caen estos días mis lágrimas, igual que una ducha, una ducha que tiene estropeado el grifo para cortar el agua. Hoy he conseguido tranquilizarme leyendo un libro de autoayuda: pensamiento positivo para lograr los objetivos. Sin embargo, ahora, al ponerme a escribir, estoy tan arrepentida de mi deslealtad con Noelia..., de haber contado su secreto, nuestras confidencias, de no haber estado con ella cuando me necesitaba. Silvia lo dijo: cuando necesitaba estar con alguien llamaba a Rafa. Él siempre respondía, pero yo... Solo espero que estas páginas sirvan no solo para cumplir su deseo, sino para redimir mi falta de lealtad y mi falta de generosidad. Pero estos días me cuesta tanto escribir, me cuesta tanto todo... ¿Hasta cuándo podré aguantar esta vida sin trabajo? Acabo de hacerme un perfil en varias páginas de Internet, pero solo ofrecen sueldos inferiores a lo que cobro del paro. Lo que quiero

es trabajar, emplear mis conocimientos y mis habilidades, servir a los demás, relacionarme, aprender, mejorar, ducharme a las siete menos cuarto de la mañana, desayunar, maquillarme, vestirme, ponerme los tacones, coger el bolso e ir a trabajar. Encontrarme con los compañeros y con Luis. Pero ¿cómo hacerme entender si ni yo misma había imaginado nunca que quedarme sin empleo me haría estos agujeros en el alma?

Rafa acaba de llamarme, me ha invitado a cenar en su casa esta noche. Le he dicho que no podré.

De Manuel no sé nada desde que estuvimos con el pintor. Conociéndolo, seguro que ha vuelto a verlo; ahora tiene la excusa perfecta para llamarlo, para estar con él: averiguar quién mató a Noelia se ha convertido en su obsesión. Si él supiera que se puede morir de amor, y si sospechara que se puede envenenar el alma... Carmen me ha escrito un *email* para preguntarme si he sabido algo de Héctor; ya ha regresado de Tuxtla Gutiérrez. No tengo ahora valor para enfrentarme a él, y menos para responder a Carmen. ¿Le digo que he visto a su marido con otra mujer? No. Hoy no. Si alguien me llamara en este momento para ofrecirme trabajo me llenaría de energía para hacer todas esas cosas y más. Iría a cenar a casa de Rafa, cogería el primer AVE y me plantaría en Madrid para hablar con Héctor, llamaría a Manuel, visitaría a la madre de Noelia, y tantas otras cosas para las que no tengo fuerzas ahora.

Capítulo 37

Noelia:

Aún jueves, me siento completamente Viernes en la soledad compartida con mi otro yo, melancólico y civilizado. Le veo y siento lástima. Yo, Viernes esperanzado, deseo huir de este islote sórdido y surcar el trémulo mar, orientado por estrellas benévolas, hacia el lugar de la vida, del recuerdo esencial.

Ahí, en alta mar, azotado por vientos vivificantes, persigo con la mirada las formas de la belleza, la verdad y el deseo. Una sirena que se parece increíblemente a ti, Noelia, se dibuja en el horizonte y muestra, resolutiva, el camino del Paraíso.

Tomo tierra sin percibir su solidez, respiro un aire incensado, unas gotas como de rocío eterno resbalan por mi cuello y un fuego, un fuego abrasador enciende mi corazón.

Así es como me sentía cuando me acercaba a ti, cuando, clavado a la redondez de tus ojos, mis brazos y manos creen dibujar las curvas de tu cintura. El brillo era cegador cuando al fin ceñían el talle perfecto. Mi cuello se escoraba levemente acompasado a tu meditado escorzo y entre las brumas de una lánguida ceguera la superficie anhelante de mis labios encuentra su destino en la dulzura de los tuyos. Entrelazados, las bocas ofrecían su manjar en una desenfrenada búsqueda de lenguas atadas y desatadas, de cavidades aperladas. Comprendía la tierra la deleitosa ecuación de la unidad y transmitía sus temblores a nuestra piel, y de esta manera da comienzo el baile de dos cuerpos que se buscan y se encuentran, como en un tango estremecido. Se fundían almas y cuerpos, entre quejidos, y encontraban en su derrotado desmayo, en el deliquio primitivo, el premio a sus desazones.

¿Cómo no voy a desear, Noelia, el retorno a nuestro Paraíso este sábado?

Pide y yo prometo regalar la magia del juguete no usado, de gastar a espuestas almas y cuerpos renovados por los besos, el vino, la música, las caricias, el diálogo balsámico, de adentrarnos en el seductor abismo de la noche como si siempre fuera la última.

Ven, Noelia, este sábado al Paraíso. Ven y pídemelo lo que quieras. Yo, Viernes transmutado en Sábado, lo imploro.

Para convencerte, saborea estos besos que te mando como si fueran uvas sabrosas de un pámpano inimaginable; estos besos que te manda

Héctor

El jueves anterior al último sábado de diciembre de 2000, fecha que Noelia había señalado con un círculo rojo en el calendario, como todos los días en que tenía una cita con Héctor, recibió este «ansioso» *email*. También lo imprimió y lo guardó en el bolsillo de su diario. Supongo que se deleitaría leyéndolo, recreándose en el deseo ardiente que él tenía de estar con ella y, posiblemente, imaginando su decepción (la de él) cuando le dijera que esa iba a ser su última noche, porque ella ya no estaba

enamorada de él y no quería volver a verlo. Es lo que Noelia repetía esos días, me lo repetía mí y a ella misma, pero ¡cómo se engañaba! Lo amaba más de lo que creía, más de lo que admitía.

* * *

Era la víspera de Nochevieja y se cumplía un año y diez días desde que Noelia y Héctor se conocieron. Ahora hacía casi dos meses que no se veían, pero en el corazón y en la piel de Noelia, en contra de lo que ella fantaseaba, en contra de lo que habría deseado, todo estaba intacto.

La imagino con aquel abrigo de color piedra, largo, que tanto le gustaba. Ya no me acuerdo, pero seguro que iría a la peluquería, que se pondría el vestido o el conjunto que más le favorecía y que estaría una hora maquillándose. Y él debió de derretirse cuando la vio; no puedo concebirlo de otra manera, salvo que careciese de agudeza visual. Quizá era así y Noelia no lo sabía. Nunca se refirió a sus defectos, solo alguna vez a su tacañería. Por eso me sorprendió que aquel sábado la invitara a cenar en La Granada. Qué coincidencia; el mismo restaurante en el que había estado cenando con el pintor. ¿Lo elegiría ella en esta ocasión? Me contó que los dos estaban nerviosos, como una pareja de adolescentes enamorados que quedan por primera vez. Apenas probaron lo que les sirvieron. Pasearon después por Independencia. A veces él se atrevía a cogerla por la cintura y ella fingía no darse cuenta. Bajaron por la calle Alfonso ya de la mano, se sentaron en un banco de la plaza del Pilar y contemplaron el belén. Desafiando las bajas temperaturas llegaron hasta el Ebro. Cruzaron el puente de Piedra abrazados y estuvieron un buen rato asomados al cauce. No debían de sentir el frío: hablaban, reían. A veces a él se le escapaba un beso. Pasaban ya de las dos de la madrugada y, aunque era sábado, apenas había gente por la calle. Toda la noche, todo el río, todo el cielo estrellado, el universo entero para ellos. Y tal como había sucedido en agosto, lo que iba a ser un final volvió a ser un comienzo. Se despidieron a las ocho y veinte de la mañana. Él se marchaba a Jaca a pasar la Nochevieja con dos amigos. Habían alquilado un apartamento. Ella celebraría el fin de año con los suyos —entre ellos, yo— en Zaragoza.

—No va a pasar la noche con ella —recuerdo que me dijo cuando me llamó cerca de las tres de la tarde para quedar esa noche. Y supe así que seguía enamorada.

Capítulo 38

Nos reunimos para cenar una treintena de amigos y nos habían puesto las sillas muy apretadas para aprovechar el sitio, pues había unas cuantas pandillas más en el mismo restaurante. Era difícil moverse de la mesa una vez que habías conseguido tomar asiento, y también lo era saber qué copa era de cada quién y qué cubierto estaba dispuesto para cada cual. Pero, antes de avanzar más, diré que aquella noche Noelia ya tenía móvil. Lo tenía desde hacía unas tres semanas y se lo había contado a Héctor en un *email* al tiempo que le indicaba su número. Él le respondió así sobre este asunto:

Respecto al móvil, lo apunto gustoso, pero desde aquí te recomiendo que sus dígitos los pases al menor número de personas posible. Que te conozco, coquetona, y habrás de arrepentirte de unos arranques que, por «bienquedados», solo te traerán una cohorte de llamadas y mensajes en tropel. Hordas de mensajes, Noelia...

Noelia encajó el teléfono en el escaso espacio que había entre sus copas y las mías. Dijo que lo llevaba para llamar a sus padres después de las uvas. Todavía no habíamos acabado de acomodarnos todos cuando sonó. En la pantalla leyó un número que no estaba en su agenda. Descolgó y se le encendió la cara. Sus ojos parecían diamantes negros. ¡Era Héctor! No sé cómo lo hizo, pero mientras hablaba logró levantarse, cruzar el restaurante sorteando la multitud y las mesas apretadas y salir a la calle. La veía cada vez que alguien abría la puerta para entrar o salir, a veces de espaldas, otras de perfil mirando al cielo, siempre sonriendo. Cuando volvió ya nos habíamos comido el primer plato, pero qué más daba. Estaba exultante.

—Me ha dicho que no ha dejado de pensar en mí en todo el día y que me está echando mucho de menos —me contaba mientras pelaba las gambas con el cuchillo y el tenedor.

—Pélalas con la mano.

—No, que te pringas mucho y luego huelen los dedos aunque te hayas lavado. Están en Jaca y me ha llamado desde una cabina. ¿Tú sabes si las cabinas tienen un número con prefijo?

—Supongo, no sé.

—Es un 947, ¿sabes si es el prefijo de alguna provincia?

—Pero si está en Jaca sería 974.

—Pues es un 947, por eso me mosquea —seguía mientras se esforzaba sin éxito por cortar el jamón y algunos le gastaban bromas viéndola tan afanada en la ardua

tarea.

Su voz se abría paso entre el bullicio con suavidad y me llegaba con una nitidez sorprendente. Qué guapa estaba. No se le notaba nada que no había descansado la noche anterior. El amor era para ella el mejor sueño, y su cara de porcelana mentía, aparentando que había dormido profundamente al menos doce horas seguidas. Se había maquillado los ojos con reflejos plateados y parecían aún más grandes y brillantes. Llevaba un vestido negro sin mangas que se ajustaba perfectamente a su talla, con un escote amplio y sugerente.

—Le he dicho que llevo un vestido rojo.

—¿Por qué?

—Porque siempre me dice que estoy preciosa de rojo. Si sabe que me he vestido así para los demás se pone celoso. Y eso quiero, que esté celoso.

Se había rendido con el jamón y estaba acabándose un pudín de atún mientras a los demás nos recogían los platos. El teléfono sonó de nuevo.

—¡El mismo número! —exclamó descolgando al mismo tiempo que se levantaba. Y al apartar la silla empujó sin querer al camarero, que llevaba más platos de cuantos era capaz de sostener. Él cayó al suelo y los platos volaron dejando en nuestras ropas el recuerdo de aquel momento para toda la noche. Solo el vestido negro de Noelia quedó intacto. No se dio ni cuenta de que se caía el camarero porque ya iba hablando por el móvil y buscando el camino a la salida del restaurante.

Volvió aún más refulgente. Como si las estrellas le hubieran regalado sus destellos en esa noche tan especial. Traía las manos heladas y la cara ardiendo.

—Dice que han acabado de cenar y que, mientras sus amigos preparan las uvas, él ha bajado a la cabina a llamarme. Quería saber con quién estoy, si lo echo de menos. ¡Ay, Clara, qué emoción!, ¡está enamorado! Te has manchado el top. Era otra vez el 947. Me dijiste que su novia era de un pueblo de Burgos, ¿no? No me extrañaría nada que estuviese pasando allí la Nochevieja. Igual está en su casa y con su familia y se está dando cuenta por fin de que a quien quiere es a mí.

—¡No hables tanto y come! Van a ser las 12 y no te has comido todavía el asado. A nosotros nos están sirviendo ya el postre —le gritó desde un extremo de la mesa Oscar, otro de los amigos.

Unos se pusieron a bromear con las llamadas, otros le contaron la caída del camarero, y ella reía sin parar y seguía las bromas. No acabó el asado porque sonó otra vez el teléfono. Esta vez no la dejamos salir, puesto que ya nos estaban poniendo las uvas y faltaban pocos minutos para las campanadas. La vi dar besos al teléfono y la oí decir «yo también te quiero».

—¿Otra vez ha bajado a la cabina? —le pregunté.

—Sí.

—Pues como no esté justo debajo de la casa, no sé si va a llegar a las uvas.

Nos hicieron callar a gritos porque en la tele anunciaban los cuartos. Los granos de uva entraban en las bocas entre carcajadas. Me parece que fue la Nochevieja más

divertida de mi vida, y también creo que lo fue para Noelia. Héctor la llamó tan pronto como habían acabado las campanadas. Los demás no lográbamos llamar para felicitar el año a nuestros padres o a nuestros hermanos. A mí Noelia me dejó su móvil cuando terminó de hablar con Héctor y con sus padres; pero, antes de que yo comenzara a marcar, volvió a llamar él y le pasé el teléfono. Como nos habíamos levantado todos para darnos besos, abrazos y desearnos lo mejor para el año que empezaba, después fue imposible volver a sentarnos como estábamos. Los camareros empezaron a retirar las mesas y las sillas hacia la pared y fueron haciendo una pequeña pista de baile que iba creciendo conforme recogían y desmontaban las mesas, que no eran otra cosa que tableros apoyados sobre caballetes.

Noelia y yo no dejamos de bailar en toda la noche. Bebimos champán, brindamos y reímos sin parar. Ella salió cinco veces más a la calle porque Héctor no se cansaba de llamarla desde aquel 947 para decirle que se moría por ella esa noche en Jaca. A ella no le importaba la mentira sobre el lugar, ¿qué interés tenía ese pequeño detalle salvo para hacerle más evidente que la amaba de veras? Si estaba con su novia y la llamaba a ella a cada rato era porque su corazón no estaba con él. ¿Qué necesidad tenía de engañarla si no era porque la quería, porque prefería su amor, porque había decidido que sería esa su última mentira? Esa ansiedad, esa necesidad de ella que él manifestaba en sus reiteradas llamadas, era para Noelia un signo claro de que la amaba, de que no podía vivir sin ella. La mentira confirmaba que no quería que supiera que estaba con Inés.

Acabamos la noche tomándonos unos enormes bocadillos de calamares en un bar del Tubo mientras comenzaba a clarear el día.

Antes de acostarse, Noelia comprobó que, efectivamente, el 947 era el prefijo de Burgos, que el número desde el cual Héctor la llamaba era casi el mismo que el del ayuntamiento del pueblo donde vivía la familia de Inés, solo cambiaba la última cifra, y que era, en efecto, el de una cabina telefónica. Se desmaquilló y se acostó satisfecha, enamorada y feliz.

A las ocho de la tarde de ese mismo día, cuando él la llamó al teléfono de su casa, ella le preguntó si había llovido en Jaca y él no supo qué responder.

Capítulo 39

Volvieron a verse en Zaragoza el jueves siguiente, y se amaron de nuevo. En un momento en que Héctor salió de la habitación, Noelia sacó de su bolso un estuche de colorete y su frasco de perfume; se puso un rubor en las mejillas y se roció el cuello con el pulverizador. Iba a guardarlo cuando vio la camisa blanca de Héctor a los pies de la cama y también la perfumó; así se acordaría más de ella, la seguiría sintiendo en su piel cuando ya no estuvieran juntos al día siguiente.

Ella se sentía amada más que nunca y más que nunca enamorada. Volverían a verse la noche siguiente, la noche de Reyes. Aunque él tenía que ir a Madrid por la mañana por asuntos que no concretó, regresaría a la hora de cenar y se quedaría dos días con ella. Para Noelia no cabía mayor felicidad. Era la primera vez que pasaban juntos tanto tiempo seguido. Ni siquiera aquel primer fin de semana de agosto habían estado tantas horas sin separarse.

Cuando regresó de Madrid la noche de Reyes, le trajo un regalo: una caja de jabón, loción corporal y agua de colonia. A ella le emocionó tanta generosidad. A mí me pareció ¿escaso? ¿Poco romántico? ¿Inapropiado? ¿Cutre? Bueno, todo eso y más cuando me dijo que se notaba que lo había comprado en un supermercado y lo había envuelto él mismo. Pero ese pequeño detalle no tenía ningún significado para una mujer tan enamorada como Noelia. Escondió el frasco de su perfume favorito en el fondo del armario y decidió reservarlo para otras ocasiones; cuando saliera con Héctor, se pondría la crema y la colonia que él le regaló. Lo estrenó el mismo día de Reyes por la mañana. Pasearon por el parque Grande, por Gran Vía, por Independencia, y volvieron a mirar el río. Fueron horas de frío y de calor extremos, de amor y de caricias, de pasión desatada, de sueños, de secretos callados y de miedos. Noelia empezó a sentir miedo a perderle. Le escribió este *email* al día siguiente, pocas horas después de que él se marchara:

Aquí estoy amándote, Héctor. Como se ama a la Vida.

Este año que ha comenzado no me he sentido desprotegida ni un solo instante. Nos vemos con más frecuencia que nunca y no dejas que pierda el sabor de tus besos, ni que tus caricias se desprendan de mi piel.

Me siento más tuya, más amada, más feliz. Tanto que tengo miedo. Anoche me hablabas del abismo cuando nos asomábamos al río y hoy miro en cualquier dirección y todo lugar y todo tiempo donde no estés tú conmigo me parecen abismos aterradores. Solo me conforta el recuerdo de tus palabras: «nunca te perderé».

Noelia

Noelia:

Nunca te perderé, lo sabes. En caja de plata, a modo de relicario, guardo todos y cada uno de los momentos que hemos pasado juntos. Es difícil comprimirlos en tan exiguo espacio, pero el amor que los enlaza asombrosamente permite que, una vez abierta la caja, cada recuerdo se engarce, a tamaño natural, con el siguiente. Resulta un abanico prodigioso, ¡qué digo!, un círculo perfecto en su redondez, ¡no! Son los concéntricos, el secreto, la armonía.

Esa parte de ti que me llevo, codicioso, dicta las divinas palabras, aquellas que, inscritas en una piedra ajena a cualquier erosión, rezan litúrgicos «te amo».

Sí, Noelia mía, te amo mucho, y lo sabes.

Pase lo que pase, como dije tiempo atrás, como prometí el sábado, seguiré siendo tu héroe, el caballero abatido, aquel que conoce el secreto para hacerte feliz. Y feliz serás estos días, feliz tu porvenir. En mi bola encantada se cifra el mundo que será y en ella estoy a tu lado.

En los malos momentos, piensa en mí y avanza decidida, que el oro relumbrante que posees por naturaleza alumbra siempre los más oscuros laberintos.

Un caballero jamás pierde a su dama, porque estos seres de realidad ensoñada — pero realidad más real que la real— viven para siempre. Y lo sabes, Noelia. Incluso cuando nos falle la memoria nuestra caja de plata volverá, una y otra vez, a iluminar la pizarra del Paraíso. Y sus dos nombres: Noelia y este que te escribe.

Héctor

Capítulo 40

Los mensajes y las llamadas les ocuparon todas las horas del día y casi de la noche hasta el jueves siguiente, cuando volvieron a verse. En esta ocasión fue en la presentación de una revista. Allí estaban también Manuel y otros conocidos y amigos de uno o de otro. Noelia y Héctor quedaron para encontrarse allí, y acudieron por separado. Él llegó tarde. Ya había empezado el acto y se habían apagado las luces que iluminaban la sala, pero el reflejo de los focos del escenario permitía distinguir con claridad a los asistentes. No obstante, no distinguió o fingió no distinguir a Noelia, que se había sentado en la parte de atrás para ver a Héctor tan pronto como entrara y había reservado una butaca para él a su lado. Él avanzó por el pasillo de la izquierda y se acomodó en la tercera fila. Entre avergonzada por no haber permitido que nadie se sentara a su lado y triste porque él no la había buscado con la mirada nada más entrar, Noelia estuvo durante toda la presentación sumida en sus pensamientos, en su decepción, pero también en su esperanza que, aunque frágil, preservaba la semilla que aún podía hacer realidad sus sueños. Hilaba recuerdos dulces y amargos, intuiciones, señales de alerta que le enviaba la memoria y la agitación de su alma. En la última conversación que habían mantenido esa tarde por teléfono, él le pidió que se pusiera la colonia que le regaló, y ella así lo hizo, aunque, visto el caso que le hacía nada más entrar, ya se estaba arrepintiendo. Noelia también tenía un regalo para él. Se lo daría el sábado, un regalo que él no esperaba, una obra de arte, una pintura de Alejandro Mateos, un genial artista al cual Héctor no se cansaba de elogiar: su dominio del color, la perfección de las formas, la sabiduría de cada pincelada, las emociones reflejadas a través de los ojos de sus retratos... Sabía que él nunca se desprendería de ese cuadro porque, aun si no era capaz de apreciar su valor sentimental, sí reconocería la calidad artística. También podía venderlo, pero Mateos había escrito encima de su firma: «Para Héctor Mora». Ella había posado para el pintor igual que Héctor la dibujaba en sus *emails*:

Como una diosa, avasalladora, con dos ojos por heraldos de un ejército de belleza. El pelo salvaje, las orejas leves, los labios rojos e invasores, el cuello de gacela, los lunarcillos sabiamente repartidos por una piel tersa y suave, por un territorio que dice —elocuente en su maravilla para el asombro del cartógrafo— de paraísos primitivos.

Noelia esperaba con emoción el momento para entregárselo y leer en sus ojos la impresión que le causaba, verlos llenos de almíbar y estramonio. Quería contemplar en ellos la pasión, la alucinación y los celos al hombre que la pintó. Pero ¿y si la

decepcionaba una vez más? ¿Y si no le importaba que fuera ella la modelo? ¿Si solo le importaba el autor? Imposible, y no obstante, acababa de desilusionarla hacía un momento. Entró en la sala como sin importarle que ella estuviera. Acaso la vio y avanzó hacia las primeras filas para no sentarse a su lado. Era mejor no pensar en eso ahora, no podía permitir que las lágrimas le enrojecieran los ojos y le corrieran el rímel. Buscó en su memoria otros recuerdos que le alegraran la mirada y se acordó del último *email* que había recibido justo antes de salir de casa para acudir a la presentación:

Noelia:

Así, envidioso de la atmósfera que te acoge mientras lees este mensaje, te escribo.

Envidioso del aire, sí, de las ráfagas que corretean junto al lóbulo de tus orejas, que estremecen esa escalinata tersa que llaman —debidamente en tu caso— cuello; envidioso del sol que acaricia tu piel; envidioso de las sombras que se estiran para refrescar tus labios.

Con este sano furor, mis hombros son ahora aspas que se mueven sin sentido, que solo lo encuentran contigo, en el mismo momento en que este molino de hombros y brazos se convierte en el héroe que deseas.

Tú eres, Noelia, la pócima que me convierte en héroe; tus besos suministran el bebedizo mágico, el divino licor. Dámelo, vénceme, y termina por una vez con este mago desterrado.

Te amo y voy a ti, impaciente por besarte y abrazarte.

Héctor

¿Dónde ocultaría Héctor tanta impaciencia? Al acabar el acto, los asistentes se reunían en un salón contiguo donde ofrecían bebidas y canapés. Ella entró sola y saludó primero a Manuel, habló con él un rato sin perder de vista a Héctor, quien le estaba soltando un buen discurso a la directora de la revista que se presentaba. Manuel le dijo que estaba resplandeciente y reparó en que su perfume no era el de siempre. Héctor lo vio acercando su cara al cuello de Noelia y abandonó a su interlocutora para abalanzarse sobre su amante antes de que la nariz de Manuel llegase a rozarla. A punto estuvo de besarla en la boca para que el testigo viese que se amaban, pero pudo más el temor a que otros los miraban y optó por darle dos castos besos en las mejillas. A ella se le llenó la garganta de saliva, cerró los ojos y abrió los labios mientras sus caras se acercaban. Más que los dos besos de pose le satisfizo el modo abrupto en que Héctor dejó su charla con la anfitriona para evitar que Manuel se acercase a ella más de lo convenido; porque Manuel le había dado a Héctor su palabra de que respetaría su «relación» con Noelia.

Chema, un paleontólogo de Teruel amigo de Manuel y conocido de Héctor, se unió al grupo y, cuando la gente comenzaba a abandonar el lugar donde se había

servido el ágape, el turolense les propuso ir a tomar una cerveza al bar de al lado. Noelia confiaba en que Héctor rehusara la invitación para quedarse a solas con ella; sin embargo, fue el primero en aceptar gustoso. Manuel se sumó también, y Noelia, que no tenía ganas de compartir con los otros sus racionadas ocasiones de estar con Héctor, no tuvo otro remedio que acceder a unirse a aquel trío. Como tres pavos reales estuvieron casi tres horas abriendo sus plumas ante ella, cada uno exhibiendo los conocimientos que mejor dominaba: Héctor habló de células y átomos; Manuel, de la Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, y Chema, de los últimos hallazgos de restos de dinosaurios en Teruel. Noelia se sintió avasallada por semejante ciclón de sabiduría y, sobre todo, se aburrió de lo lindo. Ninguno de los tres ilustrados fue tan amable como para dejar un hueco para ella en la conversación. Ella era el auditorio al que aspiraban cautivar. Manuel había prometido a Héctor no entrometerse entre él y Noelia, pero la oportunidad de mostrar ante ella sus conocimientos y su don de la palabra no la iba a desechar. Chema pretendía conquistar a Noelia con su erudición. No tenía ni idea de lo que había entre Héctor y aquella mujer encantadora a la que había tenido la suerte de conocer. ¿Qué importaba llegar a Teruel de madrugada, conducir en medio de una buena nevada sin haber dormido apenas? Ser tan atentamente observado y escuchado por aquella misteriosa mujer que era todo dulzura y beldad hacía que cualquier riesgo fuese insuficiente para tan exquisita recompensa. Nada podía hacerle sospechar que Héctor y Noelia estaban enamorados, puesto que él no tuvo ningún gesto de cariño hacia ella; la trataba como a los otros dos o incluso con mayor indiferencia, porque mientras a ellos les pedía alguna opinión, no se molestaba en recurrir a ella con el mismo motivo, ni siquiera por cortesía. Casi ni la miraba y, por tanto, ella no osó tampoco mostrar en público «su amor».

El aburrimiento del principio de aquella velada fue sustituido por una pena que iba royendo su pecho y su frente, y que fue apagando la alegría de sus ojos. ¿Qué hacía ella allí? ¿Por qué tenía que soportar a esos tres engreídos que se convencían a sí mismos de ser los más sabios del mundo en su materia? Y no obstante, ninguno de los tres había brillado nunca. Ni siquiera eran cohetes caídos porque no habían llegado a ascender. ¿Por qué no se iba a dormir? ¿Por qué no les decía lo que pensaba? Ya no anhelaba siquiera quedarse a solas con Héctor; solo deseaba estar en su casa y ponerse a llorar, echar por los ojos el dolor que le ocasionaba el desprecio de Héctor y que la estaba ahogando sin remedio.

Estas reflexiones de Noelia y algunas otras que aparecen en diferentes momentos de estas páginas las he leído en su diario, el cuaderno que me entregó su madre. Sus hojas son las hojas de una margarita, pétalos con los que mi amiga se afanaba en comprender su *Paraíso* bajo el flexo de la luna: me quiere (un día), no me quiere (el siguiente), me quiere, no me quiere... Cada día, una frase de Héctor o un silencio, una muestra de amor o de vacío: «¡Hoy me ha escrito 11 *emails!*!», o «ha estado distraído toda la noche»; «¡me ha hablado de cuando seamos viejos, juntos!»; «no

estoy segura de lo que siento», «hemos parado a poner gasolina y me ha pedido que saliera yo. Se ha quedado sentado en el coche con la cabeza inclinada hacia el suelo, como escondiéndose»; «es el hombre más romántico y maravilloso del mundo. Me ama, lo sé, ¡me ama!»; «esta noche me había invitado a cenar y, a la hora de pagar, ha abierto la cartera y ha dicho que se había olvidado la tarjeta, así que he tenido que pagar yo».

«Me ha dicho que su madre le preguntó un día que dónde había estado porque olía a colonia de mujer. —Lo leo en una de las últimas páginas del diario, el día 15 de enero—. ¿Se lo preguntaría de verdad su madre o fue Inés? —continúa—. Fue aquella vez que yo rocié su camisa con perfume sin que me viese, él no sabe que lo hice».

Noelia:

Como todavía creo oler a ti —bendito perfume—, me enfundo la misma camisa blanca para tenerte todo el día en mi piel...

Noelia copió en su diario las primeras líneas de este mensaje y continuó escribiendo: «Pero no solo él percibió mi aroma, también otra mujer, su madre o tal vez Inés, y tuvo él que justificar el “bendito perfume”. No sé cómo lo haría, no me lo ha dicho, pero sí sé cómo procura evitar que vuelva a suceder. Seguramente la colonia que me regaló el día de Reyes es la misma que usa Inés. Quizá nos hizo a las dos el mismo regalo aprovechando la fecha. Pero no quiero que mi olor le recuerde a ella; volveré a usar mi perfume y a dejarlo sobre su piel».

Capítulo 41

La amargura que le dejó a Noelia aquella noche de «ciencia, geografía e historia» fue endulzándola Héctor, como siempre, con mensajes y llamadas que el viernes la tuvieron pegada al teléfono y a la pantalla del ordenador. Eran augures de la dicha que les esperaba al día siguiente.

Noelia:

Nunca he sido supersticioso, pero cuando se respira la brisa primitiva de los paraísos redivivos, uno no puede sino mirar el movimiento de las estrellas, el grado de inclinación de los árboles. Heme aquí convertido en augur de esa diosa de ojos oscuros que exige ser adorada. Llegan además días de hogueras y el Paraíso se impregnará de la magia ancestral del fuego, de los iniciáticos ritos. Seré, como tú deseas, el escribano que dibuje, el sumo sacerdote que derrame las palabras sagradas sobre la diosa, quien con sus labios adivine a perfilar la cartografía de la dicha, el nuevo Ganimedes que escancie el divino licor.

Sí, los augurios confirman que regresaremos al Paraíso, que suelo y cielo, sol y luna, agua y tierra, viento y fuego volverán a acrisolar el bendito lugar gracias a tu presencia mágica.

Sí, percibo tu voz nítida, como si me susurrara al oído.

Sí, siento tus labios sobre mi cuello, evaporándome.

Sí, acaricio en la atmósfera una superficie de gata de Angora.

Sí, ahí estás, en el templete central de la renovada Arcadia, junto al surtidor infinito, mecidos tus cabellos por la brisa cómplice.

Sí, los augurios no pueden mentir, mañana no hemos de tener prosa alguna que nos ancle a la realidad.

Sí, Noelia, sí, nuestro derroche de felicidad nos espera.

Entre tanto, el augur, exhausto, lacra esta carta con un beso idolatrado hacia su diosa.

Héctor

A fuerza de palabras, el dolor que había experimentado el jueves se había esfumado, o acaso se había hundido hasta el fondo de ella, pero ya no lo sentía. La embargaba la emoción del día siguiente, no solo por los augurios de Héctor, sino, sobre todo, por cuánto anhelaba ella ver su cara tras desenvolver el regalo que iba a entregarle.

Noelia no escribió en su diario nada del pintor excepto para referirse a la admiración que por él sentía Héctor. No dice que fue a posar a su estudio. Tampoco

habla del otro pintor, su joven alumno de la Escuela de Idiomas. Es un diario de su relación con Héctor.

La tarde sucesiva a la de la presentación de la revista, Noelia la pasó respondiendo los mensajes de Héctor y hablando con él por teléfono. Ni en los escritos ni en la conversación mencionaron el desafortunado comportamiento de Héctor. Pasaban ya de las nueve de la noche cuando mi amiga me telefoneó asustada. Acababan de llamar al timbre de su puerta, salió a abrir y no había nadie. Al cerrar vio un sobre en el suelo, seguramente era de la misma persona que había llamado. Dio dos vueltas a la llave, cogió la carta y la leyó. Las manos le temblaban: «Me denunciaste. Te niegas a verme después de todo lo que he hecho por ti y, además, me denuncias porque te molestan mis llamadas. Pero no creas que eso te protege de mí. Tener pinchado el teléfono no te da ninguna seguridad. Ya ves, la policía no vigila tu casa».

Capítulo 42

La madre de Noelia me ha llamado esta mañana para invitarme a tomar café en su casa. Estaba contenta. Creo que nunca la había oído así, nunca desde la muerte de su hija. He llegado a las cuatro y me ha abierto la puerta con la misma alegría que ya había percibido por teléfono y que ha logrado contagiarme. Estaba sola; su marido había bajado a jugar a las cartas con unos amigos a un bar cercano. Me ha hablado del pueblo, del verano, del frío que hizo en julio en el Pirineo. Pero el recuerdo de este verano en Sallent se ha cruzado con el de Noelia y las chispas de sus ojos se han apagado de repente.

—Ella escribió que murió de amor —ha dicho con tristeza sin levantar la mirada de su taza de café.

—¿Leíste su diario? —he preguntado.

—Sí.

—¿De qué murió?

—Del corazón.

—¿Le hicieron la autopsia?

¿Por qué he tenido que preguntarle eso? ¿Por qué le hago caso a Manuel? Pues claro que se la hicieron, cómo no. Qué crueldad recordarle eso a su madre. Sus ojos me han mostrado una pena inabarcable y me han suplicado piedad; piedad para callar, para no arañar el dolor. Ella ha seguido hablándome con cariño, como si no me hubiera oído.

—Estaba muy enamorada de ese Héctor. Nunca me habló de él —ha continuado Luisa como si no hubiera oído mi pregunta.

Me he quedado callada. Tenía miedo a herirla de nuevo; pero ella ha debido de traducir mi silencio de otro modo: ha debido de suponer que seguía esperando a que contestara a mi pregunta.

—Hay respuestas que ya no importan —ha dicho volviendo la mirada hacia la calle—. Solo tendrían interés si le devolvieran la vida a mi hija.

Se ha levantado a cerrar la ventana y he visto sus ojos llenos de lágrimas. Querría haber pronunciado alguna palabra que la consolara, una frase que le hiciera olvidar su dolor por unos momentos, pero ¿cómo contrarrestar tanta tristeza si no es volviendo el tiempo atrás unos minutos para borrar mi desafortunada pregunta? Volver atrás en el tiempo once años...

Otra vez ha sido ella quien ha hablado:

—Conocí a un hombre que mató a su mujer suministrándole veneno en dosis pequeñas con las comidas. Era militar, ya viudo cuando se casó con ella, y padre de un hijo casi adolescente a quien idolatraba. Tuvo un gran disgusto cuando su segunda

esposa quedó embarazada. Era una mujer joven y muy guapa. La recuerdo vestida de novia, novia de luto, con un sombrero negro, los ojos grandes, azules, y los labios pintados de rojo. Yo era todavía una niña y quería parecerme a ella cuando fuera mayor. A pesar de aquella belleza, lo que todos ensalzaban de ella era su generosidad, su gran bondad. Fueron felices hasta que él supo que esperaban un hijo. Le pidió que abortara y ella se negó. Comenzó a ponerle veneno en las comidas. Cuando experimentó los primeros síntomas, ella interpretó que eran los propios del embarazo, pero no tardó en saber lo que estaba pasando. Todo el pueblo lo sabía y nadie hizo nada. Ella comía lo que él le servía sabiendo que estaba deglutiendo la muerte. ¿Crees que ese chico, Héctor, pudo envenenar a mi hija?

—No. Yo no he dicho eso —he respondido y las piernas me han empezado a temblar.

—Siempre presentí que ese militar que parecía que iba a seguir viviendo impunemente sufriría una condena mucho más dura que la que le hubiera impuesto un juez. Su hijo se metió en las drogas y acabó muriendo de una sobredosis. Él acabó sus largos días solo, en una residencia, y más cuerdo de lo que nunca habría deseado. Nadie iba a verlo.

Nos hemos quedado en silencio. Ella me observaba. Después, se ha puesto de pie y me ha sonreído:

—Ven, quiero enseñarte algo. Por eso te he llamado.

Me llevó a su habitación, la que había sido de Noelia. Frente a la cama estaba el retrato que le hizo Antonio Balaguer. La luz de la ventana apuntaba sus rayos a los labios entreabiertos. Miré a Luisa, que lloraba de emoción al contemplar el rostro de su hija.

—Parece que está viva, ¿verdad? Era preciosa. Me lo han regalado esta mañana. Un chico que había venido a vivir al piso de enfrente me lo ha traído. Estaba envuelto en papel de regalo. Ha dicho que se lo habían dado para mí. No ha querido que lo abriera delante de él, ni tampoco decirme quién me lo enviaba. No me importa. Ya me importan muy pocas cosas desde que ella murió. El chico parecía triste. Vino a vivir aquí hace poco mientras yo estaba de vacaciones, pero se va a marchar a Viena.

Al salir de casa de Luisa he llamado a Manuel. Le he contado que el pintor regresaba a Viena y que le había regalado el retrato de Noelia a su madre.

—Lo sé —ha respondido—. Estuve con él. Volví a la exposición y estaba allí. Después nos hemos visto un par de veces. Estaba decidido a quedarse a vivir aquí, sin embargo de pronto dijo que volvía a Viena. Lo que no sabía es que iba a regalar el retrato. Intenté comprárselo. Le ofrecí más del doble de lo que costaba el cuadro más caro de la exposición, pero me dijo que no estaba en venta, y también que no lo expondría nunca más.

—A Luisa le ha hecho muy feliz el regalo.

—Me alegro. De verdad, me alegro mucho —ha insistido como si sospechase que no me creía lo que me decía.

—¿Quieres que tomemos un café? —le he preguntado.

—¿Has averiguado algo?

—No, Manuel. ¿Sigues con eso?

—La mataron, Clara.

—No insistas. No tienes ninguna prueba. ¿Quién iba a hacerlo?

—¿Rafa? ¿Antonio Balaguer?

—¿Qué dices? ¿No habrás hablado de esto con el pintor?

—Sí, y que se haya marchado de repente lo convierte para mí en sospechoso.

—Manuel, por favor. No lo has dejado en paz desde que viste el cuadro de Noelia. Seguro que no ha querido quedarse en Zaragoza para no volver a verte nunca más. Ese chico la quería.

—Todos la querían.

—Sí. También Carlos. ¿A él no lo incluyes entre los sospechosos?

—Murió hace tres años. Sufrió un accidente de tráfico: estuvo diez meses en coma profundo. Logró salir del coma y vivió dos años postrado en la cama.

Me causaron pavor sus palabras. En una milésima de segundo, recordé la historia del militar y pensé que quizá Carlos mató a Noelia y que todo lo que padeció tras el accidente había sido un castigo.

—Déjalo, Manuel, por favor.

—No pienso hacerlo.

Capítulo 43

No he podido dormir en toda la noche recordando la conversación con Luisa y la llamada que le he hecho a Manuel. ¿Y Rafa? No voy a verlo porque temo que me cuente algo que no deseo oír. Si fue él, que no lo creo, también ha cumplido ya su pena. Pero sus hijos no tienen por qué sufrir. Ya perdieron a su madre. Pero qué digo, Rafa jamás haría nada así. No voy a volver a ver a Manuel, no voy a volver a hablar con él. Solo espero que deje en paz a Rafa. Tendría que advertirle, tendría que ir a ver a los niños y prevenirle de Manuel, pero temo que mi intervención le perjudique más que mi silencio. ¿Y si le cuento a Silvia todo esto? No. Solo conseguiría complicar más las cosas. Ah, qué difícil es todo.

No debería distraerme con este asunto. Como dice Luisa, qué importa ya. Lo que debo hacer es escribir lo que Noelia me pidió. Y antes de eso está encontrar trabajo. Ya no sé a dónde llamar, a dónde más enviar el currículum. Estaba segura de que en estos primeros días de septiembre todo se volvería a poner en funcionamiento y recibiría alguna llamada, pero de momento no ha sido así.

Quien me llama es mi madre. Cada mañana, en cuanto llega a casa el periódico, lo coge antes de que lo haga mi padre y lo mira de arriba abajo para ver si las noticias le dan alguna pista que pueda servirme a mí para encontrar empleo. Se ha puesto al día en política, en economía, en cultura y hasta en deportes. Indaga en todas las páginas buscando cualquier cuestión que tenga que ver con ingeniería biomédica. A veces confunde algunas empresas, pero admiro su capacidad para aprender de un asunto tan complicado y tan ajeno a ella en tan escaso tiempo. Será de verdad que en los momentos de necesidad sacamos el poder de Dios que tenemos dentro. Para mi madre que yo encuentre trabajo es ahora su mayor necesidad. Le digo que estoy tranquila, que todo llegará, que todo ocurre para mayor bien y que seguro que mi futuro empleo será mucho mejor que el anterior. Pero ella adivina mi ansiedad, mi impaciencia, mi tristeza, y todo lo hace suyo, es suyo. Siempre que hablamos me muestro contenta para que no sufra tanto como estoy sufriendo, pero hoy no he podido contener las lágrimas. He intentado disimular, y le he dicho que no lloraba, que estaba riéndome por algo que acababa de leer en Internet, pero no me ha creído y ha vuelto a llamarme diez minutos después de colgar. Entonces sí he logrado serenarme.

Me he matriculado por Internet en un curso de medio ambiente y en otro de *coach*, he buscado más contactos y empresas que puedan interesarme... Ya no sé qué más puedo hacer.

Luisa me regaló ayer unos discos de ópera que eran de Noelia. Dijo que ella no los escucha nunca porque le causaban mucha tristeza. En casa de su hija la ópera

sonaba a todas horas. Ahora inundan la mía las voces de *Lakmé*, la favorita de mi amiga, y el teléfono interrumpe. Es Manuel y decido no cogerlo. No deja mensaje en el buzón. Vuelve a llamar tres veces más. Comienza a preocuparme la insistencia, pero no quiero hablar con él. Subo el volumen de la música y me siento a escuchar un rato.

*Tu m'as donné le plus doux rêve
qu'on puisse avoir sous notre ciel.
Reste encore, por qu'il s'achève,
Ici, loin du monde réel.
Tu m'as dit des mots de tendresse
que les hindous ne savent pas.
C'est toi qui m'as appris l'ivresse
des aveux murmurés tout bas.
Ah! Tu m'as donné le plus doux rêve...*

Tú me has dado el más dulce sueño
que nadie pudo tener bajo nuestro cielo.
Quédate aún, mientras termina,
aquí, lejos del mundo real.
Tú me has dicho palabras tiernas
que los hindúes desconocen.
Eres tú quien me ha dado
la embriaguez de las declaraciones
murmuradas a media voz.
¡Ah! Me has dado el más dulce sueño...

No puedo evitar ponerme a llorar al escuchar la voz de Mady Mesplé, Lakmé, interpretando esta parte del tercer acto, después de tomar la hoja envenenada. Lakmé es una sacerdotisa hindú y Gérald un oficial inglés comprometido con Ellen, la hija del gobernador. Los dos se enamoran nada más verse en el jardín sagrado. Él está decidido a abandonarlo todo por Lakmé, sin embargo, su amigo Frederikc le recuerda sus deberes con el regimiento y el compromiso que tiene con Ellen, y Gérald comprende que no podría vivir sabiendo que ha traicionado a su patria. Cuando Lakmé se da cuenta de que él ha cambiado de idea y de que va a partir con el ejército, decide quitarse la vida comiendo una hoja de datura.

*¡Eso que leo en tu mirada,
mi Lakmé, me hiela de terror!
¡De todo mi alma se libera
y yo estaré siempre contigo!*

Exclama Gérald al saber lo que ha hecho Lakmé.

... *¡Siempre contigo, te lo juro!*

...

... *«¡Gran Dios! ¡ella muere por mí!»*

Noelia murió por Héctor. ¿Lo supo él? ¿Lo sabe?, me pregunto muchas veces. Apenas calla la música, vuelve a sonar el teléfono. Temo que sea de nuevo Manuel. ¡Es Luisa! Me sobresalto de manera extraña, como si intuyera que va a decirme algo importante. Espero que no vuelva a hablarme del envenenamiento. ¿Por qué le diría yo nada de eso?

—Hola, Luisa, ¿qué tal?

—Bien, muy bien. Es extraño, pero desde que mi vecino estuvo aquí ayer por la mañana, desde que tengo el retrato de Noelia en casa, me siento mejor. Está tan guapa. Era tan dulce. Dirás que me he vuelto loca, pero a veces imagino que la llevo dentro, como antes de nacer. Este será un embarazo más largo, o tal vez no, nunca se sabe; pero cuando haya acabado, cuando yo muera, volveremos a estar juntas. Otras veces pienso que es justo al revés, ella es la que está embarazada y yo dentro de su vientre. Me está esperando, y la ilusión de volver a estar con ella me mantiene viva y, a ratos, hasta contenta. Esa es la única forma de vivir que quiero, porque la otra se me fue con ella. Para mí se acabó todo cuando ella murió... ¿Clara? ¿Estás ahí?

—Sí, Luisa. No sé qué decir. Me alegra que hayas encontrado un pensamiento que te haga feliz. No estás loca. Es muy bonito lo que dices. Y me alegra también que recibieras ese regalo.

—¿Imaginas de quién puede ser?

—Tuyo, Luisa, es tuyo. Qué más da. Es hermoso saber que hay alguien en el mundo a quien tú probablemente ni siquiera conoces y que, sin embargo, sintió afecto por Noelia y tiene la generosidad de hacerte el regalo que más ilusión te podía hacer. La vida es un misterio.

—Tienes razón. ¿Y tú? Ayer olvidé preguntarte por tu trabajo, ¿te han llamado ya?

—No, todavía no.

—Bueno, yo no paro de rezar para que te llamen y te den un empleo estupendo, que te lo mereces. Ya verás como pronto lo harán.

—Ojalá.

—Seguro que sí. Dímelo en cuanto tengas noticias.

—Lo haré.

—Te llamo también porque, con la emoción del cuadro, olvidé preguntarte si habías escrito lo que te pedía Noelia.

—Estoy escribiéndolo todavía —digo tragando saliva. Espero que no quiera leerlo. Tampoco sé si la voy a decepcionar al decirle que no he terminado.

—No pretendo darte prisa, en absoluto. Es algo muy delicado y lleva su tiempo; además, tienes otras cosas que hacer. Solo te lo pregunto porque cuando hayas terminado es importante que me lo comuniques. Hay una cosa que no te había dicho, pero, en la última página del diario, unido con un clip, había un sobre cerrado a tu nombre que no te di.

—Iré a buscarlo.

—No. Todavía no. Debajo del nombre pone que te sea entregado cuando hayas terminado de escribir lo que ella te pedía, no antes.

—¿Qué? —lo he entendido, pero es tan extraño que necesito oírlo otra vez.

—Cuando hayas terminado de escribir lo que te pidió, te lo daré.

Capítulo 44

Hacía tiempo que no escuchaba la voz de Luisa tan animada. El tono seguía apagado, igual que los últimos diez años, y no obstante, por primera vez después de todo este tiempo, advertí algo diferente, como si pusiera más interés en que la escuchara. El pintor hizo un gran bien regalándole el cuadro.

Tardó más de diez años en darme el diario. Quizá porque ella lo leía y lo releía afanándose en desentrañar cada onda de la tinta, cada raya, las huellas de Noelia en el papel, para descubrir a ese chico de quien nunca le habló y que, como refleja en ese cuaderno, era toda su vida. Es curioso, Luisa no me habló de Héctor con desprecio, a pesar de que Noelia escribió que murió por él, por amor a él.

Le dije que estaba escribiendo. Quizá tendría que haberle dicho que estaba terminando, porque es así. Ahora, si tardo pocos días en ir a buscar el sobre, creerá que la curiosidad me ha llevado a escribir más deprisa. Bueno, algo de razón tendrá, ¿qué dirá Noelia en esa carta? ¿Y si me dice que la envenenaron? ¿O que se suicidó? Quizá sería mejor que su madre no me hubiera hablado de ese sobre, que lo hubiera quemado y no me lo entregara nunca. Aunque, como dice ella, qué importa ya.

Noelia no me contó nada del retrato que le hizo Alejandro Mateos. Seguramente imaginó, y acertó, que si me enteraba de que iba a hacerle un regalo así a Héctor, le diría que estaba loca, que él no merecía un regalo tan caro. Habría pretendido convencerla para que no lo hiciera. Casi siempre sabemos de antemano las respuestas de las personas a las que conocemos y a las que queremos. Rara vez nos equivocamos. En ocasiones preguntamos por rutina o porque queremos oír exactamente eso que sabemos que nos van a decir. Si no responden lo que esperamos, nos enfadamos, nos sentimos decepcionados, no sé si con nosotros mismos o con quienes nos están llevando la contraria. Si de antemano sabemos que nos la van a llevar, preferimos callar, ocultar.

* * *

Héctor se quedó mudo al ver el cuadro, y lloró. Se arrodilló delante de Noelia, que estaba sentada en el sofá, y abrazado a sus piernas estuvo llorando sin parar más de diez minutos. Eso cuenta ella en el diario. Y dice que fue por la emoción. Tal vez lo hizo también por arrepentimiento. Tal vez en el instante en que vio el retrato ya sabía él lo que irremediamente iba a ocurrir uno de esos días. Noelia no lo sabía. Ni siquiera lo sospechaba. Acaso en otro tiempo, dos meses antes; pero ahora, esa noche de enero de 2001, no.

Fueron horas de dicha, como anunció el «augur». Las de mayor dicha de cuantas habían vivido juntos. Noelia escribía «¡ME QUIERE!» en esa hoja de su diario. Así, con mayúsculas.

Ni siquiera hablaron de la última noche que se habían visto, del jueves erudito, del jueves desalmado en que Héctor le exhibió su máxima indiferencia; peor, en que renegó de ella. Lo hizo con sus gestos, con no mirarla, con preguntar a los otros dos qué querían tomar y olvidarse de ella haciendo gala de su pésima educación ante los dos testigos.

Nada de eso hablaron la noche que le regaló el cuadro. «Porque los reproches — escribió Noelia en su diario— solo sirven para manchar el tiempo, y el tiempo es tan sagrado. Hay que mimar las horas, hacerlas todas lo más bellas posible, perfectas, si cabe». Ella estaba segura de que cabía, pero yo siempre he pensado que no existe la perfección. Noelia embellecía los minutos de aquellos a quienes amaba. A veces a costa de su sufrimiento. Incluso a costa de su vida.

A Noelia se le quedaban dentro esos reproches que no quería de ningún modo hacerle a Héctor. Su dolor me lo contaba a mí o a otros amigos. El que le causó la tarde-noche que pasó con los tres «sabios» decidió compartirlo con Manuel, que fue parte de aquella tertulia y testigo del desprecio. Por eso debió de creer que él la comprendería mejor, o estaría segura de que para tranquilizarla le recordaría aquellas palabras de Héctor: que la amaba y que, antes o después, dejaría a su novia por ella.

En realidad, después de la noche en la que le entregó a Héctor el cuadro, Noelia quedó convencida, igual que en ocasiones anteriores, de que él había tomado ya la decisión de dejar a Inés. Y estaba feliz.

Capítulo 45

Esta mañana me he levantado con algo más de energía. Mientras no me llamen para trabajar voy a aprovechar para cumplir la misión que Noelia me encomendó. Tengo que ver a Héctor. Busco el papel donde apunté su número. Lo marco en mi móvil y responde al primer tono, como quien está esperando una llamada o está a punto de hacerla.

—¿Sí?

—¿Héctor Mora?

—Sí, soy yo.

—Hola, soy Clara Barrabés. Me gustaría...

Me ha colgado el teléfono. He vuelto a llamarlo por comprobar si, efectivamente, él había interrumpido la comunicación o si existía algún problema en la red, pero ha colgado al primer tono. Lo he intentado dos veces más y ha hecho lo mismo. He guardado el número en la agenda de contactos, y he llamado a Carmen. Mientras buscaba su nombre en mi móvil, se ha hecho un caos en mi cabeza que ha amenazado con paralizarme o con volverme loca. ¿Debería decirle que vi a su marido con otra mujer? Ella me llamó para contarme que Héctor vivía con Inés tan pronto como se enteró de que era el mismo Héctor del que le hablaba el que salía con mi amiga. Insistió en que se lo dijera enseguida a Noelia. Ya no soy capaz de abarcar tal suma de avatares, de extrañas coincidencias, de despropósitos. Necesito poner un poco de orden en mi pensamiento o no saldré nunca de este cautiverio de sinrazones. He decidido borrar de mi memoria la imagen de Enrique con esa mujer en el Bole, al menos por un tiempo. Primero voy a terminar de escribir lo que Noelia quería, y para eso tengo que hablar con Héctor. Cuando haya acabado, estudiaré qué le digo a Carmen. De momento, he de preguntarle de otro asunto.

—¿Puedes hablar?

—Sí. ¿Qué tal, Clara? ¿Vas a darme la buena noticia de que has encontrado trabajo?

—Ojalá. Creí que en estos días de septiembre todo comenzaría a moverse, pero no es así, de momento.

—Vaya, lo siento. Son momentos difíciles, pero tú eres una ingeniera excelente y alguien se dará cuenta pronto de lo que va a ganar si te contrata. Te mereces algo bueno y lo tendrás, ya verás. Pero no te desanimes, esto lleva su tiempo.

—Gracias, Carmen. Acabo de llamar a Héctor y me ha colgado.

—¿Qué le has dicho?

—Solo le he dicho mi nombre y no me ha dejado seguir. Después lo he intentado otra vez y ha vuelto a cortarme la llamada. ¿Sabes si hay otra forma de contactar con

él? Lo he buscado en las redes sociales, pero no lo encuentro en ninguna.

—Ahora trabaja en un laboratorio de Majadahonda. Podrías buscar el teléfono y llamarlo allí, pero esto tampoco te servirá de nada. No se pondrá. La única solución es que vayas a verlo.

—Uf, qué trago.

—No se me ocurre otra cosa.

—Bueno, puesto que estoy decidida a hablar con él, tendré que hacerlo. Voy a buscar la dirección del laboratorio y me compraré ya el billete del AVE para no pensarlo mucho.

—Te deseo mucha suerte. En todo.

—Gracias, Carmen. ¿Y tú qué tal?

—Bien. La niña creciendo, y Enrique, bueno, en su línea. Me están llamando al hijo, Clara. Cuelgo y ya hablamos otro día.

Sin permitir que se colara ninguna idea que me hiciera desistir de ver a Héctor, he buscado en Internet la dirección del laboratorio. He visto que pasado mañana da una conferencia en un centro próximo al lugar donde trabaja. He comprado un billete de ida y vuelta en tren para ese día.

Nadie llama. Tengo que hacer un esfuerzo imponente para concentrarme en cada cosa que hago. Estoy todo el día pendiente del teléfono, esperando la llamada de alguien que me ofrezca un trabajo. El reloj del ordenador me recuerda que pasan las horas y los días sin que nadie piense en mí.

Otra vez el móvil. Ahora ese sonido me causa una suerte de miedo profundo, un pánico escondido, temor a que no sea nadie, nadie que vaya a solucionar mi problema. Cada llamada que no tiene ese objetivo (es decir, todas) es una decepción.

¡Es Luis!

—Hola, Clara —¡habla con la misma voz ahogada que en mi sueño!

—¡Luis! ¡Qué sorpresa! Me alegra mucho oírte.

—También a mí. Te echo de menos —creo que esto último se le ha escapado y luego se ha puesto nervioso—. ¿Cómo te va todo?

—Bueno, imagínate. Continúo sin trabajo, así que un poco peor cada día.

—De eso quería hablarte. En la Universidad de Oviedo están trabajando en un proyecto de investigación en ingeniería similar al nuestro, pero mucho más ambicioso. Envié el currículum y me puse en contacto con el director del proyecto. En aquel momento me dijeron que el equipo estaba completo, pero que me tendrían en cuenta. Ayer me llamaron.

—¿Te vas?

—Sí. —Y casi me desmayo de dolor. No lo veo, no hay nada entre nosotros, pero, mientras sé que está aquí... No sé qué me pasa con él. Ahora soy yo la que tiene la voz ahogada—. ¿Clara? ¿Me oyes?

—Sí, te oigo. Pero no puedo seguir hablando, me están llamando a la puerta. Te llamo en otro momento.

—Vale.

La noticia me ha dejado destrozada. Las piernas me están temblando, me duelen. Llama Manuel y me dice que tiene algo importante que decirme. ¡Lo que faltaba! Le cuelgo. No soporto nada más. Ojalá no hubiera llamado nadie.

Capítulo 46

El martes 23 de enero Noelia quedó con Manuel a las ocho de la tarde en un bar de la plaza San Pedro Nolasco. Ella le llevó el *Libro del desasosiego*, de Fernando Pessoa, y él le regaló *Doña Berta y otros cuentos*, de Clarín, porque la noche en que se recitaron los poemas Noelia le dijo que su novela preferida era *La Regenta*. Manuel pidió una botella de Moët Chandon, sabía que a ella no le gustaba el alcohol, pero nunca decía que no a una copa de champán. Bebió algo más de la cuenta y habló y habló y habló. Sentada frente a él, con los ojos brillantes, las mejillas sonrosadas, los labios rojos del calor más que del carmín, y las manos jugando con la base de la copa, Noelia desnudó su alma y Manuel se quedó prendado más que la noche en que bailaron. Le dijo mil veces lo bella que era y también que Héctor la amaba, que se enamoró de ella nada más verla, que quiso escapar de aquel amor que le alejaba de sus principios, porque era un hombre honrado y leal, y jamás antes había engañado a su novia, ni se le había pasado por la cabeza. Por fin añadió que no tardaría mucho en dejar a Inés por ella. Hablaron también de la noche de la presentación de la revista, la que compartieron con Chema y con él, quien estaba seguro de que el comportamiento de su amigo venía a demostrar precisamente cuánto la quería. No deseaba mancillar la fama y el honor de Noelia poniendo en evidencia delante de los otros que era la amante de un hombre que estaba comprometido. Todo lo que hacía o había hecho Héctor era bueno, todo se justificaba por el gran amor que sentía por ella. Se diría que Manuel hablaba de Héctor como de sí mismo.

Escuchando esto, Noelia se iba poniendo cada vez más hermosa. No quiso otra copa de champán. Si en alguna ocasión bebía, solo se sobrepasaba (si lo hacía) hasta un punto que elevaba su naturaleza sensual y la hacía aún más seductora, y también más graciosa, pero conocía muy bien dónde estaba este límite y de ahí no pasaba.

Él la acompañó a casa y, por el camino, siguieron hablando de Héctor. En el portal de su casa, Manuel fue a despedirse con dos besos y Noelia le dio uno en los labios que él todavía conserva.

Ya no habría otros besos. Esa fue la última vez que Manuel vio a Noelia con vida.

Capítulo 47

El jueves Noelia esperaba que Héctor le confirmara por teléfono la hora a la que iría a buscarla. Sin embargo, la mañana transcurrió sin llamadas, y tampoco recibió ningún mensaje. En las primeras horas, ella misma lo justificó: estará en alguna reunión o tendrá entre manos un trabajo delicado. Pero cuando ya pasaron las doce comenzó a impacientarse. A la una ya no sabía qué hacer. Se preparó algo de comer y se sentó con una bandeja en el sofá para estar atenta al teléfono mientras comía. Tampoco llamó en ese rato ni le escribió ningún *email* de aquellos previos a sus encuentros en los que mostraba tanta ansiedad por estar con ella en su *Paraíso*. Como la mutua entrega de la noche del sábado anterior había sido tan apasionada, y también lo eran los *emails* que le habían seguido y las llamadas, las aprensiones que le traía el silencio iban por derroteros distintos a los de ocasiones anteriores: ¿estará enfermo? ¿Le habrá ocurrido algo?

De todos modos, habían quedado para verse esa noche y, de no poder, él la habría avisado de una u otra manera. Se hizo la manicura, se puso una mascarilla en la cara y, al mismo tiempo, hacía viajes y viajes al ordenador para comprobar si había recibido algún *email*. Hubo un momento en que el módem se bloqueó, debió de ser de tanto conectarlo y desconectarlo, y ella sufrió un ataque de nervios: ¿y si le escribía justo ahora que no iba la conexión para comunicarle algo urgente? No quería llorar porque sus ojos no tendrían tiempo de deshincharse antes de que él viniera a buscarla. Porque no le cabía ninguna duda de que lo haría. Como ya se aproximaba la hora a la que acostumbraban a quedar, se duchó, se secó el pelo y se maquilló. Estaba casi lista. En cuanto él la llamara, solo tenía que vestirse y ponerse la colonia que le regaló.

Por fin sonó el teléfono. Héctor hablaba en voz baja.

—Noelia, ¿qué tal estás?

—Muy bien, esperando tu llamada. Temía que te hubiera pasado algo.

—No he podido llamarte antes.

—Pero ¿estás en Zaragoza?

—Sí. Digo, no.

—¿No? Habíamos quedado.

—¿Y si lo dejamos para mañana?

Noelia no podía esperar tantísimas horas para verlo después del día que había pasado. Esto ya era el colmo.

—No. Quizá mañana no pueda.

—¿Y el sábado? —preguntó Héctor.

—¿El sábado? —repitió Noelia dejando asomar su enfado.

Se iba poniendo cada vez más nerviosa. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿No tenía ganas de verla? ¿Le daba igual el viernes que el sábado?

—¿Y si no puedo el sábado? —preguntó ella.

—Pues el jueves que viene.

Eso era todo lo que Noelia podía soportar ese día. Esa extraña llamada la arrojaba a un infierno de incertidumbre del que no podría salir si él no venía a rescatarla. ¿Cómo esperar una semana a que me explique qué ha pasado? ¿Cómo esperar un solo día?

—Por favor, Héctor, dime qué pasa. ¿Dónde estás?

—Nada, no pasa nada.

—¿Dónde estás?

—Estoy en Huesca.

—¿En Huesca? ¿Por qué no has parado en Zaragoza?

—He tenido una urgencia, mi padre se ha puesto un poco malo y he hecho el viaje de un tirón para llegar antes y acompañarlo al médico.

—Lo siento. ¿Por qué no me lo has dicho? ¿Se encuentra mejor?

—Sí, ya está bien.

—En ese caso, te espero esta noche.

Héctor se quedó callado unos segundos que fueron para ella una eternidad.

—Está bien —asintió por fin—. Saldré de aquí en un cuarto de hora.

—Ven con cuidado, por favor.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

Capítulo 48

He llegado a Atocha a las cinco y he cogido el Cercanías hasta Majadahonda, luego he tomado un taxi que me ha llevado al lugar donde Héctor iba a dar la conferencia y, como faltaba todavía una hora para que comenzara, he dado un paseo por los alrededores. Cuando he regresado, la charla estaba a punto de empezar. Mis ojos lo buscaban con ahínco en el escenario. ¿Cómo será? ¿Cómo tendrá la voz, esa voz que tanto emocionaba a Noelia? Temblaba igual que una enamorada, como si mi amiga se hubiera escondido dentro de mí y las que yo sentía fueran sus emociones y no las mías. No podía comprender de otra manera esa turbación, esa extraña mezcla de sentimientos que se balanceaban entre el amor, el odio y el deseo de venganza.

Por un momento he pensado en levantarme y marcharme. ¿Qué hacía yo allí? ¿Qué iba a conseguir hablando con él? ¿Y de qué tenía que hablar? Si ni siquiera sabía qué decirle. Había hecho el viaje sin pensarlo demasiado. Me empujó el afán por completar lo que Noelia me pidió: que escribiese su historia para que el mundo comprenda que se puede morir de amor. No puedo adivinar si Héctor la amó o no la amó nunca, si la quiso un poco o si solo se dejó llevar por aquel amor que ella sentía, si lo que a él le atraía era la magia, ese *Paraíso* que Noelia era capaz de crear para los dos. Debo saber por qué murió de amor: ¿la envenenaron por amor?, ¿se suicidó por amor? No. No creo que sea la respuesta a esas preguntas lo que busco, porque estoy segura de que Noelia no se refería a eso. Pero ¿por qué murió de amor? ¿Se dio cuenta de que él nunca la había querido y el dolor que le produjo esa revelación acabó con ella? ¿Se amaban, pero no podían volver a verse nunca más? O, como dijo Silvia, no es el amor lo que mata, sino el orgullo, y a Noelia la mató el orgullo de no haber sido ella quien lo dejara definitivamente cuando ya se había acostumbrado a su ausencia. Quizá Héctor no me aclare esto, pero alguna intuición me había conducido hasta allí y tenía que llegar hasta el final.

Por fin él ha salido al escenario. Lo he confundido con el presentador, mucho más atractivo. Noelia estaba tan enamorada que debía de idealizar mucho a Héctor. Está gordo, como me dijo Carmen, y tiene ya el pelo completamente blanco. A pesar de eso, resulta interesante. Su voz me recuerda a la de un actor, pero no puedo acordarme de cuál. Tiene voz de angorina, no me extraña que a Noelia le gustara envolverse en esa mullidez. Es buen orador, lo reconozco, pero no es humilde. Demasiada soberbia, demasiada altivez. ¿Qué me estaba pasando? ¿Qué enigmática amalgama de emociones estaba moviendo en mí este desconocido? Le odiaba por cuanto hizo sufrir a mi amiga y al mirarlo, al oírlo ora me movía la compasión, ora la admiración, ora el desprecio... Ha empezado el turno de preguntas y he visto la oportunidad de ponerlo en un aprieto, pero de esa manera corría el riesgo de que me

reconociese (aunque no me haya visto nunca, yo sí estoy en las redes sociales, pudo buscarme cuando lo llamé). Mejor permanecer callada y escondida en la penúltima fila. Desde donde está seguro que no me ha distinguido, sobre todo porque no esperaba verme.

En cuanto ha terminado, he avanzado hasta el escenario. Tan deprisa como yo se ha acercado otra mujer. He ignorado su presencia y me he dirigido a él:

—Hola, Héctor, soy Clara Barrabés, la amiga de Noelia Duch.

Por la mirada que ha intercambiado con la otra mujer y porque ella también estaba gorda (como me dijo Carmen) he adivinado que era Inés, así que, para fastidiar más, he añadido:

—Noelia, con quien estuviste saliendo hace once años —y así su mujer no tendría duda de que ocurrió cuando ya estaba viviendo con ella.

Después he querido tragarme mis palabras. ¿Qué sentido tenía hacerle daño a ella? Era mi venganza por haberle robado la felicidad a mi amiga, por haberle arrancado la vida. Pero ¿qué importa ya? Viéndola, y viendo cómo la miraba su marido, he sabido que Noelia fue lo mejor que le pasó a Héctor en la vida, y también me he convencido de que fue la inseguridad de él lo que puso fin a aquella relación. Tras su elocuencia, tras su fachada de hombre «importante», no se encuentran otras cualidades. Solo se ve el vacío detrás de las cuencas de sus ojos. Él sabía que sus pobres méritos, aunque muy relevantes en apariencia, solo tenían fuerza para retener a Noelia junto a él ¿cuánto? ¿Otro año más o dos? Pero no toda una vida. Demasiado perfecta para él.

—Lo siento, pero ahora tengo que marcharme, están esperándome —me ha respondido y se han ido los dos por una puerta que había a la derecha del escenario.

Iba a seguirles, pero no sabía qué decir. He hecho una idiotez yendo a la conferencia. Me he gastado casi doscientos euros entre viajes y cena, ¡y no me ha servido de nada! Son las dos y media de la madrugada y no consigo dormirme.

Tengo abierta la página de Facebook y de pronto aparece Rafa en el chat: «¿todavía estás despierta?». No respondo. Como si no lo viera.

Capítulo 49

El teléfono me ha despertado a las seis menos cuarto de la mañana dándome un susto de muerte. A esa hora solo puede ser algo grave. Era un número desconocido. He descolgado rápidamente y he oído una voz apenas perceptible, una mujer que lloraba. Casi no podía hablar.

—Soy Inés Ruiz, nos vimos ayer en la conferencia de mi marido.

He creído encontrarme dentro de una pesadilla.

—Necesito hablar contigo cuanto antes. Es muy importante —ha continuado ella, y yo he tenido que sentarme. Inés tenía la voz bañada en lágrimas—. Por favor —insistía—, por favor.

—Bueno —he dicho sin pensar—, podemos vernos esta tarde.

—No. Tiene que ser antes. No puedo esperar.

He debido de quedarme pálida. Sus palabras han traído a mi memoria las que pronunció Noelia el día en que yo iba a recoger el premio. Estaba temblando. Solo podía ser una pesadilla. Mi arrepentimiento por haber ido a aquella maldita conferencia, por no haber sido más prudente, me traía ese mal sueño. Inés ya no hablaba y yo seguía con el móvil pegado a mi oreja. Solo oía su llanto.

—Tú eres amiga de Noelia Duch, se lo dijiste ayer a Héctor —ha dicho.

—Sí —he respondido, y después he dudado entre si acababa de oír «eras» o «eres».

—Por favor, es muy importante que nos veamos ahora. Voy a donde tú me digas.

—Pero yo ya no estoy en Madrid. Estoy en Zaragoza.

—No me importa. Vivimos cerca de Atocha: cojo el primer AVE y en menos de dos horas estoy ahí.

No podía ser verdad. Tenía que pellizcarme. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué tenía que decirme esa mujer?

—Está bien —he respondido de manera automática y le he dado mi dirección. Me he arrepentido tan pronto como he colgado. ¿Por qué invitaba a mi casa a la mujer que tanto daño causó a Noelia?

He puesto la cafetera y me he metido en la ducha. Me esforzaba en vaciar mi mente para recuperar la paz. ¿Qué querría decirme? ¿Qué clase de seísmo habrían causado mis palabras de ayer? ¿Habría destruido su matrimonio? No era mi intención añadir más dolor al mundo, a la vida. Cuando haces daño a alguien nunca se queda solo en esa persona: el mal, igual que el bien, produce una onda expansiva que alcanza a todas las personas que aman a la víctima.

Me he sentido un monstruo.

He salido de la ducha, me he puesto el albornoz y he ido a la cocina a sacar la

cafetera de la vitrocerámica. Seguía siendo de noche. Igual que aquel 28 de enero. No amanecía.

Sentada en la mesa de la cocina, daba vueltas sin parar al café. Mi memoria ha varado en la madrugada del 28 de enero de 2001. Como si mis pensamientos de entonces se encontraran dentro de la taza. Fueron míos, pero ya no lo son. Antes de que Noelia me llamara, estaba llena de emoción por ir a recoger mi premio. Me recuerdo esperando con impaciencia ese amanecer de una vida maravillosa: se me abrían de par en par las puertas de un brillante futuro profesional; David me acompañaba y dentro de pocos años nos casaríamos y tendríamos niños. Nada ensombrecía el sol que resplandecía en mis sueños cuando en la carretera era aún de noche. Ni un mal pensamiento, ni miedos, ni dudas, solo seguridad y planes para el mañana.

A veces la llamada de Noelia se presenta ante mí como un hacha que descuartizó mi vida de un solo golpe. Los meses que siguieron a su muerte no podía arrancarme un sentimiento de culpa que me debilitaba en todos los sentidos. No acepté las ofertas que me hicieron otras empresas y en las que, probablemente, habría prosperado como deseaba; mi relación con David se pintó de gris. No solo me resultaba imposible alejarlo de los hechos (estaba junto a mí en aquel instante en que Noelia me llamó desolada, y se encontraba a mi lado cuando me comunicaron su muerte), sino, aún peor: lo culpaba por no haber puesto remedio a tanta desdicha. Él tendría que haberme disuadido de continuar aquel viaje hacia Jerez; tendría que haberse dado cuenta de la gravedad de aquella llamada y haber dado la vuelta para poner rumbo a Zaragoza. Aún estaba a tiempo de llegar antes de que Noelia muriera, a tiempo de hablarle, de escucharla, de hacerla reír, de convencerla, una vez más, de que Héctor la amaba solo a ella (porque solo eso la habría convencido de que merecía la pena seguir viviendo). Culpé también a David por haberle contado a Carlos que la policía había intervenido el teléfono de Noelia.

No me lleva a ninguna parte darle vueltas a este asunto. Han pasado más de diez años. Pero algunas veces no puedo evitarlo. Trato de encontrar una clave, una redención en esos pesares enmarañados. Tal vez quiero perdonarme a mí misma. A David lo perdoné cuando se fue de mi lado, cuando se marchó a Argentina. Su ausencia me hizo ser consciente del daño que le hice sin que lo mereciera. Pero eximirle a él me causó más remordimientos, porque me di cuenta de que solo yo era culpable de no haber regresado al lado de Noelia cuando me necesitaba, y era yo quien no tenía que haber revelado que la policía había intervenido su teléfono. Me arrepentí, además, de la tortura a la que sometí a David durante todo el tiempo que siguió a la muerte de mi amiga, hasta que se marchó de mi lado. Aun así, quiso que me fuera con él. Solo ahora, desde la distancia, soy capaz de valorar cuánto me amó, su paciencia, su compasión y su perdón. No quise casarme con él cuando me lo pidió, igual que rechacé las ofertas de trabajo que en aquel tiempo se me presentaron.

A veces es necesario atribuir a otros nuestros errores para no cargar nosotros

mismos con ese peso que nos hace infelices y nos impide avanzar. Pero qué lejos estamos de la verdad: de esa manera no solo sufrimos la compunción de nuestras faltas, sino también la de haber echado sobre otros la responsabilidad moral que a nosotros nos corresponde. No sirve la táctica de condenar, ni la de condenarnos. Es preciso ejercitarse en perdonar, en limpiar el camino para seguir avanzando. Nos guste o no, todo lo que nos sucede es consecuencia de las decisiones que tomamos en el pasado. Creemos que nuestras acciones las desencadenan las circunstancias u otras personas, pero, salvo esas excepciones en que otras voluntades se interponen en nuestra trayectoria, somos nosotros, nuestras preferencias, quienes las vamos dibujando. Yo opté por ir a recoger el premio y no por regresar a Zaragoza, a pesar de la llamada de mi amiga, igual que ahora escojo continuar escribiendo estas páginas. Noelia me lo pidió, pero yo puedo cumplir o no su deseo. Aquella madrugada ella me estaba rogando que volviera y no lo hice. Antepuse el premio a la amistad. No fue David quien me convenció para que continuara el viaje a Jerez, y, aunque lo hubiera hecho, tampoco habría sido él el responsable. Fui yo; mi determinación de recoger el premio en primer lugar y ocuparme de Noelia en segundo lugar. Yo seleccioné la prioridad y de mi decisión derivaron los resultados.

Ayer decidí ir a Madrid a ver a Héctor, y osé recordarle a su mujer que él la había engañado. Y hoy soy rea de mi desatino y de mi mala intención.

Capítulo 50

Inés llega antes de las once. Me sonrío con tristeza, se nota que ha estado llorando toda la noche. Lleva los labios pintados y algo de colorete. Es morena, tiene el pelo liso y lo lleva recogido en una coleta. No es una mujer guapa, ni siquiera atractiva, pero tiene una cara graciosa, quizá porque está regordeta. Tiene razón Carmen, parece mayor.

—Perdona que me haya atrevido... —no sabe cómo acabar la frase.

—Pasa, por favor.

La invito a sentarse en el sofá del salón y le ofrezco un café. Acepta y voy a la cocina a poner la cafetera por no dárselo recalentado, y también porque necesito digerir que está aquí antes de escuchar lo que viene a decirme. Intento respirar hondo para calmarme: un huracán de conjeturas, figuraciones, presentimientos e hipótesis me mantiene inmóvil frente a la encimera.

—¿Te ayudo? —pregunta Inés desde el salón como si intuyera mi pavor a salir de la cocina.

No respondo. No me sale la voz. La suya me obliga a moverme y, mientras sube el café, preparo una bandeja con pastas y una jarrita con leche.

—¿Quieres que te ayude? —vuelve a preguntar.

Me sabe fatal que me digan eso cuando no he pedido ayuda. Lo que entiendo es: «como parece que no lo sabes hacer tú sola, es mejor que te ayude». Manías mías. O manía que le tengo a esta mujer que tuvo la culpa de que muriera mi amiga. ¡Y yo le abro las puertas de mi casa! Me siento una miserable y, no obstante, pienso que tenía que hacerlo o me reprocharía después no haberle permitido venir, después de oír su llanto por teléfono, igual que oí el de Noelia.

«Tranquila, Clara», me digo a mí misma, hago una inspiración profunda y me repito una frase de Swami Vivekananda que he leído un rato antes de que ella llegara: «El karma es la afirmación eterna de la libertad humana... Nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestras obras son hilos de la red con que nos envolvemos a nosotros mismos». He de envolverme con buenos pensamientos: he hecho lo que tenía que hacer. Esta mujer está sufriendo y me ha pedido ayuda; no puedo negársela. Además, ella no tiene la culpa de que Noelia se enamorara de su novio, y estaba en su derecho defender ese amor. Noelia tuvo la oportunidad de decidir si seguía o no con Héctor y continuó a sabiendas de que él vivía con otra, aunque esta otra fuera para ella un fantasma porque, como decía, no la había visto nunca.

Salgo con la bandeja con las pastas, la leche, las tazas y las servilletas.

—Eres muy amable. No quería molestarte.

Sin responder vuelvo de nuevo a la cocina a por la cafetera. Sirvo el café y me

siento en un sillón, no a su lado.

—¿Por qué has venido? —pregunto bastante seca.

—Tu amiga, Noelia. Ayer dijiste que salió con mi marido hace once años —y estalló en llanto—, pero siguen viéndose. Rompieron por un tiempo, hasta que nos casamos, pero después volvieron y continúan juntos. En realidad, nunca han dejado de escribirse.

Tiene que ser un sueño. No es cierto lo que estoy oyendo. Es otra de mis pesadillas: la mujer que tengo delante dice ser Inés y afirma que Noelia es todavía la amante de Héctor. No es real. Voy a optar por tomar somníferos. Ya no puedo soportar esta desconcertante sucesión de delirios que me impiden distinguir el sueño de la vigilia. Ella sigue aquí, y está llorando.

—Voy a por el azúcar.

Es la única excusa que encuentro para salir del salón. Ella se tapa la cara con las manos y sigue llorando. Cojo el móvil y, desde la cocina, le envío un sms a Manuel. Si ella me oye hablar es mejor que piense que me han llamado, no sea que sospeche que telefono a alguien para contarle lo que acaba de decirme. «Llámame ahora mismo. Es urgente», le escribo. No quiero quedarme a solas con esa mujer. Quién sabe de lo que es capaz.

Manuel llama enseguida. Salgo a la terraza de la cocina y vuelvo la puerta para que Inés no oiga lo que digo:

—Escucha con atención: Inés está en mi casa. Dice que Noelia sigue saliendo con Héctor —Manuel me interrumpe con alguna pregunta, pero yo no le permito hablar—. Ven, por favor. Estoy asustada.

Cuelgo y regreso al salón. Inés ha dejado de llorar. Reparo en que no traigo el azúcar.

—Disculpa —le digo, y vuelvo a salir y a entrar otra vez con el azucarero.

—Yo sé que sois amigas y quiero pedirte que le digas que deje a mi marido. Hazlo por mis hijos, si no quieres hacerlo por mí —habla ahora con firmeza y sin apartar sus ojos llorosos de los míos.

Por primera vez la miro con compasión. Esta mujer está loca. Se ha vuelto loca.

—He sufrido mucho por este engaño. Mi marido es un buen hombre y nunca me ha sido infiel con nadie más, solo con esa amiga tuya, con Noelia; no sé qué ha visto en ella. Cuando la dejó, volvimos a ser casi felices hasta que nos casamos. A pesar de que ellos seguían escribiéndose. Yo pensaba que eso carecía de importancia, que, mientras no se vieran, ya se cansarían de mandarse *emails*. Pero sucedió lo contrario, volvió con ella. Me quedé embarazada y, al tener a mi hijo, confié en que él la dejaría, pero no fue así. Cada embarazo ha sido la espera no solo de un hijo, sino de mi marido, de su regreso a mí. Pero sigue con ella. Afirma que pasa el día en el laboratorio, pero yo no lo creo. Sé que está con ella. Algunas veces me presento en su trabajo. Digo que es para darle una sorpresa, pero es para comprobar si está o no. Ayer fui a la conferencia y voy a todas sus conferencias para ver si ella está allí, para

poder mirarla a la cara y recordarle que Héctor es mi marido, el padre de mis hijos. Nunca la he visto. Por eso ayer, al verte a ti —y rompe a llorar de nuevo—, sentí que era mi oportunidad para hacerle llegar mi mensaje. Dile que deje a Héctor, por favor.

—Tranquilízate —le digo—. Estás equivocada, tu marido no está con Noelia.

—No trates de consolarme con una mentira. He llorado tanto... Él está muy enamorado de ella. Es muy guapa.

—Has dicho que no la has visto nunca.

—Cara a cara, en persona; pero la veo cada día en un retrato que Héctor colgó en nuestra habitación hace diez años y que nunca me ha dejado sacar de ahí.

No doy crédito a lo que estoy oyendo. ¡El retrato que le hizo Alejandro Mateos! Él lo conserva, no lo ha vendido, y además lo tiene en su habitación, ¡en la habitación de su mujer!

—Cuando la dejó hace diez años, estaba tan enfadado, tan triste en todo momento que hasta me daba lástima. Una noche se levantó de la cama, bajó al trastero y subió con ese cuadro que, el día que lo trajo envuelto, me dijo que era su orla. Yo lo creí. Subió con el cuadro, lo puso encima de la cama y lo desenvolvió con todo el cuidado del mundo, como si tuviese en sus manos una joya preciosa muy delicada. Se arrodilló a los pies de la cama y lloró amargamente. Intenté preguntarle, pero me dijo que me fuera, que lo dejara solo. Desde el pasillo vi cómo la besaba. Salió a la terraza, sacó del armario la caja de herramientas y colgó el cuadro frente a la cama.

»Después, ya más calmado, salió y me explicó que era un regalo que le había hecho el propio pintor, que era muy amigo suyo. Dijo que lloraba porque acababa de enterarse de que había muerto. No quise seguir hablando del asunto puesto que él estaba fuera de sí, aunque se mostrara calmado. No pude conciliar el sueño en toda la noche. A la mañana siguiente, en cuanto llegué al trabajo miré en Internet el nombre del pintor y comprobé que seguía vivo. Héctor me había engañado, y eso me revelaba también la otra parte de la verdad: que la mujer del retrato era Noelia. ¿Me pones un poco más de café, por favor?

—Sí, claro.

Advierto que he cometido un error llamando a Manuel.

—Un momento, tengo que hacer una llamada urgente. Ya lo había olvidado —le digo.

Y vuelvo a salir a la cocina.

—¿Manuel?

—¡Tranquila, Clara! Ya estoy llegando. Ten cuidado, por favor, estás en peligro, Inés puede ser la asesina de Noelia.

—Y tú estás loco. Mira, ni se te ocurra venir. Se ha marchado ya hace un rato, nada más hablar contigo.

—Eso es porque ha oído que me llamabas.

—Manuel, estás loco de remate.

—Estoy ya en la calle de al lado.

—Pues ya puedes darte la vuelta. He quedado y tengo prisa. Nos vemos otro día —cuelgo y no dejo que acabe de hablar.

Antes de volver al salón ya está llamando al timbre de la puerta, pero no le abro.

—Espero no estar causándote demasiadas molestias —se disculpa Inés. Y cuando la miro para decirle que no, me parece más guapa, a pesar de sus ojos llorosos.

—No, al contrario. Es un amigo un poco pesado —digo sonriendo, y me devuelve la sonrisa—. ¿Qué pasó cuando descubriste que el pintor no había muerto?

—Se lo dije a mi marido, y él se inventó una historia extraña. Me explicó que quien había muerto había sido ella, Noelia. La cosa es que en aquel momento sí lo creí. Estaba profundamente apenado. Me pidió de rodillas que no sacara nunca de ahí su retrato y, en ese momento, no pude negárselo. Pasados unos meses, me atreví a pedirle que lo quitara de ahí, que se desprendiera de él. Se negó rotundamente, se enfadó, y me recordó que le había prometido no tocar el cuadro. Intenté que hiciéramos reformas en la casa, pensaba aprovechar el caos de las obras para romperlo y enterrarlo lejos, igual que hace un asesino con el cuerpo de su víctima. Le diría a Héctor que se había extraviado, pero él no quiso ni oír hablar de obras. Cuando vio que mi insistencia era tan grande y que no parecía dispuesta a claudicar, se presentó una tarde en casa con un ramo de margaritas y me pidió que me casara con él. Me entusiasmé. Había estado esperando ese momento durante tantos años... Y, en medio de la emoción, cuando ya le había dicho que sí, me dijo: «pero con una condición». «¿Cuál?», le pregunté creyendo que iba a responderme con una broma. «Que nunca sacarás el retrato de la habitación», me respondió.

—¿Y tú aceptaste esa condición?

—Por supuesto. Lo amo. Es mi vida.

¿Cómo es posible amar así? ¿Pero es eso amor? No me cabe en la cabeza.

—Y os casasteis.

—Y fuimos felices casi un año, a pesar del retrato y a pesar de que sabía que continuaban escribiéndose. Si se había casado conmigo y no con ella, era evidente que me amaba a mí y que la otra era solo un pasatiempo al que pondría fin más tarde o más temprano. Tras nuestra boda descubrí que habían vuelto a verse, que estaban juntos de nuevo.

Me siento en el sofá, junto a ella, y la miro a los ojos:

—Inés, te lo prometo, Noelia murió. Él no pudo volver con ella.

—Debí imaginarme que la apoyarías a ella. Eres su amiga. Pero tienes que comprender que yo soy su esposa, que está destrozando un matrimonio, que está quebrando mi vida y las vidas de mis hijos.

—Te prometo que murió. No está su móvil en mi lista de contactos, ni su dirección electrónica en la agenda de mi correo, Noelia Duch ya no está en ninguna parte salvo en el cementerio, no existe, ya no existe... Ojalá estuviera —y ahora soy yo la que se pone a llorar. Pero me seco enseguida las lágrimas porque no puedo derrumbarme ante el desconsuelo de esta mujer—. ¿No te lo dijo él hace diez años?

¿Qué te hizo pensar después que seguía viva, que seguían escribiéndose, que volvieron a verse? ¡Está muerta!

—Puedo enseñarte los mensajes.

—¿Qué?

—Los que se escriben cada día, varios al día.

—Eso ocurría hace diez años.

—Los *emails* no cesaron nunca. Tengo las claves del correo de mi marido. Podemos verlo en tu ordenador. Te convencerás de que no estoy equivocada.

Apoyo la espalda en el respaldo del sofá e inspiro porque creo que me voy a ahogar.

—De acuerdo —digo, y me levanto a buscar el ordenador.

No cruzamos ni una sola palabra mientras abro el portátil. No decimos nada hasta que ella escribe la dirección de la página del correo electrónico y las claves de Héctor, y se abre. Me quedo blanca al comprobar que en la bandeja de entrada hay un *email* de Noelia de hace diez minutos.

—No es posible —digo, y temo que voy a desmayarme.

—¿Lo estás viendo?

Recorro los mensajes con el cursor hasta que llego abajo y busco la fecha en la que Noelia murió, aunque quizá Héctor no conserva *emails* tan atrasados. Sí, están todavía los de 2000. Veo uno del 4 de febrero de 2001. El primero después de la muerte de Noelia. No puedo evitar abrirlo. Subo y bajo el cursor nerviosa. Debajo del mensaje de ella está el de Héctor, pero solo leo el principio.

Noelia:

Ahora que ya te habrás instalado en una saludable indiferencia...

Ella respondía así:

Tú me enseñaste, Héctor, que nada de lo humano ha de serme indiferente. ¿Cómo he de ser indiferente ante algo que ha tocado las reservas más profundas de mi alma?

Sigo pensando que tu nombre estaba escrito con mayúsculas en el libro de mi destino. Creaste para mí una felicidad que solo mis sueños habían logrado forjar, y has dejado una huella hermosa en mi corazón. Nunca volveré a ser igual que antes de conocerte.

¿Recuerdas aquella película que vimos juntos?: «Si algún día volvemos a vernos, tendremos que ocultar nuestra añoranza de aquella ilusión y ternura. Tendremos que comportarnos como extraños». Me veré obligada a fingir indiferencia para ocultar mi sentimiento.

Noelia

—Lo sé todo. No trates de encubrirlos.

Ni siquiera la oigo. Estoy absorta en el mensaje. No puedo resistirme a abrir otro del 14 de febrero:

Y yo te quiero a ti, Héctor. Más de lo que el mundo permite amar.

El sentimiento que me une a ti es para mí un mandato superior que acatan mi voluntad y mi entendimiento. Mi cuerpo y mi alma te pertenecen.

Noelia

—Te prometo que no los estoy encubriendo, Inés —le digo apartando por fin la vista del ordenador—. No sé qué significa todo esto. Mi amiga murió hace diez años, el 28 de enero de 2001 y, desde aquel día, no he vuelto a verla, no he vuelto a llamarla ni a recibir llamadas suyas. Su madre vive donde ella vivía, rota de dolor porque no ha superado la muerte de su hija ni lo hará nunca. Si quieres, puedo llevarte al cementerio y verás su nicho, la lápida con su nombre, con su foto.

Nos quedamos las dos en silencio. Yo continuo mirándola con compasión y ella a mí con desconfianza.

—Es posible que él recuperara la dirección de ella y sea él mismo quien responde sus propios mensajes.

—¿Y seguir amándola así diez años después de muerta? —me pregunta.

Pienso que Noelia ha muerto, pero Inés está enterrada en vida, y eso es aún peor. Ella misma se ha dejado enterrar y está dispuesta a seguir bajo tierra.

—A lo mejor, lo único que ocurre es que le gusta escribir cartas de amor y le da vergüenza decirlo —añado con intención de animarla.

—No son solo los mensajes. También se ven aquí, en Zaragoza, y tal vez también en otra parte. Ellos se citan en un lugar al que llaman el *Paraíso*.

Me acuerdo de los otros *emails*, los que yo tenía, los de hace diez años, pero los olvido de inmediato y me ocupo solo de calmarla.

—A lo mejor se refiere al cielo, a donde haya ido ella después de muerta.

No sé si la estoy tranquilizando o estoy acabando de romperle el alma. ¡Dios mío, su marido está enamorado de una muerta! No sé qué es peor. Quizá es mejor que siga creyendo que está viva.

—Él va a ese *Paraíso* todos los jueves por la noche y vuelve de madrugada. Me dice que tiene trabajo, pero yo sé que me engaña. Viene a Zaragoza todos los jueves. Guardo los billetes del AVE. Podría seguirle, pero si me descubriera me dejaría. Quiero que rompa con esa mujer, pero me moriría si decidiera abandonarme por ella. Me suicidaría, y él lo sabe. Yo sé que antes o después se cansará de su amante. Ella envejecerá, perderá su belleza, y la pasión de él morirá. Esa es mi esperanza. Esto no puede durar más. Yo soy el hogar de Héctor, soy su vida. Sin embargo, cada vez que abro su correo y veo un nuevo *email*, mi desolación se hace más grande y mi esperanza se desvanece.

No sé qué responder. Por un momento me hace sospechar que Noelia nos ha

engañado a todos. ¡Está viva! No, desgraciadamente vive solo en la imaginación de Inés. Está claro que su marido tiene otra amante. Tampoco yo me creo que venga a trabajar por las noches. El jueves próximo iré a Delicias por la tarde y esperaré allí hasta que lo vea entre los pasajeros que llegan de Madrid.

Capítulo 51

Noelia se esforzaba por vencer su desasosiego, por obtener la fuerza necesaria para, al menos, disimular su ansiedad cuando él llegase. Su corazón, disturbado por el calvario que había estado padeciendo durante todo el día, atenazado por la zozobra que le había causado la llamada de Héctor, bramaba con latidos furiosos que acongojaban a su alma. Hasta el aire se resistía a entrar en ese cuerpo azotado por tan virulenta tempestad. Noelia se ahogaba, los ojos se le nublaban y los oídos bombeaban con furia su desolación, su miedo.

Eran las diez y veinticinco de la noche cuando Héctor llamó a casa de Noelia. Se presentó más adorable que nunca: la besó con pasión y le dijo que la amaba y que jamás dejaría de amarla. Noelia le respondió con lágrimas, pero no con llanto, lágrimas con las que se derramaba toda la angustia, el sufrimiento, la aflicción, los celos, la aprensión que había invadido su cuerpo a lo largo del día y el miedo atroz con que la había perturbado la llamada de Héctor.

—¿Qué tal tu padre?

—Bien. La verdad es que ahora se sentía mucho mejor.

Todo volvía a estar en su sitio. Como si aquella conversación por teléfono no hubiera existido, como si él no le hubiera dicho que podía esperar hasta la próxima semana para volver a verla. La presencia de Héctor, sus besos, sus palabras habían aplacado la tempestad igual que el sol disipa las nubes oscuras.

Dieron un paseo por la plaza de los Sitios, fueron a cenar a una pizzería de la calle Francisco Vitoria. Cruzaron después el paseo de la Constitución y bajaron por el paseo Independencia y por la calle Alfonso hasta la plaza del Pilar. Por el camino iban parándose en los escaparates, besándose, riendo. Se sentaron un rato en un banco de la plaza, como hacían otras veces, y continuaron hacia el puente de Piedra por la calle Echegaray. En el puente se pasaron tiempo y tiempo asomados al río, ora mirando el reflejo de la luna en la corriente, ora la vegetación de las orillas, y siempre el avanzar del agua cavando su cauce, arrastrando recuerdos: pase lo que pase, hacia delante, recogiendo y dejando las luces y las sombras. Parecía el mismo lugar, idéntico paisaje que el que habían estado contemplando un mes antes, un siglo antes, y sin embargo eran nuevas las aguas y nueva la luna, y las estrellas. Todo aparentaba quietud, igual que parece inmóvil la Vía Láctea y, no obstante, se desliza por el universo, y la tierra con ella, y a ese transcurrir, a ese sucederse, afluían también los dos amantes: la misma imagen de Noelia y Héctor, pero en cada cita eran diferentes los sentimientos y los miedos, otros tormentos y otras fatigas, a veces ilusiones que discurrían sin palabras, como el agua del río, con un murmullo húmedo que nacía en las entrañas de uno y moría en las del otro.

No les importaba el frío, ni la lluvia, ni la niebla, ni el cierzo, ni el hielo. A lo mejor estando juntos no lo sentían. Sus paseos nocturnos por la ciudad (tal vez ellos se referían a esa liturgia cuando hablaban de su *Paraíso*, no lo sé) eran ineludibles todos los jueves. Algunas veces, antes de volver a casa de Noelia, prolongaban sus pasos hasta el Parque Grande y allí jugaban a adivinar fórmulas químicas, hablaban de libros, de ópera, de cine, de canciones y, cómo no, de ciencia. Este jueves se había hecho más tarde de lo habitual y desde el puente fueron a casa de Noelia.

Se amaron como siempre, o como nunca. Mejor como nunca, porque aquella tristeza que permanecía como un puntito negro en el alma de Noelia, y que ella vislumbraba también dentro de él, otorgaba a sus abrazos, a sus besos y hasta al tono de sus voces una melancolía inusitada.

—Te he traído un regalo —dijo él mirándola a los ojos.

Ella se lo agradeció con una sonrisa, Héctor la abrazó contra su pecho. Así se mantuvieron un rato en silencio en medio de aquella vaga aflicción. Después, él se levantó y sacó de su bolsa de viaje un pequeño paquete envuelto con papel de regalo. Ella adivinó enseguida que era un libro y se alegró, pero al descubrir ante sus ojos una antología poética de Quevedo, llenó de besos a su amado y se apresuró a buscar su dedicatoria en la primera hoja. Se emocionó al encontrar la tinta azul y los trazos largos e inclinados con que escribía Héctor:

Alma a quien todo un dios prisión ha sido,
venas que humor a tanto fuego han dado,
medulas que han gloriosamente ardido...

Los ojos de Noelia se preñaron de lágrimas y se quedaron fijos, inmóviles ante el escrito. Comprimió los párpados y el llanto bañó sus mejillas. Apretó los labios, pero en su boca había entrado ya el veneno de la condena. Se presionaba el pecho con una mano para aplacar el acerbo dolor de la herida y, con la otra, seguía sujetando el libro abierto. Pasó unos segundos encogida, protegiéndose de la realidad que la había estado persiguiendo durante un año y que ya no podía esquivar: acababa de asestarle un golpe certero en el alma; era el castigo por su larga huida.

Con los versos del que era para Noelia el poema de amor por antonomasia, él le confesaba su desamor. Aunque toda la tarde estuvo temiendo, el miedo ya se había diluido con los besos y estaban otra vez en su *Paraíso*. ¿Cómo iba a esperar ahí el infierno? ¿Y cómo en forma de un regalo tan preciado? Primero fue el terrible espanto y luego el desabrido escozor de la llaga. Por primera vez estando juntos, la realidad se presentaba ante ellos: vestida de gala, delicada como una sugerencia, pero contundente y atroz. Con ella traía el destino: «han sido», «han dado», «han gloriosamente ardido». Las medulas han dejado de arder. La dejaba. Y no se lo comunicaba con su voz, ni con su mirada. Qué cobardía. Ni siquiera había compuesto una frase para decírselo, ni había buscado «palabras sagradas», ni «palabras nunca

dichas» como hacía para escribir los *emails*. Le entregaba su confesión envuelta en papel de regalo y arrebujaada en las letras. Tímida en apariencia, pero vanidosa y soberbia porque no se escondía en unas palabras cualesquiera, sino en las elegidas por el poeta más admirado por mi amiga. Y no era delicada ni sugerente esa confesión; era despiadada, sádica, violenta, implacable, feroz.

Héctor había introducido en el Paraíso, con premeditación y alevosía, la realidad doliente, el mismo infierno. Ya experimentaba mi amiga esa catábasis en su soledad desde hacía un año: el averno de lo incierto, los silencios, las ausencias, la otra vida de él, Inés. Pero no era lo mismo descender al ultramundo desde la tierra que hacerlo desde el mismo Paraíso. La realidad que ambos se habían esforzado en vencer con la fantasía la empujaba ahora al otro lado de la vida.

Le tocaba a Noelia poner fin a esa historia de mentiras, pero Héctor se le había adelantado. Él vencía. Él le presentaba en unos versos el fatal destino al que su amor estaba abocado. Ese destino que ella estaba empeñada en aplazar, en señalarle el lugar y la hora.

Se levantó, abrió los ojos y le enseñó sin pudor sus lágrimas, abrió el pecho y le mostró la herida sangrante, arrancó con furia la hoja en la que estaba escrita la dedicatoria, hizo con ella una pelota y la arrojó con rabia por la ventana.

—¿A esto has venido? ¿No podías habérmelo dicho por teléfono? —le gritó.

Jamás Héctor había imaginado a Noelia de ese modo. Jamás ella había estado así. Sacó toda la ira almacenada durante un año, le estalló el dolor comprimido de tantas horas de ausencia y de mentira.

Como mil caballos desbocados, como un temible volcán de lava ardiente, lava que era la amargura de un año reprimida, castigada sin salir de sus entrañas. Cielo horadado por piedras encendidas, Noelia rugía como un furioso oleaje de horrisonos espumajos. Miraba a Héctor con sus ojos volcánicos, que él nunca había visto en erupción. Ni los estaba viendo porque no se había atrevido a mirarla desde que puso en sus manos aquella desgarradora dedicatoria.

El tormento que mi amiga había estado soportando tantos días, los vientos y las lluvias que había estado conteniendo en su alma durante sus encuentros para que el sol brillara permanentemente en el Paraíso, para que las estrellas estuvieran todas las noches dispuestas de manera perfecta, para que no faltara nunca la luna, rompían ahora todos los diques de su cuerpo y de su alma, y la tormenta más cruel rasgaba el Paraíso en mil jirones. Y temblaba la tierra y un abismo se abría entre los dos amantes.

Poderosas palabras las del poeta que, cuatro siglos después, hacían temblar el Paraíso y frenaban las órbitas de todos los planetas del universo. «Amor constante más allá de la muerte», para decir que su amor ya no tenía tiempo ni lugar en esta vida.

Y aunque Noelia había tirado la dedicatoria por la ventana, la realidad permanecía en el aire y ya nunca más podría ocultarse. De nada servía ese constante esfuerzo que

ambos habían empleado para vivir de espaldas a ella. El Paraíso habitado por dos seres divinos que se amaban con un amor perfecto dejó de existir en el instante en que Noelia abrió el libro. Y los dos quedaron desnudos en el mundo de la verdad, expulsados del edén que ellos mismos habían creado, y tuvieron que enfrentarse a esa realidad de la que se habían ido escondiendo para proteger su amor.

Él le habló de Inés sin pudor, le confesó todo lo que Noelia ya sabía, pero ocultaba también ante él. Le contó que vivía con ella hacía ocho años y que su familia la adoraba porque era «muy buena chica». Le reveló que pasó la Nochevieja en un pequeño pueblo de la provincia de Burgos, en casa de los padres de su novia, y que, una calle más arriba, se encontraba la cabina desde donde tantas veces la llamó por teléfono por la noche. Rendido ante el destino, no se esforzaba siquiera en apaciguar la verdad con el salvoconducto del sentimiento que lo había obligado a callar, el mismo que Noelia empleaba para justificarlo. Ya conocía ella todos los hechos que él le estaba narrando; había descifrado cada una de sus contradicciones y adivinaba casi con exactitud la realidad que él encubría. Aun así, no habría querido oírla nunca de sus labios. Y hasta a ratos se velaba las orejas con las manos como una niña que cree que de esa manera dejará de existir lo que le hace daño. Pero todo lo oyó, incluso el motivo por el cual le regaló el perfume el día de Reyes: tal como ella había intuido, fue Inés quien percibió el aroma de otra mujer en la camisa de Héctor.

Cuando él calló por fin, Noelia se mostró de pronto fría, indiferente. Lo sabía ya todo y, por tanto, nada le afectaba. Eso le dijo. Y también le dijo que ella nunca habría aceptado tener una relación seria con él porque jamás habría confiado en alguien capaz de ser infiel. Su amor por él solo podía existir en la fantasía, porque solo en ese orbe irreal, imaginado, él podía ser un hombre digno de ser amado. En el mundo real era un ser despreciable. Tras la tormenta, el cierzo helado de las palabras de Noelia rasgó la cara y el corazón de Héctor. Y volvió la lluvia, y Noelia lloró desconsolada.

—No me quieres —dijo sentada en la cama velándose la cara con las manos.

—Sí que te quiero.

—Si me quisieras, la habrías dejado.

—Te quiero.

—¿Nos quieres a las dos?

—Sí.

—Sí, pero a mí me dejas. A mí y no a ella. ¿Por qué? ¿Porque la quieres más?

—No.

—¡No! ¡Pero me dejas!

—No.

Él no se había movido de la esquina de la cama donde estaba sentado cuando le entregó el libro. Ella iba y venía, se sentaba, se levantaba, salía, entraba, daba vueltas alrededor de la cama.

—¡Vete! —le gritó—. ¡No quiero verte más!

Héctor se puso de pie y, cuando iba a recoger sus cosas, se encontró con ella, con su mirada desafiante, con sus ojos más brillantes que nunca. Todo el fuego del mundo en su mirada.

—Perdóname, por favor —dijo él llorando.

Y Noelia, que otra vez se había calmado, rompió a llorar. Él la abrazó y acabaron besándose, y volvieron a amarse y ella se mostró después indiferente, luego despechada e hiriente. Estalló enseguida otra tormenta y el volcán escupió lava, y los mil caballos se desbocaron una vez más en tropel.

—Perdóname —le pidió él.

—No. No te perdono —respondió ella.

—Por favor.

—¡Me has engañado tanto!

—Pero tú lo sabías.

—Sí, lo sabía, pero tú lo callabas y conseguías hacer a Inés inexistente para mí. Me hacías creer así que habías terminado con ella.

—Los dos callábamos.

—Pero tú la engañabas, no yo. Y me engañabas a mí. Nos engañabas a las dos. Tuviste la cara de estar cenando con sus padres en Nochevieja, con toda su familia, y bajar a la calle a llamarme, y engañarlos a todos, y mentirme a mí diciéndome que estabas con dos amigos.

—No te imaginas cuánto he sufrido.

—Claro, no lo imagino. ¿Cómo voy a imaginarlo? Si tanto hubieras sufrido habrías tomado una decisión para terminar con ese dolor. Si hubieras sido más hombre.

—No podía.

—¿Que no podías?

—Te quería.

—Ah, me querías.

—Y te quiero.

—Entonces, ¿por qué no la dejaste?

—Le habría costado la vida. Tú no sabes cómo me quiere.

—¿Y no le causabas más daño engañándola?

—Intenté alejarme de ti, Noelia, al comienzo y más tarde, pero no pude. Eres irresistible para mí. Te amo.

—¿Y por qué ahora?

—Porque ahora he intentado dejarla a ella. No podía seguir más en esta situación. Un día escribí las claves de mi correo electrónico en una hoja y la puse bien visible sobre mi escritorio para que las encontrara. Sabía que iba a mirarlo, la conozco. Pensé que si leía nuestros *emails* se enteraría de lo nuestro. Iba dándole pistas de que te amaba, de que te amo, para que lo descubriera y me dejara.

—Ah, eso habría sido más fácil, mucho más —apuntó Noelia empleando toda su

ironía—. Pero no lo hizo. ¿No siguió las pistas?

—Sí, y me suplicó que terminara contigo.

—Claro, por eso lo haces.

—No, Noelia. No es así. Quise dejarla yo, pero me amenazó con suicidarse y también dijo que se suicidaría si seguía contigo.

—Ya, y tú la creíste.

—La creo. Tú no la conoces. Se volverá loca si me voy, quién sabe de lo que sería capaz.

—Una de las dos tenía que ser víctima habiendo ya un verdugo. ¡Vete! ¡Vete de aquí! ¡No quiero saber nada más de ti en toda mi vida! ¡No he sido nada para ti!

—Has sido todo.

—Ya lo veo. ¡Una mentira! ¡Eso he sido!

—Tú eres mi única verdad, Noelia.

—¡Vete!

Capítulo 52

Me disponía a mirar los horarios del AVE cuando Manuel ha llamado a la puerta de mi casa. Me ha extrañado verlo tan tranquilo después de tan azarosos días.

—Perdona que me presente sin llamarte antes —ha dicho.

—No importa. Ya sabes que puedes venir cuando quieras.

Nos hemos sentado en el salón. Ha dicho que acababa de tomarse un café y que no quería nada.

—Tenías razón. No fue el pintor —me ha soltado nada más sentarse—. Estaba esquiendo en Cerler el fin de semana que murió Noelia. Es lo que él me dijo y yo estuve allí ayer para comprobarlo. Fue mucho más fácil de lo que pensaba, ni siquiera habría sido necesario que subiera a la estación: Antonio Balaguer compitió ese día en un eslalon y quedó segundo. Su nombre y su foto salieron al día siguiente en el *Diario del Altoaragón*.

—No puedo creer que hayas hecho eso, Manuel. ¿Era necesario que fueras a confirmarlo? ¿De verdad sospechabas de él? ¿De verdad sospechas de Rafa? ¿O de Inés? ¿Qué te pasa? Después de casi once años, se te ocurre pensar que Noelia fue asesinada y ponerte a investigar...

—Solo pudo ser Rafa. Inés estaba en Huesca.

—¿En Huesca? ¿Quién te lo ha dicho? ¿Has estado con ella?

—No. Yo sabía que cuando Héctor venía a ver a Noelia, Inés solía ir a su pueblo, a casa de sus padres. También estuve allí.

—¿En Burgos? ¿Hablaste con sus padres?

—Estuve en Burgos, pero no fue necesario que hablara con ellos. Averigüé que Inés no ha vuelto a su pueblo desde el 1 de enero de 2001. Sus padres iban a Madrid a visitarla con cierta frecuencia y, cuando ella tuvo su primer hijo, vendieron unas tierras y compraron un piso cerca de Atocha, casi al lado de donde vive su hija. Ellos regresan a Burgos cada verano, pero a Inés no la han visto por allí desde la Nochevieja de 2000. Al enterarme de eso, cobró fuerza mi sospecha de que ella había matado a Noelia. Cuando me dijiste que estaba aquí contigo, me asusté. Podías estar en peligro.

—¿Y cómo sabes que estuvo en Huesca esa noche?

—Al tiempo que conocí a Héctor en el Taller de Ciencia e Historia, conocí también a uno de sus amigos. Es un historiador que ha escrito cosas interesantes sobre Huesca. Los dos formaban parte de una misma pandilla e Inés era una más del grupo. Aunque a Héctor no he vuelto a verlo desde la muerte de Noelia, a su amigo sí. He asistido a las presentaciones de sus libros y alguna vez hemos hablado por teléfono. Volviendo de Burgos, recordé que una vez que le pregunté por Héctor me

respondió que no volvió a ser el mismo desde que su padre se puso enfermo, cosa que ocurrió precisamente un día antes de la muerte de Noelia. También me había contado entonces que Héctor fue con Inés aquella mañana a Huesca, que los dos estuvieron en el hospital mientras le hacían a su padre unas pruebas. Él se los encontró a los tres cuando regresaban a casa, acababan de aparcar el coche en el Coso y tenía mejor cara el enfermo que cualquiera de ellos dos. Estaban desencajados, según me dijo, e infirió que su padre tenía algo grave. Al acordarme de todo eso, lo llamé, le dije que tenía que ir a Huesca por unos asuntos y que me gustaría tomarme un café con él.

—¿Y le contaste algo?

—Por supuesto que no. Inventé una excusa relacionada con sus libros de historia y con mi curiosidad por el pasado e hice un difícilísimo ejercicio de paciencia para aguantar hasta el final de la conversación. Le pregunté por Héctor cuando nos despedíamos. Volvió a decirme que no era el mismo de antes, y quise averiguar qué día marcaba ese «antes». Efectivamente, no me había equivocado. Inés estuvo con Héctor en Huesca el mismo fin de semana que murió Noelia. Logré saber aún más con mi viaje a Huesca: ese domingo comieron en casa de Héctor y fueron a tomar café con los amigos. Inés estaba especialmente cariñosa con su novio, pero él estaba triste, muy triste, y lo vieron derramar alguna lágrima. Todos pensaban que era por su padre. Hasta las ocho de la tarde estuvieron allí, hablando y jugando a las cartas. Héctor hacía esfuerzos por participar, pero era evidente que su presencia era exclusivamente física. Su corazón estaba en otro lado.

Capítulo 53

Mientras Manuel me hablaba, he oído que llegaba un mensaje a mi móvil. Era de Silvia, me decía que estaba en Zaragoza y me preguntaba si quería tomar un café con ella.

—Fue Rafa —ha dicho Manuel en cuanto ha visto que dejaba el móvil en la mesa.

—¿Qué? —no sabía si se refería al sms que acababa de recibir.

—Tuvo que ser él quien la mató.

—No, Manuel. ¿Por qué se te ha metido eso en la cabeza? Y, además, ¿cómo sabes tú que estuvo con ella esa noche?

Manuel se ha puesto nervioso.

—Igual es un poco tarde —ha dicho—, debería irme.

—No es tarde. Dime, ¿por qué lo sabes?

—¿Tienes café?

—Claro. ¿Quieres?

—Por favor.

Me he levantado y he ido a preparar un café. Mientras estaba en la cocina, ha entrado y ha empezado a narrarme sin dejar de pasear de un lado a otro:

—Ese sábado salí por la noche y regresé a casa a las cinco y cuarto de la madrugada. Vi que la luz del teléfono parpadeaba, alguien había llamado y había dejado un mensaje. Activé el contestador y oí la voz de Noelia entre sollozos. Me pedía por favor que la llamara. El mensaje era de las tres y diez. La llamé, pero no respondió. A lo mejor estaba ya dormida, pero yo no podía acostarme tranquilo, así que volví a salir y me dirigí hacia su casa. La puerta de abajo estaba abierta y subí. Desde el pasillo oí la voz de un hombre que hablaba con ella. Los dos estaban bastante alterados. Supuse que era Héctor y me pareció que no era prudente quedarme allí a escuchar, ni tampoco lo era llamar e interrumpir su conversación. Bajé a la calle y decidí esperar un rato en la plaza por si Héctor se marchaba. Por el modo en que hablaban, creí que podían estar despidiéndose. Eran ya más de las seis y media. Llevaría solo diez minutos en la plaza cuando salió Rafa del portal. No lo conocía, fue la primera vez que lo vi, pero me llamó la atención porque estaba llorando. Volví a verlo en el funeral. Supuse que era un vecino del edificio y que, por tanto, era natural que asistiese a su entierro; pero hace un mes descubrí su foto en Internet y lo reconocí: Rafa Ugarte. Me puse a curiosear en su perfil y hallé otra foto en la que posaba con Noelia, los dos riéndose abrazados. Entonces me acordé de la carta que estaba entre las páginas del *Libro del desasosiego* que ella me prestó: «Querido Rafa». Tenía que ser él. No era su vecino y estuvo con Noelia aquella

madrugada.

—Pero eso no quiere decir que la matara. Noelia murió por la tarde.

—Pudo volver. Salía llorando. Además, ¿por qué no dijo que había estado con ella?

—¿Y tú? ¿Por qué no me habías contado que Noelia te llamó esa noche? ¿Qué pasó cuando se fue Rafa? ¿Subiste?

—No. ¿Cómo iba a hacerlo? ¡Estaba con Héctor! Estúpido de mí, me ahogaban los celos. Me arrepentí de haberle dado mi palabra de que no me acercaría a ella. Podía haber estado conmigo aquella noche. Pero ya ves, estaba con Rafa.

—Noelia estuvo con Héctor, y cuando él se fue te llamó a ti primero, y como no respondiste recurrió a Rafa. Siempre lo hacía cuando lo estaba pasando mal. Sabía que Rafa estaba enamorado de ella, y ese amor que ella no correspondía la rescataba y la ayudaba a recobrar el orden perdido. Alguien la amaba y eso le confirmaba que era digna de amor. Rafa se hacía ilusiones: como ella no le contaba los verdaderos motivos que la abocaban a ese infierno de desdicha, se figuraba que recurría a él porque lo amaba y lo echaba de menos.

—Y cuando descubrió que para ella solo había sido un instrumento, un ancla que la ayudaba a no marcharse a la deriva, la mató.

—¡Basta ya, Manuel! No vuelvas a decir eso. Rafa se siente culpable de su muerte. Eso es cierto. Pero por otro motivo: por haberla dejado sola en casa cuando estaba tan desesperada. Esa noche él supo que no lo amaba, que sufría por otro, y, herido como estaba, le soltó el ancla, como tú dices. Se marchó. Tú crees que él la mató, y él oculta en su angustia, en su arrepentimiento, su sospecha de que Noelia se suicidó. A lo mejor está seguro de ello, y está seguro de que él lo habría evitado si se hubiera quedado con ella. Pero qué equivocados estáis los dos: ¿no veis que si hubiera muerto por envenenamiento o por intoxicación, la autopsia lo habría revelado y habrían investigado? Nos habrían interrogado a los tres. A mí la primera. Noelia murió de amor.

—Nadie muere de amor. Eso es absurdo.

Iba a enseñarle el diario de Noelia, pero lo he pensado mejor. He llamado a Silvia y le he dicho que, ya que estaba en Zaragoza, podía venir a mi casa. He hablado delante de él para que no imaginara que le estaba escondiendo algo y eso nutriera aún más su sospecha.

—Silvia, he de pedirte algo. Sé que es delicado, pero me harías un gran favor si le contaras a un amigo todo aquello que me contaste sobre tu enfermedad. Él está ahora aquí conmigo. Si no quieres venir, lo entenderé.

Mientras llegaba, le he explicado a Manuel quién era Silvia y cómo la conocí. He temido que si le decía que era amiga de Rafa desconfiaría, creería que todo formaba parte de un plan para eximir al hombre que consideraba culpable. Pero se lo he dicho y, aun así, no ha dudado de mí.

También le he dicho que Noelia me dejó escrito que moría de amor y que, aunque

tampoco yo entendí qué quería decirme e hice mis terribles conjeturas, ahora comprendo lo que me dijo, y estoy más segura que nunca de sus palabras. Es curioso, pero las dudas de los demás me han servido para poner orden a esa especie de caos primigenio en que me vi inmersa en el momento en que abrí su diario. Todo lo que ha ocurrido desde entonces me ha sumergido aún más en ese desorden, pero lo que me contó Silvia y la incredulidad de los demás me han servido de guía para salir del laberinto. Incluso Luisa es escéptica respecto a la verdadera causa de la muerte de su hija. Tengo la sensación de que ella también ha columbrado alguna vez que la envenenaron. A todos nos extraña que muriese del corazón, aunque el médico lo confirmara. Acaso el propio forense tuvo sus dudas si halló un insólito desgarró en el músculo que impulsaba la sangre de mi amiga. No debe de ser una muerte muy común. Hay que amar mucho para morir de amor.

Silvia ha llegado enseguida. Todavía estaba caliente el café que había hecho para Manuel. Pese a mis temores, él se ha sentido enseguida cómodo ante su presencia, tampoco es extraño dada la cordialidad y la simpatía de la recién llegada.

—Silvia, el día que estuvimos juntas me preguntaste de qué murió Noelia —he dicho.

—Sí, pero... Bueno, no es necesario que... —se ha excusado ella.

—Noelia murió de amor —he afirmado.

—¿De amor? Rafa no me dijo...

—Rafa no lo sabe. Probablemente, aunque se lo dijera, tampoco lo creería. Porque parece que nadie acepta que se puede morir de amor.

Manuel me miraba atónito.

—Yo sí —ha afirmado Silvia.

—Por eso te he llamado. Tú me contaste que enfermaste por amor, bueno, por odio, me dijiste. Me gustaría que Manuel entendiese que es posible morir de amor. Me hablaste del desamor, del rechazarte a ti misma por no haber roto tú esa relación antes de que fuera demasiado tarde...

—Vaya, veo que lo recuerdas bien —ha dicho Silvia entre tímida y complacida.

—¿Cómo olvidarlo? Me dejaste impresionada. La vida nos pone retos y nos va ofreciendo lo que necesitamos para alcanzarlos. Lo que tú me contaste me ayudó a comprender lo que mi amiga quería decir. Gracias a ti, yo sí creo que Noelia murió de amor.

Silvia le ha contado a Manuel todo lo que me dijo aquel día en casa de Rafa, cuando acabábamos de conocernos. Le ha dicho que tuvo cáncer a causa de un desamor. Y que para curarse tuvo que vencer primero el sentimiento que lo engendró. Le ha hablado de las emociones y de cómo estas intervienen en la salud. Nos ha contado también la historia de una tía suya, Margarita, una monja que había vivido en un convento de clausura durante cuarenta y siete años. No hizo los votos de clausura para poder salir algunas noches a cuidar a su madre enferma, pero, una vez que esta murió, ella ya no salió del cenobio. El obispo le renovaba cada año un permiso para

permanecer en clausura. Solo estaban cinco monjas en ese convento y Margarita era la más joven. Todas la adoraban porque era también la más alegre. Cuando el prelado falleció, el que lo sustituyó se negó a firmar el documento que le permitía seguir en clausura y Margarita se vio obligada a marcharse a una residencia de ancianos. Su corazón no lo soportó. Ya lo anunciaba ella: «Si me sacan del convento, moriré». A los cinco días la encontraron muerta en su cama.

Hemos hablado de Noelia, de los claroscuros del amor que sentía por Héctor, de lo que había sufrido, de lo que había callado. Silvia ha comparado lo que yo le contaba con su propia historia de amor y de mentiras, la que la llevó hasta la enfermedad. No solo envenenan las sustancias, también las palabras, las ausencias, los celos, las mentiras.

Igual que Rafa e igual que yo, Manuel se siente culpable de la muerte de Noelia. Por no haber subido aquella mañana a su casa, por haber estado más atento a los deseos de Héctor que a lo que ella le reclamaba. Acaso ahora que sabe que ella amaba a Héctor con tanta intensidad que su abandono le produjo la muerte, comprenderá que de nada habría servido que él se interpusiera entre los amantes. O acaso sigue poseído por aquella confesión que ella le hizo: que estaba enamorada de él (de Manuel) y que si no hubiera tenido en cuenta la palabra que le dio a Héctor, Noelia estaría hoy a su lado. Y le duele admitir que su amor por ella no fue tan grande como el de su amigo, capaz de construir una encrucijada de pasiones que acabaron con la vida de Noelia, destruyeron la de Inés y desgarraron la suya propia.

Manuel busca un culpable, un asesino, contra todas las evidencias, porque eso le eximirá de su cobardía, de la pequeñez de su amor, de no haber luchado por Noelia. Si no hay un asesino, si ella murió de amor, él es culpable, cómplice por no acudir a su llamada aquella madrugada y, más aún, por no haberla amado, permitiéndole que se rindiera otra vez a quien le estaba quitando la vida.

¿Por qué abismarme en las figuraciones de Manuel si me cuesta tanto salir de la espesura de las mías? ¿Por qué no concederle el beneficio de la contradicción y el de la multiplicidad de razonamientos, de conjeturas, de alivios y de pesares? Cada uno tenemos nuestra propia realidad, que a veces no es exactamente la que los demás ven. Algunos pensamientos nos hacen refractarios a los hechos. A Manuel, a Rafa y a mí nos mueve la culpa. Pensamos que podríamos haber evitado la muerte de Noelia y el sentimiento de culpa nos conduce por oscuros caminos que habremos de abandonar para no estar muriendo eternamente. Una y otra vez vencen los hechos, lo que ocurre, la existencia efectiva de las cosas, y tiene que pagar quien no se aviene a su inexorable transcurrir.

Ninguno de los tres, ni Manuel, ni Rafa ni yo —igual que Luisa, quien acaso se siente culpable por no haber estado más atenta a los pesares de su hija—, nos avenimos a la ausencia de Noelia. No nos resignamos. Tratamos de buscarle un significado. Desde el cosmos hasta el átomo el hombre se ha empeñado en descifrar lo que parece no tener sentido; pero las obsesiones del imaginario acaban por

sucumbir a sus propios excesos. Yo confío en que así lo hagan las nuestras. Y todavía tengo la esperanza de que, cuando Manuel y yo comprendamos, podremos ser felices juntos.

Capítulo 54

Jueves ocho de septiembre de 2011. Miro en la web de Renfe los horarios de llegada a Zaragoza del AVE desde Madrid. Supongo que Héctor no vendrá hasta después de las ocho, pero, por si acaso, pienso estar en la estación antes de las seis. Me llevaré un libro y un cuaderno para tomar notas y esperaré en la cafetería o daré una vuelta por el quiosco y por las tiendas de la estación. Llego a Delicias a las seis menos diez y acaban de desembarcar los pasajeros de uno de los trenes. Me alejo un poco y busco discretamente a Héctor entre las personas que hacen cola para coger taxis, y después entre los grupos que aguardan el autobús. No lo encuentro; de todos modos, sería extraño que viniera tan pronto. Doy un paseo por los alrededores de la estación, no hace demasiado calor. Subo a la pasarela que cruza la carretera hacia los nuevos edificios de Arte y Tecnología. Desde arriba contemplo la Torre del Agua, el puente del Tercer Milenio. Si Noelia hubiera vivido en 2008, ella que tanto amaba la ciudad, habría disfrutado de la Expo como nadie. Puedo imaginarla hablando de cada pabellón, de cada espectáculo y de tantas cosas que le habrían ocurrido en esos meses tan especiales para Zaragoza. Sola en medio de los mástiles de la pasarela, siento que viajo en un barco cuyo destino desconozco y me invade un vértigo inaudito. Vuelvo a la estación diez minutos antes de la llegada del siguiente convoy. Me sitúo en un punto del vestíbulo desde donde puedo ver los andenes y busco a Héctor entre las personas que salen de los vagones, tampoco lo veo. Me quedo absorta admirando el entoldado de espuma que cubre las vías, el juego de triángulos de luces y sombras. No puedo evitar pensar en otro triángulo: Héctor, Noelia e Inés. ¿Quién ocupará ahora el lado de Noelia?

Voy después a la cafetería, me pido un agua y una bolsa de patatas fritas. En la mesa de al lado se sienta una joven con dos niños gemelos en un carro, son más o menos de la edad de los hijos de Rafa. La madre juega con ellos y yo no puedo dejar de mirar la escena. Me acuerdo de Mercedes y de lo que se han perdido esos niños. Tengo ganas de llorar, así que decido centrarme en escribir en mi cuaderno. De pronto me asalta una idea que cambia mi compasión por otro sentimiento muy difícil de definir: tiene también algo de piedad, pero sobre todo tiene mucho de desprecio. ¿Y si es esa mujer la amante de Héctor? ¿Y si esos dos niños son también hijos suyos, como los de Inés? Miro a la mujer, es guapa, podría ser el tipo de Héctor. No es tan sensual como Noelia, pero es más atractiva que Inés. Observo a los niños y empiezo a encontrarles cierto parecido con Héctor. Ella mira el reloj y se levanta de la mesa. Son las ocho menos veinte. Enseguida llegará el próximo tren. Me pongo de pie y, sin perderla de vista, me sitúo detrás de ella, aunque alejada para que no tenga ninguna sospecha ni se sienta incómoda. Van subiendo los que salen del tren: unos con

maletas, otros con maletines o carpetas. Ella mira atentamente. Espera a alguien, no hay duda, pero debe de ser de los últimos en subir porque ya parece que han salido todos. Se acerca al hombre encargado del control de las maletas y le consulta a qué hora llega el próximo tren:

—A las 20:35 —le responde. Busca un reloj en las paredes de la estación y, al no encontrarlo, se dirige a mí para preguntarme qué hora es.

—Son casi las siete —digo, y no puedo evitar escrutar las caras de los pequeños para ver si encuentro ese parecido con Héctor que estaba a punto de descubrir antes. Y sí, algo tienen, los labios carnosos tal vez.

Entra con los niños en la tienda de regalos. Desde fuera, la estudio atentamente. Está morena, aunque no demasiado, y tiene las piernas bonitas. Lleva un vestido corto de algodón rosa, unas sandalias de tacón y un bolso beis. Se ve que se ha arreglado para recibir a alguien que le importa. De pronto se vuelve hacia mí y me mira de arriba abajo desde el cristal de la tienda —seguramente no soy tan disimulada como pienso—, y siento algo de vergüenza. Salgo a la calle y voy paseando hasta el otro lado de la estación. Me paro a contemplar la fachada, los aros de nata del portentoso edificio, la tarta con la que Zaragoza da la bienvenida y despide a los viajeros. A las ocho y veinticinco estoy ya de pie en la barandilla. Veo a los gemelos y a su madre en el mismo sitio en el que esperaban antes. Vuelvo la mirada a las vías y comienzan a salir los pasajeros. Tampoco está Héctor entre ellos. La miro a ella. No hay duda, es a él a quien espera. ¿Y si le pregunto? Pero no me atrevo. Está marcando un número en su móvil, pero parece que no le responden. Insiste. El gesto se le vuelve triste. Coge el carrito de los bebés y sale fuera. A través del cristal advierto que vuelve a llamar por teléfono sin éxito. Guarda el móvil en el bolso y cruza la calle con los niños. Se detiene ante un coche que está aparcado enfrente con los pilotos parpadeando, abre la puerta y sienta a los niños en las sillitas de atrás. Va a plegar el carrito e interrumpe su acción para abrir el bolso; saca el móvil y se pone a hablar. De buena gana saldría y me acercaría un poco para escucharla, pero no me atrevo. No para de moverse de un lado a otro y seguro que si salgo me ve. Habla enfadada, o triste, o las dos cosas. Mira el reloj, dice algo más y cuelga.

Esa es la mujer que ha sustituido a Noelia en el corazón de Héctor. Vuelve a mirar el reloj, deja el carrito en el maletero, se sienta al volante y arranca. Conduce un Citroën negro grande.

¿Le habrá dicho él que no viene? No, seguramente llegará más tarde y ella ha tenido que irse antes para darles la cena a los niños. Lo esperará en casa, igual que hacía Noelia.

Yo espero el siguiente tren, que solo llega veinte minutos después que el anterior. Héctor no vendrá tampoco en este porque, por tan poco tiempo, ella no se habría marchado. Aun así, pongo toda mi atención en cada pasajero que sale de los vagones. Repaso luego entre los que suben por la escalera mecánica. Efectivamente, tampoco viene en este.

Fuera ha caído ya la noche, pero en el interior la blancura del edificio encubre la oscuridad del cielo. Largas filas de luces surgen de las vías y del techo y todas confluyen en el horizonte. Los andenes brillan con el reflejo de los focos igual que el cauce del río resplandece con el fulgor de la luna. El mismo cauce con distinta agua, los mismos andenes, pero con distintos viajeros; otros sentimientos y otros hechos van y vienen al lado de las vías. Viajan los sueños y viajan las emociones: entran y salen de los vagones, y cada llegada, cada salida conforma un paisaje diferente, aunque desde aquí parece siempre la misma escena.

¿Y si lo que le ha dicho a esa mujer es que no viene hoy? ¿Y si Inés le contó que había estado conmigo? ¿Y si le dijo a él todo lo que a mí me reveló, incluido lo de sus viajes a Zaragoza? Seguro, claro. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Por eso él ha debido de sospechar que yo estaría esperándolo aquí; si tuve el atrevimiento de plantarme en su conferencia y acercarme después a hablar con él... Por eso no viene, y por eso le ha dado también plantón a su amante. Miro el reloj: las nueve y diez. El próximo tren llega a las diez menos dos minutos. Voy a tomarme un sándwich en la cafetería y esperaré, por si acaso.

Mientras ceno, *tuiteo* con el móvil: *@evacolladoduran La infidelidad online triunfa en España.* Vaya, Héctor debió de ser un precursor. *@carlosnavarro Toda buena idea es pensada y desarrollada en varios puntos del planeta... moraleja: date prisa.* Mi problema no es la idea, es que no me da tiempo de pensarla ni de desarrollarla. *@ifilosofia No dejes que te roben el corazón, deja las puertas abiertas para que lo tomen con amor.* Muy bonito, pero no sé si es bueno dejar las puertas abiertas, corres el riesgo de que el corazón no espere a que lo tomen con amor, sino que se vaya solito y con quien no debe. *@virgniog El día más bello: hoy. La cosa más fácil: equivocarse. El error mayor: abandonarse. La distracción más bella: el trabajo. Teresa de Calcuta.* ¡Ojalá yo tuviera esa distracción! Seguro que si estuviera trabajando no perdería el tiempo metiéndome en la vida de otros. Qué me importa a mí ahora lo que haga o deje de hacer Héctor, que tenga una amante o que tenga tres. Debería haberme interesado por eso cuando salía con Noelia. Entonces no me preocupé. Cuántas veces decía ella que si hubiera visto solo una vez a Inés creería en su existencia y podría sentir compasión por ella y alejarse de Héctor. Si yo hubiera sido una buena amiga, todo esto que estoy haciendo ahora lo habría hecho antes: habría llevado a Noelia a Madrid a buscar a Inés. Al verla, Noelia se habría desengañado. No. Conocía muy bien a Noelia: ella se habría dado cuenta de que, a pesar de ser la otra más joven, ella era mucho más guapa, más sensual, más irresistible, y eso la habría llenado de orgullo. Se habría quedado más convencida de que Héctor dejaría a Inés por ella. Eso no habría cambiado las cosas. *@FernandezdeVega Nuestro malestar no es una consecuencia de lo que nos pasa, sino una interpretación negativa que hacemos del hecho en sí.* Eso quiere decir que llevo tres meses haciendo interpretaciones negativas de todo. Tendré que empezar a cambiar.

Capítulo 55

Héctor llegó a las 21:58. Lo reconocí en cuanto salió del tren. No traía equipaje. Dijo Inés que regresaba de madrugada, de modo que no necesitaba nada para tan pocas horas. Vestía un pantalón color caqui y una camisa blanca con los puños doblados hasta el codo. Conforme se acercaba, iba pareciéndome más atractivo, mucho más que cuando lo vi en Madrid. Caminaba de manera elegante y con un libro en la mano. Una chica se le acercó y le dijo algo. Él miró su reloj y le respondió. Seguramente le había preguntado la hora. Debía de ser un ligón de mucho cuidado; de buena se libró Noelia. ¿Cómo se me ocurría pensar eso? Ojalá lo hubiera tenido que sufrir un poco más si era a costa de seguir viva. «Noelia: cuando vi a Héctor en la estación, me di cuenta de que te echo mucho de menos. En ese momento experimenté una emoción especial, algo extraño, como si tú estuvieses allí conmigo, como si tú me hubieses llevado allí. Y sentí que te emocionabas al verlo. Por eso lo veía más atractivo, lo veía con tus ojos».

Cuando estaba a punto de acabar el ascenso por la rampa mecánica, me alejé dejando libre también su paso hasta la puerta de salida. Yo seguiría detrás a una distancia prudente. Su sonrisa abierta pero contenida, la alegría de sus pasos, su modo impecable de vestir, incluso la forma de llevar el libro, marcando con un dedo una de las páginas, ponía de manifiesto que era un enamorado y que venía a ver a su amante, a su amada. No era un viaje de trabajo, estaba claro, ni tampoco una visita de cumplido: era una cita esperada con impaciencia.

Pasó de largo junto a la fila de taxis y, después, por el paseo María Agustín y el paseo Pamplona llegó a pie hasta el Paraninfo. Cruzó la plaza Aragón y de ahí pasó a la otra acera del paseo Independencia sorteando las vallas de las obras del tranvía. Yo continuaba andando tras él extenuada. Por suerte, me había puesto unas sandalias planas. Llegó a San Ignacio de Loyola. Para mi sorpresa, entró en el restaurante La Granada. Ella debía de esperarlo ahí y no en su casa, aunque podría ser que llegara después. Pronto lo sabría. Me puse a pasear por los alrededores sin perder de vista la puerta. Eran ya las diez y media, pero la calle estaba todavía muy animada. Héctor hacía mal en ir a cenar con esa chica al mismo restaurante donde estuvo la última noche que pasó con Noelia, debería respetar su recuerdo, su *Paraíso*. Eran ya las once y ella no había aparecido todavía. La calle empezaba a quedarse desierta y yo a sentirme incómoda mirando en todas las direcciones. Me acordé de que pocos días antes habían atracado una joyería por esa zona. Ni siquiera Inés hacía lo que yo estaba haciendo. ¿Me serviría de algo? Si solo quería preguntarle si había amado a Noelia, lo habría podido hacer nada más verlo en la estación y no habría tenido necesidad de ir tras él, ni de esperar. ¿Qué me impulsaba a seguirlo? Cuanto más lo

miraba, aunque fuera de espaldas o de perfil, cuando andaba detrás de él, más atractivo me parecía, y eso significaba que me iba a dar mucha vergüenza acercarme a él y hablarle. Pero pensaba en Noelia y ese temor se borraba. Lo hacía por ella, por ese universo paradójico suyo que nunca me esforcé por comprender y en el cual ahora me estaba introduciendo.

A las 23:37 salió Héctor del restaurante. Se quedó sujetando la puerta cortésmente: salieron dos señores mayores. Les dijo adiós, pero no como si despidiera a unos conocidos, y menos como si hubiera cenado con ellos. Supuse que después saldría ella, tal vez con el carrito de los niños. Pero no, él cerró la puerta y siguió caminando con el libro en la mano. ¿Y ella? Se habría enfadado con él por no haber llegado cuando ella lo esperaba y le habría dado plantón a la hora de la cena. Ahora iría a buscarla.

Bajó por San Ignacio de Loyola y se encaminó hacia la plaza de los Sitios. Se me puso la carne de gallina. Iba a pasar por su casa, por la casa de mi amiga, de su amante, el lugar en que tanto se habían amado, ese espacio sagrado donde él permitió entrar un día a la realidad y lo dejó todo asolado. Hasta a Noelia arrastró al abismo. La realidad se la llevó por delante. Así es su fuerza. Y debía haberlo previsto. Ella no, porque estaba enamorada, demasiado enamorada; pero yo, que sabía lo que pasaba, tendría que haber intervenido para evitar tanto mal y, sin embargo, hice exactamente lo contrario: solo me entrometí cuando no debía para añadir males peores. No es vanidad creer que algunas veces podemos cambiar el destino de otros.

Héctor se sentó en un banco de la plaza. ¡Frente a su casa! Yo lo miraba desde lejos. Estaba tan embebida en recuerdos, figuraciones e hipótesis que por instantes hasta olvidaba su presencia, perdía el temor a ser descubierta y me acercaba demasiado. La noche era una desventaja porque transitaban pocas personas por ese entorno, casi nadie, y era más difícil pasar inadvertida. Estaba llorando. Su expresión había cambiado por completo. Juntó las rodillas y apoyó los codos tapándose la cara con sus manos. Había dejado el libro sobre el banco. Me estremecí. Y aún dudé: ¿vivirá aquí también la otra y llorará por ella, porque se ha enfadado con él? Pero habría sido demasiada coincidencia. Lloraba por Noelia. Antes de encontrarse con la otra chica había venido a recordar a su antigua amante, como quien va al cementerio a visitar la tumba de un fallecido. Así estuvo hasta más de la una. Solo por verlo llorar ante su puerta merecía la pena haber pasado la tarde en la estación y quedarme en vela hasta la hora que fuera. «Noelia: si lo hubieses visto. ¿Lo viste? No te ha olvidado. Te amaba. Te sigue amando».

Continuó su camino por la calle Arquitecto Magdalena hacia la calle San Miguel y por ella avanzó hasta Independencia. Atravesó el paseo por donde le permitían las obras y llegó al Coso y después a la calle Alfonso. Entonces sí tuve que andarme con cuidado. Aumenté la distancia que nos separaba para que no sospechara de mis pasos. Se detuvo en el escaparate de una juguetería. Algo me puso triste en ese instante: ¿pensaría en sus hijos?, ¿en los de Inés o en los de la mujer de la estación? Pero

continuó hasta la plaza del Pilar. Se sentó en las escaleras de la plaza, frente a la imagen blanca de la Virgen que hay justo en el centro de la fachada principal de la basílica. Estuvo un rato con las manos entrelazadas delante del pecho, como si rezara. Se levantó, hizo una leve reverencia, se santiguó y fue hacia el río. No existe esa mujer de la estación. No hay otra. Hace lo mismo que hacía con Noelia. Viene los jueves, el mismo día que venía a verla a ella, y va a los mismos lugares a los que iba con ella. En el puente de Piedra buscó la luna deshojada que marchaba camino hacia el oeste: imperiosa, creciente, casi llena. Estuvo horas contemplando el río en su compañía. Iba de un lado a otro del puente, mirando a ratos el agua que llegaba y a ratos acompañando a la que se iba. Subió de nuevo por la calle Alfonso y por Independencia y llegó hasta el parque José Antonio Labordeta por la Gran Vía. Igual que hacía cuando venía a ver a Noelia. Se sentó junto a una fuente. Cerró los brazos como si envolviera el cuerpo de su amante y estuvo hasta el amanecer abrazando a la nada. Después cogió el libro y volvió a la estación.

En la ventanilla compró un billete, lo guardó en la cartera y se dirigió a la cafetería, pidió un café en la barra y se sentó en una mesita. Mientras se lo tomaba, sacó una cuartilla blanca doblada de la cartera y un lápiz pequeño, se puso unas gafas que guardaba en el bolsillo de su camisa y comenzó a escribir. Solo habría escrito una frase cuando las lágrimas comenzaron a rodarle por las mejillas. Siguió escribiendo sin dejar de llorar. De vez en cuando, se quitaba las lentes y se limpiaba los ojos con un pañuelo de tela. Tenía que secar también los cristales porque los llenaba de lágrimas. Después, recogió sus gafas, volvió a enjugarse los ojos, sacó el billete de la cartera y me pareció que iba a guardar allí la cuartilla en la que había estado escribiendo y que acababa de doblar, pero no lo hizo. Se levantó mientras introducía la cartera en el bolsillo del pantalón, y con el billete y el libro en la mano salió de la cafetería en dirección a la zona de acceso a las vías. La cuartilla se quedó sobre la mesa. No sé si fue un olvido, si la dejó para ella o, tal vez, para mí.

Noelia:

En el difícil trance de descompresión de la dicha vivida en estas horas, araño con placer infinito unos minutos para escribirte en la cafetería de la estación. ¡Qué encanijado es el mundo fuera del Paraíso! Los matices de la luna son acá sombrajos, la voz dulce, estrépito, la música, infame ruido, el tiempo sosegado, casi detenido, tráfago y bullicio, ni rastro de la diosa que todo lo anima, solo desalmados pasajeros hacia ninguna parte.

Ya experimento el mórbido paladeo de la ausencia, la melancólica distancia que, lejos de aminorar el amor, lo aumenta. Es cosa de ver que incluso en la tristeza se halle alegría. Parva cantidad de dicha aparenta el billete amoroso que acabo de comprar y emplaza retornos al Paraíso: el jueves, Noelia, el jueves estaremos juntos otra vez.

El Paraíso es si estamos nosotros. Eso es lo único que tiene de verdad el Paraíso;

lo demás, que pueda existir sin nosotros, es pura entelequia, ficción desrealizada.

Divina Noelia, a veces dudo de tanta felicidad en tan escaso lapso de tiempo concentrada.

Tal vez la certeza irracional de compartir el secreto de la noche, del claror matinal, de las sombras de los árboles alargadas por la luna cómplice, es la que me impulsa a conservar lo que creo entender como verdad: el silencio elocuente, los labios que se sellan en uno y dicen sin decir, el abrazo que anuncia la eternidad.

Héctor

Capítulo 56

Esta mañana he ido a ver a Luisa y me ha entregado la carta de la que me habló. Noelia la introdujo en un sobre con mi nombre y escribió debajo que me fuera entregada después de haber cumplido lo que me encomendó. En la parte de atrás del escrito que transcribo a continuación, con letra casi ilegible, mi amiga apuntó que la había encontrado sobre la cama cuando Héctor se marchó.

Noelia:

Et *in Arcadia ego*. ¿Recuerdas?

Yo he introducido el áspid en nuestro Paraíso. Si estoy condenado a abandonarlo, no puedo soportar que tú permanezcas en él, que crees un universo perfecto para otro como lo has hecho para mí.

He convertido en veneno el divino licor y tú lo has saboreado en tu copa. Ensayé alquimias para lograr un bebedizo digno de tus labios. Pero, sobre todo, quería que no te hiciese sufrir y que no dejase ningún rastro en tu cuerpo. Nadie sabrá que te he quitado la vida salvo que tú quieras revelarlo mostrando estas líneas y, en ese caso, cumpliré mi castigo. Bendito castigo que ofreceré a mi adorada diosa.

Dije que te demostraría cómo perder venciendo. Soy yo quien pierdo al separarnos, pero los dos vencemos porque, en adelante, nos amaremos en la eternidad.

Héctor

Agradecimientos

A mis hermanos, esas dos partes de mi alma que viven fuera de mí, ejemplos constantes de integridad.

A Coque, que es para mí otra hermana.

A Juan Moro, autor de la portada, porque nadie como él es capaz de penetrar en mi imaginación y obtener una imagen de mis deseos.

A Verónica Díez Sierra y a Angel Sánchez Casanova, modelos de la portada. Sin conocerme de nada, salieron a la calle una gélida noche de finales de noviembre y se sometieron al cierzo cortante en medio del puente de Piedra de Zaragoza. Gracias.

A Adelaida Herrera, a Silvia Sesé y a Jorge Herralde.



MARÍA PILAR CLAU nos dice de sí misma:

Apenas llegaba de puntitas a la mesa de la cocina cuando mis padres ya me hacían escribir cada una de las postales de Navidad que enviaban a nuestros familiares. ¿Ya me gustaba escribir o me gusta desde entonces? ¿Qué fue primero la gallina o el huevo? ¿La voz o el instrumento? Qué más da si ellos descubrieron que me gustaba escribir o si fueron los causantes de este dichoso vicio mío. En cualquier caso: ¡Gracias, padres!

También por ellos estudié Filología Hispánica, aunque pronto empecé a compaginar las clases con el periodismo, que me permitía vivir más de lleno en la escritura y en la aventura.

Pétalos de luna es mi primera novela en solitario. He publicado con Mariano Gistaín: *Lo mejor de Zaragoza* (2009), *Agua y cielo* (2010), *Zaragoza, tú y yo* (2011), *Dulces piedras escondidas* (2011) y *Generación Row* (2012).